

Relatos del blog *El héroe insuficiente*

Derrotas y Ajustes de cuentas. Distopías y algo de Historia. Mujeres.

Sumario

Nostargos.....	2
Adara, la inmortal.....	4
La de hermosas mejillas.....	7
El seductor del mundo.....	10
Cadena de custodias.....	13
Yo pisaré las calles nuevamente.....	17
Ella.....	18
Por amor a los pobres.....	23
La mujer que sabía demasiado.....	26
Danza Fantasma.....	29
Diario íntimo de Pigmalión.....	34
Sueños en vía muerta.....	37
Cuando mueren las azucenas.....	40
Un tenorio para Corín.....	44
Cuéntame versión 2.0.....	48
Renunciamos a todo, menos a la victoria.....	51
Al fondo, contra la pared.....	55
¡Viva Palas Atenea!.....	59
La hoz.....	63
La pluma blanca.....	67
Secretaria.....	70
¡John Moore, Presente!.....	75
La huelga.....	77

El mendigo salió al patio con una canasta de comida y una jarra de vino entre las manos. Era el rescate que había cobrado a los comensales para librarles de su presencia en el banquete. Eso, más alguna palabra gruesa y algún golpe en las costillas.

Al olor de la carne, un perro salió de la noche y se acercó precavido al hombre. Estaba acostumbrado a las patadas. El mendigo apreció de un vistazo al nuevo convidado: el tamaño de sus mandíbulas; la torpeza de sus patas que le daban ya la dignidad del derrotado inapelable; las orejas desgarradas, los cuartos traseros llenos de mataduras, como quien ha disputado hasta el final por todas las hembras y por todos los bocados; las ronchas vergonzosas de la vejez en los codillos y en el costillar. Finalmente, la calva en torno de su cuello daba noticia de los muchos años de servicio a un amo y de su abandono actual.

— ¡Vaya! —dijo el hombre— Siempre hay alguien más necesitado que uno. Tú, seguramente, has sido un perro intrépido y veloz en la carrera. Habrás acosado al jabalí en la profundidad del bosque y habrás perseguido cabras montaraces y álgeros ciervos por las laderas del monte. Ahora que te abruma los años, tus dueños te han abandonado. Toma, acércate.

El mendigo le tiró un currusco de pan y un hueso grande con algunos jirones de carne. Los dos se aplicaron a comer: el hombre, con la espalda contra el muro, las rodillas recogidas y la canastilla en el regazo; el perro, de pie, cuadrado sobre sus patas y humillada la cabeza, pero con los ojos vigilantes. Tentado estuvo el mendigo de arrebatarle el último mendrugo, solo para demostrarle quién era el amo. Desistió: eso era un juego para adiestrar cachorros, y ahora sólo sería un último y estéril desafío que quizás perdiera. Realmente, aquel perro tenía unas mandíbulas muy grandes y era demasiado viejo: se merecía un respeto por las dos cosas.

Cuando acabaron de comer, el perro se echó junto al vagabundo. El hombre le pasó el brazo por encima, con gesto de quien ha dormido mucho con mujeres. Con los ojos cerrados se aplicó a escuchar el canto del aedo. Sólo llegaban palabras sueltas, suficientes para completar versos que sabía de memoria y seguir el relato sobradamente conocido.

— ¿Sabes?, yo también he sido poderoso como tú. He alzado mi grito de guerra por encima del estrépito del bronce y del clamor de los que lo buscan. He asolado ciudades bien amuralladas, he pasado a cuchillo a sus habitantes con la piedad justa que demandan los dioses. He esquilado los campos de mis enemigos, y me he llevado sus mujeres y sus hijos, botín de llantos. Yo y mis compañeros hemos batido el canoso mar con nuestros remos. He visitado la tierra de los Cíclopes, los soberbios sin ley, que ni labran la tierra ni tienen ágora para el consejo. Yo cegué al más bárbaro de todos ellos, Polifemo, que come carne humana y bebe leche no mezclada. Perdí a mis compañeros, unos en los naufragios del mar, otros en la tormenta de las espadas. Subí al lecho de Circe, la hechicera de lindas trenzas, y después conocí durante siete años el amor insaciable de la ninfa Calypso, que me retuvo en su isla sin dejarme partir hasta que los dioses se lo ordenaron.

El mendigo apuró el último trago de la jarra.

— Ahora, cuando por fin he regresado a mi patria, debo esconderme de aquellos que maquinan mi muerte si supieran que he vuelto. Atenea, la diosa, me protege. Ella me ha cubierto con estos harapos que me hacen detestable a la vista. Así paso inadvertido entre los que mal me quieren. Ella ha arrugado mi piel, ha encorvado mis hombros, ha hecho desaparecer de mi cabeza los rubios cabellos, ha llenado mis ojos de legañas. Ahora repugno a todos los que banquetean ahí dentro, y ninguno me conoce.

Pero el tiempo de mi regreso está por cumplirse. Dentro de un rato, ahí dentro abrirán el surco para las hachas y las alinearán a cordel para el certamen. La diosa me avisará para que entre y vea cómo ninguno de esos jóvenes insolentes tiene fuerzas para ajustar el curvado arco. Me injuriarán como antes, querrán impedir que yo lo coja entre mis manos. Tensaré la cuerda que nadie ha sido capaz. Se me caerán los harapos, se estirará mi piel, se engrosarán mis brazos y mis muslos. Se hará el silencio y mi flecha pasará por el ojo de las segures. Luego, diré mi nombre y comenzaré la matanza.

El sol había apagado las estrellas y pintaba el cielo del color de la carne. La puerta se abrió y salió una criada con un zurrón en la mano. Con el pie, acarició las costillas a los dos, al perro y al hombre, para que despertaran.

— ¿Por qué me miras así, viejo? Ni que se te apareciera la diosa. Me reiría, si no fuera porque esta mañana tengo tanto trabajo recogiendo los restos de la fiesta que nada me hace gracia. Venga, marchaos tú y tu perro, antes de que el príncipe amanezca y se enfade por veros en su puerta. Y agradécele al ama las sobras del banquete.

El viejo tasó su botín de mendigo con un par de apretones a la bolsa. El perro venteaba los huesos, los restos de carne y morcillas. Renqueando, salieron a la calle. El viejo miró hacia arriba, hacia la torre que vigilaba el puerto. El camino era corto, empinado. Lo subieron uno al lado del otro, con la misma constancia con la que el sol se levantaba ya en el horizonte. Y allá arriba, recostados contra los muros de la atalaya al tibio sol de la mañana, soñaron con los ojos abiertos los barcos que pasaban.

Adara, la inmortal

No es fácil recordar cómo la inmortalidad dividió en dos al género humano. En la memoria de los que nunca la alcanzaron, el suceso se hizo humo de mitos y leyendas mucho antes de que dejara de ser exacto el número de generaciones transcurridas desde que ocurrió.

La memoria de los inmortales es diferente: no la aniebla el extravío de los detalles, sino su exceso. Y aunque algunos de los afortunados iniciaron registros minuciosos de su nueva vida presuntamente inacabable, los ordenadores dejaron de responder a la tecla de encendido poco tiempo después del holocausto. Ya ninguno de ellos se animó a buscar tinta y papel para mantener los anales. No valía la pena. Porque no habría lugares donde guardarlos, tan inacabables serían. Ni se conservarían tanto tiempo como ellos vivieran. Y además, concluyeron, el tiempo transcurrido y registrado siempre abrumaría al tiempo necesario para leerlos.

Pero, ¿cómo fue?

Hubo una vez... Sí, claro, tuvo que ser antes de, ya que el holocausto fue su consecuencia. Por entonces ya se sabía que el ser vivo es una máquina que se repara a sí misma, pero sin la suficiente perfección. Sólo había que ajustarla bien, y la máquina sería eterna.

El hallazgo era inminente. Todos los hombres esperaban vivir para verlo, y verlo para vivir eternamente. Ocurrió. Los poderosos fueron los primeros en alcanzar la eterna juventud. Y una vez conseguida, conspiraron. Porque, ¿no rebosaban de hombres los continentes? ¿No se habían fundido los polos, desbordados los mares, arrasada la Amazonia, extinguidas innumerables especies?

Los hombres fatigaban la Tierra. Y ahora, por añadidura, eran inmortales.

ANPI. El Acuerdo para la No Proliferación de la Inmortalidad sólo fue acatado por los que ya lo eran. Y no impidió lo inevitable. Ninguna reunión de hombres, cualquiera que fuese el título que se le diera, resistió la presión de los mortales pidiendo ser admitidos en el club de los que nunca envejecían. Disturbios en las ciudades. Los primeros gobiernos en ceder se enfrentaron a los gobiernos defensores del Acuerdo. Y los gobiernos defensores del Acuerdo encomendaron la supervivencia del planeta a las armas nucleares.

Aquellas bombas redujeron el número de los humanos a lo razonable. Y cuando nadie fue capaz ya de distinguir el polvo de las cenizas, crecieron los bosques donde no se recordaba que los hubiera habido. La nieve volvía a caer en las cumbres sobre la nieve del año anterior. Especies que se creían extinguidas surgían del Arca de Noé de una previsión disparatada que al final había resultado clarividente.

En algún momento de aquel cataclismo se perdió la máquina de la inmortalidad. Alguien tuvo en su mano, en el último momento, la decisión de destruirla o de conservarla fuera del alcance de los hombres, y decidió esto último. Lo dice un relato diseminado entre mil fábulas: que la máquina está en algún lado, esperando a que alguien la encuentre. Los inmortales lo cuentan con aprensión, queriendo creer que no será cierto y que nada alterará su estado actual. Los mortales, con la esperanza de una revancha.

El género humano volvió a crecer. Muy despacio. Liberándose de todas las taras y monstruos inviables que siguieron al gran holocausto. El hombre volvió a tener retos a su medida a los que enfrentarse: rebaños para medrar; cosechas que sembrar y recoger; jabalies, osos, leones con los que probar el valor de sus flechas y lanzas.

Mortales e inmortales viven ahora separados por una envidia atávica, un agravio de eones. La pugna, sin embargo, va cayendo ineluctablemente del lado de los mortales. Porque las muertes violentas, las enfermedades oportunistas (los suicidios también), menguan el número de los inmortales. Entre ellos la procreación es aberrante, un tabú cuya transgresión socava la comunidad, porque los seres traídos al mundo son mortales, y los perpetuamente jóvenes no quieren tener previsión para la vejez y la muerte. La inmortalidad requiere la inmutabilidad en todos los órdenes. Así es todo entre ellos, sus leyes, sus costumbres, sus jefes, y hasta sus vidas interminables. El tedio y la decadencia es el precio que pagan por no envejecer.

Y los que se niegan a pagarlo —un lento goteo— abandonan sus pequeños Olimpos amurallados para buscar la sociedad de los mortales, mezclarse con ellos y robarles un poco de vida...

...

La pareja estaba sentada al sol. A sus espaldas, la pared de boj esmeralda y el fuste gris de las hayas. Delante, la vertiginosa ladera despeñándose hasta el valle.

El hombre hablaba sin levantar la vista. Entre las manos, un cuchillo y una rama. Las palabras salían de su boca como las mondas del palo, concienzudamente.

— Se acaba, Adara. Esto se acaba para mí. Ya ves, yo siempre había hecho esta subida de un tirón, y hoy no sé si podré llegar arriba.

Estaban arrimados el uno contra el otro. La piel de ella, clara y tersa como la madera de boj que desnudaba el cuchillo. La de él, arrugada y áspera como la corteza que arrancaba. Un par de virutas se camuflaban entre las canas de su barba. El seguía cortando pensamientos.

— Todos estos años junto a mí, te habrán parecido un suspiro. Aunque a mi... me han colmado, Adara.

Ella lo rodeaba con su brazo, recostada en su hombro. Su pelo negro caía por igual sobre las espaldas de ambos.

— No digas eso, Ruisko. Tú me has hecho joven. Te lo he explicado tantas veces...! —le dijo ella.

— Y tú me has hecho viejo, Adara. —dijo él—. Todos envidian mi fortuna, envejecer junto a una mujer perpetuamente joven ¡Qué pocos sospecharán lo que puede llegar a doler!

Levantó la vista. Sobre ellos, allá donde el azul no tiene medida, una silueta alada planeaba en círculos tan solemnes como el cielo inmutable. Adara averiguó, como tantas otras veces, la mirada de Ruisko ávida de inmensidad. Hacía años que él ya no subía a los acantilados para acechar el vuelo de los buitres.

Dejar de hacerlo fue su primera claudicación. Luego vinieron otras. Todavía no arrastraba los pies. Todavía podía dar un grito para reunir a los perros a su lado. Pero los hijos ya habían empezado a decirle: déjalo, padre, ya lo haré yo. Y estaba ella, la madre de sus hijos, ella, siempre a su lado, siempre igual, inmutable, siempre joven. Ella lo hacía doblemente viejo.

— Vamos —arrancó él.

Y reemprendieron la subida. Ella a su lado, detrás, disimulando que podría caminar más deprisa. Pretextando una flor, una seta, un trozo de musgo, para que él tomara aliento sin reparar en ello.

Llegaron. El risco dominaba los tres valles. Esperaron.

Al rato los vieron aparecer, apenas unos puntos por debajo del horizonte. Se afianzaron en el borde, el uno en el otro, contra el viento. Uno, dos, tres, cuatro buitres pasaron delante del acantilado, debajo de ellos. El detalle de las plumas remeras; sus tonos cambiantes, tierra seca, tierra oscura, negro; la gorguera blanca. Y cuando ya los despedían, de la nada apareció un quinto, suspendido delante de ellos, inmóvil como la eternidad. Ruisko reventó de gozo. Porque en ese momento, el buitre giraba su cabeza, enfrentándoles con los ojos, como si quisiera hablarles, sonreírles con el pico.

Y con un levísimo gesto de sus alas, se catapultó hacia el cielo.

— ¿Has visto, Adara? ¿Has visto? Se ha parado a mirarnos.

— Si, Ruisko.

— Nunca pensé que vería algo igual. Tenías razón, ha valido la pena subir.

Se sentaron. Comieron. Ella apoyó su espalda contra el tronco de un haya. El se acunó entre sus piernas

— Toma, bebe —y Adara le alargaba una cantimplora pequeña—. Dormirás un poco, y te despertarás con fuerzas para bajar, sin que te duelan las rodillas.

El bebió. Luego dejó extraviada su mirada en el azul, mientras ella le acariciaba las sienes. Y cuando él cerró los ojos, ella empezó a llorar, suavemente al principio. Luego a borbotones. Lloró todas las lágrimas que no habían salido de sus ojos en su larga vida inmortal. Lloró y lloró, hasta que la frente de él estuvo fría como la muerte que era. Entonces apretó los ojos —secó las lágrimas—, apretó los dientes —estranguló los sollozos—, y se puso en pie. Arrastró el cuerpo hasta el borde del acantilado, y lo desnudó, preparándolo para la última visita de los buitres.

Arrancó a caminar. Tenía un trecho muy largo, muchas montañas que subir y bajar hasta llegar más allá de los valles, donde nadie hubiera oído hablar de ella, Adara la inmortal. Y mucho tiempo para decidir si valía la pena vivir sin volverse a enamorar de un mortal.

La de hermosas mejillas

Me canso. No es justo que seamos nosotras dos, las más viejas, las que tengamos que acarrear el agua desde la fuente. Mirad las canas de Andrómaca, mirad mis mejillas sin carne, ¿creéis que nuestros brazos pueden con tanto cántaro?

¿No decís nada? El tiempo hablará por vosotras cuando os hagáis viejas.

Yo también fui joven como vosotras. La de hermosas mejillas me llamaban. Nuestro amo debería respetar mis canas, siquiera sea por las veces que fui al lecho de Aquiles, su padre, el padre que él no conoció. Yo puedo darle de él más detalles y más verdaderos que los poetas vagabundos que vienen por fiestas a palacio para llenarse la tripa con las sobras de nuestra cocina. Por mí disputaron Aquiles, el mejor de los aqueos, y Agamenón, rey de hombres.

Porque yo no nací esclava. Vivía en la lejana Lirneso, allende el mar y demasiado cerca de Troya, cuando los dánaos llegaron en sus negras naves. Al principio, no hicimos caso. “*Un mes o dos de guerra y se marcharán*”, decíamos. Pero pasaron los años, y el ejército de Agamenón seguía allí, frente a Troya inexpugnable, asolando contornos cada vez más lejanos para procurarse botín, ganado, grano y mujeres.

Un día apareció Aquiles con sus mirmidones delante de nuestras murallas. Yo tenía quince años. Mis padres me habían dado marido, justo empezaba a conocer los placeres del lecho junto a él. Aquiles lo mató. Mató a mi padre también. Mató a mis tres hermanos. Me llevaban a la nave y no podía dejar de llorar. Por ellos. Por miedo a mi propio destino. Las mejillas se me enrojecen cuando lloro y Patroclo, el compañero de Aquiles, se fijó en mí. Me apartó de la rehala y me preguntó mi nombre. “*Briseida, eres demasiado hermosa para que Aquiles consienta que ninguno te ponga la mano encima. Le hablaré de ti, y verás como te hará su legítima esposa. Cuando acabe la guerra, en esta misma nave, vendrás tú con nosotros de regreso a nuestra patria, a la fértil Ftia, y allí celebraremos el banquete nupcial entre los mirmidones*”.

Una se resigna a todo, incluso a vivir entre hombres que sólo te respetan porque saben que tu dueño es otro más poderoso que ellos. Solo Patroclo era amable. Él me alegraba las mañanas cuando salía de la tienda de Aquiles. Él me acompañaba si quería pasear por la playa y mojar mis tobillos más allá de las varadas naves. Hubiera sido un marido atento y cariñoso.

Un día riñeron Aquiles y Agamenón. Dicen que fue porque un sacerdote de Apolo reclamó a su hija, esclava en el lecho del Atrida, y a éste le contrarió tener que devolverla para proteger al ejército de la peste. Sí, así fue. La peste. Por doquier el olor de la carne quemada, el humo de las piras. Nadie sabía por qué las flechas del dios alcanzaban a perros, mulos y hombres. Hasta que Calcante explicó la causa, preguntado por Aquiles, protegido por Aquiles de la ira previsible del más poderoso de los aqueos.

Sí, riñeron por eso, es verdad. Pero antes de eso, Agamenón me había visto en la tienda de Aquiles, y yo había notado en sus ojos de borracho la codicia del deseo. Esa noche hubiera dormido en su tienda si mi dueño hubiera sido cualquier otro y no Aquiles.

Y Aquiles... Aquiles me estimaba menos que su orgullo. Yo fui el trozo de carne del que jalan dos perros a dentelladas. Agamenón sólo pedía una compensación por perder a la hija de Crises. Poco le costaba a Aquiles haberse avenido y aceptar que entre todos los jefes resarcieran al Atrida por la merma en su botín. Un poco de ganado, unos trípodes, calderos... El campamento rebosaba de despojos, de pillaje, y la contribución de todos hubiera sido muy poco para cada uno. Pero Aquiles cerró la puerta al arreglo, porfó y rebatió. Y cuando Agamenón, crecido y colérico, insinuó primero y exigió después que yo misma fuera su compensación, Aquiles se obstinó, prefirió perderme, exhibirme ante los demás aqueos como una

afrenta insufrible para él. Orgullo contra orgullo, poco le importaba en qué lecho dormiría yo esa noche. Sólo mostrar que se le trataba injustamente.

Fue Patroclo otra vez el encargado de conducir mi triste destino de esclava. Otra vez él cogió mi mano y me sacó de la tienda para entregarme a otro amo, a los enviados de Agamenón. “*¿También se casará conmigo Agamenón?*”. Y Patroclo bajaba los ojos.

Sin Aquiles, los aqueos fueron como ovejas desamparadas por el pastor y a merced de un león que ha saltado dentro del redil. ¿Te acuerdas, Andrómaca? El brazo de Héctor mató más aqueos que las flechas de Apolo. Los cadáveres se pudrían en la llanura, festín de perros y buitres, sin tiempo para recogerlos y quemarlos de un día para el siguiente. Fueron los momentos de gloria de tu esposo. Pero él lo hacía por ti. Tú al menos conociste un marido tan amable como valeroso. Sí, ya sé que es más duro perder algo cuando se ha tenido, que no haberlo tenido nunca. Y que luego sufriste por él cuanta humillación pueden infligir los hombres a una mujer. Pero al menos, cuando ellos te humillaban, tú sabías que estaban recordando cuántas veces tuvieron que huir delante de los corceles de Héctor, y los nombres de sus amigos y camaradas caídos bajo su lanza. Sólo lamento que uno de ellos tuviera que ser Patroclo.

Cuando Héctor llevó el fuego hasta las mismas naves, mi nombre ya era maldito entre los que habían luchado sin cesar durante nueve años con la esperanza de asolar la bien amurallada ciudad, y ahora se veían obligados a combatir por no ser arrojados al mar. “*Briseida, la de hermosas mejillas, maldita sea. Por una muchacha cuántos tuvieron que morir*”, decían. Y cuando todos respiraban desaliento, Patroclo se compadeció de ellos, y rogó e imploró a Aquiles para que le permitiera acudir al combate con los mirmidones.

Y Aquiles accedió. Le dejó su armadura, su funesta armadura, la misma que vestía cuando mató a mi marido, a mi padre y a mis tres hermanos. Y con ella, el mismo empuje aniquilador de su dueño. Patroclo no se contuvo después de echar a los troyanos fuera del campamento, no volvió a las naves una vez conjurado el peligro. Tuvo que llegar hasta los muros de Troya, ebrio de sangre y matanza. Y cuando por cuarta vez arremetió, sin ver las señales del dios, el dios desarmó a Patroclo a los pies de Héctor para que lo matara, para que cobrara su armadura como botín y afrenta a su dueño, Aquiles, y así precipitar el destino de todos.

Tetis llegó con la aurora del día siguiente, cabalgando sobre la espuma de las olas, y encontró a su hijo llorando el cadáver de Patroclo. ¿Por qué los hombres más despiadados son tiernos como niños en presencia de sus madres? ¿Por qué son tiernos en el lecho y nada más levantarse pueden herirte de la manera más cruel? ¿Por qué las mujeres alimentamos a esos monstruos?

Tetis trajo una armadura nueva para Aquiles, y con ella, nuevamente redoblada, la locura homicida. Aquiles cambió su llanto por la cólera, sus lágrimas por centellas, y corriendo por la playa, daba voces de rabia convocando al combate.

“*¡Atrida!, qué estúpido hemos sido peleándonos por una muchacha. Ojala Artemis la hubiera matado en las naves el mismo día que asoló Lirneso.*” Así decía, como si la culpa fuera mía, y los aqueos aplaudían golpeando la tierra con las picas y los escudos con los pomos de las espadas.

Y el borracho Agamenón, falso y perjuro, ahora se deshacía en disculpas ante Aquiles por la injusticia cometida. Aquella misma mañana, antes del combate, me devolvieron a la tienda de Aquiles. Y antes aún, delante de todos, Agamenón juró que no me había tocado. No os riáis, pocos hombres habéis conocido vosotras. Con toda solemnidad, juró. Trajeron un jabalí, y Agamenón dijo su plegaria, mientras cortaba el gaznate de la bestia: “*Sea testigo Zeus, el primero de los dioses, y también la Tierra, el Sol y las Erinias que castigan a los perjuros, que nunca he puesto la mano sobre la joven Briseida, ni he subido a su cama, ni he*

tenido unión con ella, ni por deseo de yacer ni por ningún otro motivo". Acabar de decirlo, cogió al animal por las patas, chorreando sangre de su cuello, y volteándolo lo arrojó mar adentro.

Los dioses lo castigaron por este juramento. ¡Lo castigaron después por tantas cosas! A él y a todos los demás, a todos los que fingieron creerle. Porque a mí me devolvieron muy bien acompañada. Y eso impresiona más que los juramentos.

Allí mismo, en el centro de la asamblea, me dejaron junto con siete trípodes nunca antes puestos al fuego, veinte calderos relucientes, doce corceles que habían ganado carreras. Y mujeres, otras siete jóvenes, las más hermosas de entre las capturadas cuando Aquiles asoló la isla de Lesbos y que entonces habían formado parte del botín de Agamenón. Y oro, mucho oro. Diez talentos. Todo me rodeaba a mí. Todo eso valía yo, todo eso valía el orgullo de Aquiles. ¿Quién no creería un juramento tan persuasivo?

Vinieron los mirmidones y recogieron los presentes. Condujeron los corceles a los establos con los demás, y a las mujeres nos llevaron a la tienda. Fue entrar y ver el cadáver de Patroclo, las heridas negras de sangre seca, la espalda y el vientre alanceado, sus rizos morenos aún sin lavar, sucios de sangre y de polvo, aquellos bucles que yo apartaba de su frente con mis dedos cuando nadie nos veía. Allí caí yo abrazada a él, llorando. Lloraba Diomedes, hija de Forbante, que era de Lesbos también como las muchachas que me acompañaban, y que había ocupado mi lugar en el lecho de Aquiles mientras yo estuve en poder de Agamenón. Lloraba Ifis, la de bella cintura, regalo de Aquiles para Patroclo cuando tomó la ciudad de Esciro. Lloraba yo, acordándome. *"Patroclo, te dejé vivo cuando salía de esta tienda, y te encuentro muerto ahora que regreso. Desgracia tras desgracia, tú eres la última. Tú, el más dulce de los hombres, ahora estás muerto."*

Y con nosotras rompieron a llorar las muchachas lesbias: Teano, Ciseide, Adrastea, Cloris, Melanto, Eurínome, Anfitea. Ninguna había conocido a Patroclo. Pero todas tenían motivos de sobra para llorar por ellas mismas y por su destino.

Maldito sea, Tetis, el fruto de tu vientre.

El seductor del mundo

Acababa de llegar paloma de Menfis. El guardián de Hathor informaba al guardián de Amón que el extranjero se dirigía a Siwa.

Me preocupé. Eran ya tres años oyendo hablar de él, y el ruido de sus pasos, cada vez más fuerte y más próximo. Al principio no había prestado atención a sus victorias. El mundo está lleno de matachines que se exterminan entre ellos, y nosotros muy retirados del mundo.

Pero un año más tarde, el matachín había bajado hacia el sur y puesto en fuga a Darío. No pude dejar de especular cuánto tardaría el país del Nilo en sublevarse contra el persa. Los pueblos necesitan reyes que sean dioses, porque el respeto a la divinidad amortigua el rencor que se incuba por vivir sometidos. Un rey que huye abandonando a su madre, a su esposa y a sus hijos en manos de su enemigo, no puede ser un dios. Aquello sólo podía traer desórdenes.

No es que al oasis de Amón le afectara: todo nos queda demasiado lejos (al menos, así pensaba hasta que llegó la paloma del guardián de Hathor). Pero me interesa la suerte de mis colegas de Menfis, de Heliópolis, de Tebas. Todos los años disfruto de su hospitalidad. E intercambiamos palomas.

Después, llegaron noticias de Tiro, de Gaza. Murallas de muchos codos. Inexpugnables. Supe que el macedonio había rellenado el mar frente a Tiro, levantado colinas y terraplenes frente a Gaza. Máquinas de asedio nunca vistas. En siete meses consiguió lo que otro rey había intentado en vano durante trece años frente a Tiro. El arrojó de sus soldados, el ejemplo de un caudillo que se exponía con ellos por igual a las flechas y a la sed. Supe también de su ferocidad y crueldad. También de su generosidad.

No me extrañó que los de Pelusio salieran a recibirle con palmas. Y que Mazaques, el sátrapa de Heliópolis, bajara por el río a su encuentro.

Admirable. Tan joven. Eso pensaba.

Hasta que llegó la paloma. Si me hubieran dicho que se acercaba una nube de langosta, no me hubiera preocupado más. Porque las langostas devoran las cosechas, como los soldados, pero dejan intactos los tesoros. No quería imaginarlo: el templo saqueado, los extranjeros bañándose en la laguna sagrada. Y las rentas del templo resentidas durante años, si se producía una matanza entre el pueblo.

Nada podía hacer. Nuestros soldados sólo sirven para poner orden en las disputas por el agua, o para recordar la obligación de pagar los diezmos.

Nada podía hacer. Salvo esperar. Confiar en nuestros muros de arena y sed, que siempre nos han defendido, como cuando los cincuenta mil hombres de Cambises se desvanecieron por el camino.

Esperar, pero no a ciegas. No quería despertarme de la siesta en medio de una pesadilla: nubes de polvo a lo lejos, en el horizonte por encima de las palmeras. Entre ese ejército y nosotros se interponía un inmenso vacío, sin ningún amigo, ninguna paloma que pudiera confirmarme el extravío, la agonía, la sed, el desvarío de la muchedumbre enemiga. O lo contrario.

Envié dos exploradores. Con un día de diferencia. Y esperé. Nadie en el oasis, salvo yo, el guardián del templo, sabía que Alejandro venía de camino.

Yo subía cada mañana al palomar de la torre. A esa hora el vapor de los manantiales flota entre las palmeras, en el aire frío del amanecer, hasta que el sol entibia y disuelve la neblina. A falta de noticias, contemplaba el cielo por encima del mar de verdor, el sol flotando como una joya dorada empotrada en el esmalte azul. Y me imaginaba al ejército de Alejandro bajo el mismo cielo, pero soñando un espejismo de palmeras verdes, anhelando sus sombras protectoras, desorientado en medio de un mar de arena. Sediento.

Llegó una paloma. Alejandro dejaba la orilla del mar y caminaba hacia el sur. La ruta esperada. Le quedaba lo más difícil. No menos de once días para el camello más rápido. Ya no encontraría pozos. Un ejército con su impedimenta, sus criados, sus prostitutas, sus mercaderes de botín, sus parásitos... jamás, jamás llegarían. El desierto y Amón lo impedirían.

Días después, el cielo se nubló por unas horas encima del oasis. Antes de que volviéramos a ver el sol, llegó una paloma. “*Llueve. Los soldados beben*”. Nunca llueve. Sólo algún año. Y había de ser al paso de Alejandro. ¿Dónde estaba Amón?

Al quinto día, llegó otra paloma. Alejandro a mitad de camino. Más rápido que el más rápido de los camelleros. Me quedé mirando fijamente la cabeza de carnero de Amón: ¿de parte de quién estaba?

Al siguiente y al siguiente, una tormenta de arena nos redujo a todos tras los postigos de las casas y obligó a los que salían a cubrirse por completo. Los ojos escocían, oídos y narices se llenaban de tierra, los dientes masticaban arena. Amón, por fin, había intervenido. Todas las pistas, todas las marcas se habrían borrado. El ejército se encontraría caminando en círculos tan grandes que no se darían cuenta hasta que volvieran a pasar sobre sus mismas huellas al cabo de varios días.

Ya no llegaron más palomas, sino un explorador. Luego el otro. Los dos decían lo mismo: Alejandro venía. “¿*Cómo, cómo lo ha conseguido?*”, les pregunté. “*Cuervos*”, dijo el que más se había acercado a la vanguardia del ejército. “*Llevan cuervos*”. Cada amanecer, y cuando se desorientaban, soltaban uno. El cuervo sube, remonta el aire. Y les muestra el camino con su vuelo.

Di aviso a los jefes de distrito. Que la población se preparara a recibirlos. Que quien tuviera algo muy preciado que guardar, un tesoro, una hija, lo enviara al sur, al desierto.

Pero no dio tiempo. La nube de polvo aparecía ya en el horizonte.

Lo recibí en la escalinata. Sudor y polvo le cubrían todavía. En el aire, el bullicio habitual de los que llegan resecos y acalorados al borde de la laguna. Pero es difícil distinguir esos gritos de alegría de los otros que yo temía.

Sólo me tranquilicé cuando le oí decirme “*Quiero consultar a mi padre*”.

Fue un equívoco, me di cuenta más tarde. Yo llevaba años sin hablar griego. Alejandro había dicho “*acerca de mi padre*”. Un equívoco. Pero terminó en un entendimiento perfecto.

Las consultas al oráculo son siempre públicas. Yo había entendido que sus intenciones no eran ésas, las de un particular cualquiera, sino rezar dentro del templo y, con ese acto, proclamarse hijo de Amón. Bien,

pensé yo, si eso es lo que Alejandro quiere del templo, el templo se lo dará. No estábamos en condiciones de discutir. Tebas, Dodona, si alguien quería poner los puntos teológicos al joven Alejandro, que lo hicieran cuando se marchara de aquí.

Nadie, ni de su comitiva, ni del templo, lo esperaba. Pero tampoco nadie mostró sorpresa, y menos que nadie, Alejandro, cuando yo, al invitarlo a pasar, lo saludé como hijo de Amón y le dije: *“Entra a la casa de tu padre”*.

Estuvimos mucho rato a solas. Clito y Parmenión vigilaban la puerta. Sí, Alejandro sólo pretendía despejar una inquietud sobre la conjura que mató a su padre, Filipo. También, preguntar sobre su futuro. Hablamos. Reímos juntos al darnos cuenta del malentendido. Es grande. Merece ese nombre. Es un seductor de multitudes. Él sabía, porque lo había aprendido de Filipo, que ser caudillo de hombres en armas supone llevar permanentemente la máscara del heroísmo. Su valor, su atrevimiento, su sacrificio, están dirigidos siempre al auditorio de sus soldados. Ahora estaba aprendiendo que gobernar un imperio requiere algo más que la capacidad de cautivar a los que llevan las armas. Debe fascinar a los que no combaten, a sus súbditos. A los que sufren, a los que esperan, a los que llevan una vida fatigada o simplemente aburrida. Al amo y al criado, a la mujer y al marido, al niño y al anciano.

Y en esa tarea, los sacerdotes somos sus soldados. Le transmití cuanta sabiduría atesoramos los guardianes de los templos acerca de la divinidad y la realeza.

Le regalé la tiara de los cuernos curvados, la que luce en las monedas. Le di un último consejo: correr un velo de silencio sobre lo hablado con el Dios dentro del santuario. Nada excita más la imaginación de las masas que el misterio.

Al despedirse, me dijo: *“¿Puedo hacer algo por ti y por el templo?”*. Le contesté: *“Cuando dejes esta vida mortal y accedas a la divinidad, ordena a los tuyos que te traigan aquí, con nosotros”*.

Y aquí está, recién llegado. Gracias, Ptolomeo, por traernos el cuerpo divino del inmortal Alejandro.

Cadena de custodias

Un cocker echado sobre un puff. Desde su mullida atalaya, vigila a una mujer cuarentona que pasea de lado a lado gesticulando con una mano y la otra pegada a la oreja. Viste de calle, pero calza zapatillas de casa.

— ¿Pablo? Oye, que voy con retraso. Calculo que llegaré para las diez.

— ...

— Enséñales la fábrica. Cualquier cosa que me dé tiempo a llegar.

— ...

— Tú entreténme a éstos y recuerda: ni se te ocurra entrar en materia hasta que yo haya llegado.

— ...

— Venga, hastalué.

La mujer sale del salón. El cocker salta del puff, la sigue por el pasillo. La mujer aporrea en una puerta.

— ¿Papá?

Entra, el perro en sus talones. En la cama, un anciano consumido. Gira la cabeza. El perro se acerca, planta dos patas y asoma el hocico y las orejas por el borde de la cama. El hombre sonrío, la mujer no.

— Quita —la mujer da un manotazo al perro—. Papá.

— Papá —repite, levanta la voz y silabea— Car—men—ven—drá—en—se—gui—da.

El anciano asiente.

— Me tengo que ir. Llego tarde.

El anciano levanta una mano, despacio.

— Quiero ir.

— ¿Al baño?

Y sin esperar respuesta la mujer empuja al perro con el pie y en un santiamén destapa al anciano, lo incorpora, le saca los pies fuera de la cama, le calza las zapatillas y lo pone tieso. Despacio, van dando pasitos, cogidos el uno del otro en un tango espasmódico. El perro zigzaguea detrás, a un lado, al otro. Entran al baño.

— ¡No! —el perro se inmoviliza— ¡Fuera! —el perro retrocede dos semipasos de sus cuatro patas y se queda en el umbral, mirando.

La mujer tironea hacia abajo del pantalón del pijama. Deja al anciano sentado en la taza. Sale al pasillo. Entorna la puerta. Coge el teléfono. Antes de marcar se inspecciona las mangas, la blusa, la falda.

— Juan.

— ...

— Fatal, Carmen no ha aparecido todavía. ¿Qué tal las niñas?

— ...

— Cabronas. Solo pasa contigo, a mí no me lo hacen. Ya les ajustaré cuentas esta noche. Y tú, también, vaya padrazo, no me sirves más que para hacerme hijos, y ya ni...

El perro arranca ladrando hacia la puerta de la casa.

— Oye, ya está aquí. Un beso.

La cerradura chasquea. El perro enmudece, se inmoviliza. Se abre la puerta. Entra Carmen. Morena, gordita, de pelo azabache y ojos achinados.

— Hoola Dioscórides —el perro salta y caracolea—. Vaaaale —y girando la cabeza—. Buenos días, señora Cristina. Disculpe mi retraso, el colectivo se dsañó en Manuel Becerra y quedó echando humo y los pasajeros en tierra.

— Tenías que haber cogido un taxi, Carmen. No puedes hacerme llegar tarde al trabajo.

— Sí, señora.

— Sí señora no va a hacer que ya no llegue tarde. Tenías que haber cogido un taxi. Papá está en el baño. Atiéndelo. Voy a calzarme.

Carmen se encamina a la cocina. Deja una bolsa sobre una silla. Dioscórides la olfatea, luego sigue a Carmen hasta el baño.

— Buenos días, señor Arturo.

Arturo asiente con la cabeza y hace intento de levantarse. Carmen se le acerca.

— ¿Qué tal ha dormido? ¿Bien?

— Diremos que bien —con voz que quiere ser firme. Y en voz que quiere ser más baja añade— Está enfadada.

— Con razón, me retrasé mucho ¿sabe?

— ¿Para qué tanta prisa?

— Su hija trabaja mucho, es una persona importante.

— Se ha de morir igual.

— No diga usted eso. ¿Pis o caca? ¿Qué hizo?

— No lo sé.

— A ver... Nada. Venga, vamos a desayunar. Tendrá usted ganas.

Arturo asiente.

— Él también —señala al perro.

— Él siempre, ¿verdad Dioscórides? ¿Cómo le pusieron ese nombre al perro?

Arturo sonrío. Es más alto y se apoya en Carmen con comodidad. El perro los sigue por el pasillo. Cristina se cruza con ellos con un respingo impaciente, entra al baño, cierra la puerta. Suena un móvil. Carmen lo coge de su bolsillo derecho con la mano izquierda.

— Te llaman —dice Arturo.

— Qué número más raro —lo guarda. El teléfono sigue sonando.

— ¿No coges?

— Ahora. Siéntese primero.

La mesa deja un pasillo con la encimera y los armarios. El anciano se sienta en el lado opuesto a la puerta, junto a un ventanal por el que casi entra sol. El perro se pone a su lado. Carmen saca el móvil, que enmudece sin darle tiempo a pasar el dedo.

— Tarde —dice Arturo.

— Que hubiera esperado. No sé quién era. Un número muy largo.

El perro sigue los desplazamientos de Carmen con la cabeza. Armario alto: taza, azúcar, cafetera, café. Frigorífico: leche, mantequilla, mermelada. Armario bajo: pan, una magdalena. Cajón: cucharas, cuchillo pala, cuchillo de filo. Pone la cafetera al fuego. Echa la leche en la taza. Deja el azúcar en la mesa. Pregunta:

— ¿Una tostada o dos?

Arturo levanta una mano y enseña dos dedos. Carmen corta dos rebanadas de pan y las pone en la tostadora.

— Pero no me engañe. Ayer le dio una al perro. El perro tiene su comida y se la daremos cuando usted haya acabado de desayunar. Que si no le entrarán las urgencias y querrá hacer en el —(suena el teléfono)— ... ascensor.

Carmen mira el número. Duda. Descuelga.

— Aló.

— ...

— Sí, soy yo

— ...

Cristina se asoma a la cocina. Se acerca a su padre. Le da un beso en la mejilla. Mira a Carmen. Le hace un gesto con la mano. Carmen le responde y responde al teléfono.

— Sí, yo soy, Carmen Patricia Burguan Yépez.

— ...

Cristina sale al pasillo.

— ¿Mi niñito en la calle? ¿No estaba Jessica con él?

— ...

Cristina se queda junto al perchero, en escorzo frente al espejo.

— Mire usted, señor, no sé cómo ha salido el niñito, solo tiene tres años y no llega ni al pestillo. Jessica cuida de él y ahora a las 9 lo lleva a la guardería y ella se va al colegio, que está al lado.

— ...

— Pero es que se habrá quedado el pestillo sin echar y el niñito habrá salido detrás mío...

— ...

— Señor, por muy policía que usted sea, yo soy su madre y le digo que mi niña tiene ya para doce años y es muy responsable y cuida del niñito como yo o mejor.

— ...

Cristina amortigua los pasos hasta la puerta del piso.

— Ay señor, no puedo —Carmen mira hacia el pasillo— No señor, no puedo. Hasta las ocho no puedo irme de aquí—Carmen mira hacia el pasillo.

— ...

— Deje usted que mi Jessica lleve al niño a la guardería...

— ...

— No me van a quitar a los niños. Son mis niños, me los dio Dios. No me van a quitar a mis niños.

Dioscórides y Arturo miran fijamente a Carmen. Las tostadas humean. La cafetera solloza y salpica la vitro con lágrimas negras, hirvientes. Al otro lado del pasillo, la puerta hace clic, muy suave.

Yo pisaré las calles nuevamente

El agua me escupe, me vomita. Mi cuerpo quebrado y descoyuntado se recompone al salir a la superficie. Dejo atrás las salpicaduras, la espuma de mi muerte, y asciendo durante un minuto y diecisiete segundos hasta encontrarme tres mil metros más arriba con el Skyvan, gordo abejorro, polinizador letal, que viene hacia atrás recogiendo trece cuerpos adormilados regurgitados por el mar. En la panza, junto a la cola, se abre la portezuela y entramos de a uno, en suave parábola que nos deja en manos que nos aferran, que nos arrastran lejos del portón, que nos visten con ropas de tela y grilletes. El médico sale de la cabina de vuelo, donde se esconde de su juramento hipocrático, y nos pincha uno por uno. La jeringuilla succiona la última dosis de pentonaval. Nos entra la niebla, la vaga conciencia del ruido, del extravío. Mientras, el avión alcanza la costa y enfila hacia Aeroparque y toca el cemento de la pista y se para.

Dos muletas vivas, samaritanos del infierno, nos sacan del avión por cada hombro y nos llevan arrastrando los pies hasta el camión verde militar. Descorren el toldo de lona y desde arriba cuatro brazos como polipastos animados jalan de nuestros cuerpos mientras desde abajo otros brazos nos alivian del peso.

El camión da marcha atrás en primera, segunda, tercera, cuarta y quinta hasta que reduce y frena por fin en el recinto de la Escuela. Nuevamente polipastos y muletas nos conducen a la sala. El médico nos vuelve a pinchar y nos saca ya del cuerpo la primera dosis de pentotal naval. Estamos en la sala que siempre hemos percibido a través de la capucha, y comprendo las palabras que todavía no se han dicho acerca de que nos van a vacunar para trasladarnos a un campo de rehabilitación, a una granja de trabajo en el sur. No sé si creer a mis deseos de escapar de aquí o a la certeza de que nunca nunca saldremos con vida.

Y una vez desdichas y desoídas las palabras, me pregunto por qué estamos juntos y descapuchados. Nunca ha ocurrido. Nos ponen las caperuzas, desandamos hasta la Capucha y me tumbo en la cucheta a esperar el paso de las semanas, llamando cada poco para hacer mis necesidades, arrastrando los grilletes, comiendo por debajo de la capucha, subiendo y bajando a los interrogatorios con la capucha. Siento mi cuerpo desnudo sobre el catre de hierro. Siento la laucha que deja de garrear y morder en mi vientre y se va. Siento la quemazón esperada, temida, pero imprevista, en qué pecho, en qué parte de la entrepierna, en qué encías, un dolor tan poderoso que afloja y enciende las luces del techo.

Un día me levantan del catre. Me ponen a tirones las bombachas, la tetera, la pollera, el saco, un trapo en la boca. Me arrastran y me chupan al suelo del Ford Falcon. Me pisan cuatro botas. El carro se mueve, no sé por dónde ni adónde. El tiempo pasa, no se acaba nunca, hasta que llegamos a mi calle, a la puerta donde vivo. Me quitan el trapo de la boca, me despachan entre cuatro de un empujón a la calle. Allí está Raúl. Se levanta del suelo, su ropa se alisa y cuatro agujeros en su espalda chupan su sangre y se cierran impolutos. Se oyen petardos. Raúl viene corriendo hacia mí, de espaldas, poco antes de que otras manos como garfios coloquen a Raulito en mis brazos y el niño deje de llorar. El Falcon se va marcha atrás chillando los neumáticos, y Raúl y yo, con el niño, desandamos a casa de la abuela como todos los días, por las calles tranquilas de mi barrio.

Los chavales estaban sentados en corro. Cuando la sotana de Mosén Agulló apareció por una esquina de la plaza, uno levantó la mirada, el que contaba el cuento calló, el que era monaguillo se levantó y los demás lo siguieron para hacer cola delante de Mosén y besarle la mano.

Mosén se perdió por la otra punta de la plaza. Alguien propuso jugar al frontón en la pared del convento. El apremio de la historia interrumpida se desvaneció. Aunque a Lluís, desde aquel día, le quedó un repelús. Sobre todo cuando pasaba cerca del palacio de los Condes. Soñaba ser el caballero cristiano herido y prisionero, curado y rescatado por la princesa mora. Pero le encogía el aliento pensar que la princesa habitaba el sótano, y desde allí guardaba la entrada al pasadizo que comunicaba con el castillo, allá arriba. ¿Habría armas en el túnel? ¿Y esqueletos? ¿Y cómo se aparecería la princesa? ¿Cubierta con un velo, con un velo azul, como el de la Mare de Deu del Miracle, cuyo retrato sobre pan de oro se veneraba en la capilla del convento, junto al palacio? ¿Se apartaría de los intrusos o sería furiosa y vengativa con los que se atrevieran?

Pasar junto al palacio le daba repelús.

El palacio señoreaba la villa. Sólo el convento, en realidad una prolongación del palacio, tenía muros tan altos y recios. Pero más aún que el palacio, era la silueta del castillo la que dominaba todo. Desde cualquier lugar del pueblo, por encima de los tejados, se asomaba el casquete recortado de la peña, la inmensa roca gris y su torre enhiesta y cuadrangular, como el yelmo de un gigante y su penacho. Y la mirada de Lluís se escapaba allá arriba en cualquier momento, sin poderlo evitar y sin poder evitar recordar que allá arriba terminaba el pasadizo cuya entrada guardaba la princesa.

Un día Lluís tuvo quince años. Se sentía enamorado sin saber de qué y desafiado sin saber por qué. Cuando levantaba la vista hacia el castillo pensaba en la princesa mora y trazaba posibles rutas de escalada. Un día arrancó a subir contra todos sus miedos, zigzagueando, gateando, agarrándose a las matas de tomillo, de espliego, de manzanilla.

...

Las aulas eran los barracones del viejo aeródromo. Algunas conservaban la curvatura original del hangar que fueron. A las tardes, cuando decaía el movimiento de clases y de alumnos y empezaban las horas de biblioteca, Amparo y Lluís se dejaban llevar por su embeleso más allá del campus, por donde la vieja torre de control y la planicie de la pista de tierra. Había un par de depósitos de agua a los que se podía subir por una escalerilla metálica, y la boca de un pasadizo que ahondaba en la tierra. Lluís ya había subido a los depósitos.

— ¿Bajamos? — dijo ella.

— Está lleno de... ¡Cómo huele!

— Solo al principio. No creo que nadie se meta muy adentro para aliviar un apretón.

— ¿Para qué habrá servido este túnel?

— ¿Y tú estudias para arqueólogo? Bajemos y lo sabremos.

— Está oscuro. No tenemos linterna.

— En el laboratorio hay velas.

La encendieron a los cincuenta pasos. Paredes, techo y suelo eran cemento viejo, lleno de cárcavas. La rampa quebraba súbitamente a la derecha y se nivelaba. Veinte pasos mas allá, se bifurcaba en dos ángulos rectos.

— ¿Qué? ¿Volvemos? —Lluis miraba a un lado, al otro, atrás, y finalmente a Amparo, que sujetaba la vela.

Amparo cogió la mano de Lluis y tiró de él.

Otros tantos pasos, otra bifurcación y una pared: el túnel terminaba en un fondo de saco con bancos corridos a los lados.

— ¿Qué te parece? —Amparo movía la vela.

— Un refugio antiaéreo, supongo. De la guerra.

Amparo movía la vela con descuido mientras miraba en derredor. La luz y las sombras titubeaban en su cara, perfilándola desde ángulos imprevistos. Lluis, de pronto, cayó en cuenta:

— ¿Sabes?, tú podrías haber posado para el busto de la Dama.

Abstraído en el juego de fijar su imagen y saber si un tocado ibérico sería más real o más hermoso que sus rizos negros, se precipitó en la sonrisa que se le ofrecía.

Después del beso, ella se apartó un momento. Sobre el banco corrido, vertió un poco de cera para fijar la vela, que allí quedó, enhiesta y palpitante, mientras ella se volvía hacia él.

...

Al principio, Amparo pensó que la desgana de Lluis no era más que el peso de los años, o un poco de tristeza por la hija que se marchaba de casa y por todo lo que pasaba y no volvía. Pero cuando su semblante tomó el color de la tierra y los picores empezaron a no dejarle dormir, Amparo le impuso la visita al médico. Unas pruebas por vía de urgencia acabaron con un volante para su ingreso inmediato. Amparo preparó el bolso con prendas que sin decirse los dos sospechaban inútiles, como un pijama que no se

habría de poner, y una bata y unas zapatillas para estar en la habitación, que apenas usó los primeros días, hasta que cayó inmovilizado en la cama.

En la puerta de casa, al arrancar el coche, con las palabras callando lo que los dos sabían, parecía que empezaba la representación con la que el mundo juega a escamotear la verdad al moribundo. Los días siguientes transcurrieron entre pruebas y oráculos médicos mal transmitidos y peor interpretados, partes de guerra victoriosos de un ejército en desbandada.

Lluis hubiera deseado, como todo el mundo, una muerte dulce durante el sueño, y no la iba a tener. Tampoco tendría una copa de cicuta y la oportunidad de demostrar su propia gallardía: no había un enemigo al que enfrentar con la propia muerte, ni un teatro donde representarla. En lugar de todo eso, le aguardaba una agonía tan larga y dolorosa como inútil, en medio de una farsa en la que todos pensaban una palabra y nadie la pronunciaba.

Un día vino el médico, pomposo como siempre y asistido por dos batas blancas. De nuevo, pareció querer hacerle creer que todo su problema eran los picores y las malas digestiones. Amparo lo acompañó hasta la puerta. En el rincón escondido a la vista de Lluis, el médico le hizo una seña para que saliera al pasillo.

Cuando Amparo volvió a la habitación, cruzó con Lluis la misma mirada quebrada que una esposa infiel cambiaría con su marido cuando sabe que acaba de ser descubierta pero que el otro no va a decirle nada. Y no se sintió redimida por darle agua cuando la pedía, por cambiarle de postura o acompañarlo en el duro trago de llegar hasta el baño, sentarse en la taza y hacer sus necesidades.

Mucho rato después, Amparo se sentó junto a la cama, mirando a Lluis de frente y cogiéndole la mano. Se prohibió pronunciar una palabra en la que no creyera, dispuesta a afrontar todo lo que Lluis afrontara. Y al final, cuando llegaba el momento de despedirse por unas horas, se incorporó y lo abrazó.

La puerta se abrió.

— Hola papá.

Amparo giró la cabeza apenas un momento y la hija se dio media vuelta, como si los hubiera sorprendido desnudos.

— Haz que no venga, Amparo —dijo Lluis—. No quiero que me vea así.

— Pensaré algo.

Lluis asintió. La hija volvió a entrar un minuto después, con un intento de sonrisa en la cara. Lluis pensó que, después de todo, había tenido dos mujeres tan hermosas como una diosa griega.

...

— Mamá, ¿qué haces aquí? Esta noche me quedaba yo.

— Ya lo sé. Pero quiero quedarme yo.

— Han dicho que lo van a sondar.

— Ya lo sé, lo ha comentado la enfermera a mediodía, que se lo dirán al médico mañana.

— Él no quiere.

— Ya lo sé. Venga, vete.

Amparo esperó hasta que las enfermeras hicieran la última ronda. Se acercó a Lluís. Con una mano apretaba el brazo libre de vías, y con la otra acariciaba su frente y sus mejillas. Poco a poco, bajó los dedos por detrás y debajo de las orejas, hasta el cuello, el pulgar a un lado, el índice al otro, aplicando una suave presión.

— No te preocupes, Lluís. Duerme.

...

Le desafiaban la peña, la roca gris redonda como el yelmo de un gigante, y el castillo arriba, su penacho. Salió del pueblo por el arrabal. Dejó atrás huertas, tapias, higueras y algarrobos, y arrancó a subir zigzagueando, gateando, mezclando su sudor con los aromas del tomillo, del espliego y la manzanilla.

Al principio, la torre se hizo invisible, tapada por la propia curvatura de la peña. Luego, poco a poco, su perfil cuadrado y arenoso fue asomando por encima de la ladera plomiza. Al llegar junto a ella le estremeció su propia insignificancia, constreñido entre sus muros y el vértigo azul del horizonte. La peña se desplomaba sobre el pueblo como la parábola de una cascada de piedra gris. De entre todas las casas, destacaba la techumbre del palacio y su gran patio interior, allí donde arrancaba el pasadizo cuyo secreto guardaba una princesa.

Se mareó intentando seguir el vuelo circular de un buitre que se recortaba por momentos contra el cielo y luego descendía para camuflarse contra los tejados, los campos, las choperas, los caminos.

Rodeó la torre con sigilo. Una abertura adintelada y elevada prohibía el paso a los pusilánimes. Escaló un poco y se asomó. Por el interior, adosados al muro, unos estribos apenas más anchos que el paso de un gato marcaban los apoyos de la escalera que hubo. El suelo era maleza y piedras, y un boquete negro.

Bajó, embriagado por su propio miedo. Bajó, y donde esperaba oscuridad, surgió ella, con sus rizos negros, su boca perfecta y el resplandor en la mano.

Bajaron juntos. Ella con sus ojos negros le indicaba el camino y con su mano blanca tiraba de él.

— ¿Sabes? —empezó a decir él—, ya sé quien eres.

La luz en su mano creció hasta anular el túnel y disolver las paredes, mientras ella lo cubría con una llamarada.

...

Amparo se volvió desde la puerta como si se hubiera olvidado algo. Dio la luz y levantó las sábanas. Le limpió la entrepierna con un par de pañuelos de papel. Lo tapó, tiró los pañuelos, apagó la luz y fue a avisar a las enfermeras.

Por amor a los pobres

ELLA: ¿Me juzgas?

ÉL: ¿Juzgarte? ¿Por qué?

ELLA: Te llevo ¿cuántos? ¿quince? ¿veinte años? Tengo tres hijos. Soy una mujer casada...

ÉL: ... con un amigo mio, sí. No me hace feliz recordarlo.

ELLA: Y aquí estoy, metida en la cama contigo.

ÉL: ¿No me tendría que juzgar también yo?

ELLA: Es distinto. No estás casado. Y además, los hombres...

ÉL: Se nos perdona todo, Carmen, por favor!. Si te juzgara mal esto no habría ocurrido entre nosotros. No te atormentes.

ELLA: Bueno... ¿Ni siquiera quieres saber por qué he llegado hasta aquí?

ÉL: El deseo no se explica. Está ahí.

ELLA: El deseo ... Sí, al final todo se reduce a eso, pero ¿no te parece que yo debería explicar por qué le hago ésto a Paco?

ÉL: Carmen, no te juzgo. Y si te juzgara, dudo que encontrara causa para condenarte.

ELLA: ¿No te interesan mis cosas?

ÉL: Sí, claro que me interesa todo lo tuyo. Me interesas tú. Me pareces hermosa y...

ELLA: Dos mentiras seguidas, aunque sean piadosas, ya vale. Mira, yo no tengo tus estudios, pero sé apreciar cuando un hombre tiene atractivo y las chicas se fijan en él. Tú eres de éstos. ¿Cuánto tardará en aparecer en tu vida una chica más joven que yo, más guapa que yo y más culta que yo? Mañana me saludarás con amabilidad, espero que sin despreciarme, y punto. Esto para ti ha sido un ... aquí te pillo, aquí te mato.

ÉL: No, Carmen. Ha sido raro que tú y yo nos hayamos encontrado. Y de verdad, sí, tengo interés en saber por qué ha ocurrido. Supongo que en tu vida hay algo que no funciona. Pero no quiero escuchar algo que tú, quizás, te arrepientas luego de haberme confiado.

ELLA: ¡Desde luego, cómo sois los intelectuales!

ÉL: Deja ya esa muletilla. Sabes que hace tiempo que acabé de estudiar. Nunca dejaréis de meteros conmigo porque no nací obrero.

ELLA: Habrás dejado de estudiar, pero te comportas como Paco decía de los “intelectuales”: soltáis frases rimbombantes, pero no veis la realidad. Aunque Paco tampoco se imaginaría ésta: que tengas tu mano entre mis piernas y me digas que me lo piense antes de hacerte una confidencia. ¿Crees que me puedo avergonzar aún de algo mayor que ésto? Una se abre de piernas y ...¡Ojalá mis hijos nunca lleguen a saber esto, Dios mío!

ÉL: Venga, tontuela, no llores. Tienes toda la razón. Por eso ha pasado lo que ha pasado, porque siempre me has parecido una mujer muy inteligente.

ELLA: ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

ÉL: Hace seis años

ELLA: Tú tenías...

ÉL: Dieciocho

ELLA: Viniste a mi casa. Había reunión de célula.

ÉL: No, fue algunas semanas antes. Una charla de captación en la Iglesia del Salvador, en la vieja escuela parroquial. La daba Paco. Y al salir, tú estabas esperándole con los críos. Me fijé en ti.

ELLA: No me acuerdo de eso. Estaría embarazada del pequeño. Recuerdo cuando empezaste a venir por casa, a las reuniones. Yo me tenía que meter en la cocina con los críos para no molestarlos. O irme a casa de mi madre. Pero luego, cuando volvía, nadie había vaciado los ceniceros ni ...

ÉL: Es verdad. Mucho hablar de la explotación de la clase obrera ...

ELLA: ... y nadie se acuerda de la mujer. ¿Sabes?, me alegré cuando la vecina largó a la policía que aquí venía mucha gente y se tuvieron que dejar de hacer las reuniones. Pero sí, me fijé en ti desde el principio. Más de una vez me ayudaste a recoger las sillas. Y eras amable con los críos. Jugabas con ellos al entrar y al salir.

ÉL: Todos los que veníamos teníamos alguna palabra amable con ellos.

ELLA: Una madre sabe cuando a sus hijos se les dice un cumplido o una palabra sincera. Todos no. Tú sí. Más que su padre, mira lo que te digo.

ÉL: ¿Paco? Siempre me pareció cariñoso con ellos.

ELLA: Si. Cuando estaba con ellos. Pero ¿cuándo estaba con ellos? Y luego, bueno, nadie sabe lo que lloré cuando Paco se enfrentó a su hermano.

ÉL: Pues aquello fue un ejemplo. Nos impresionó a todos.

ELLA: ¿Denunciar a tu hermano? Vinieron los inspectores a la fábrica, le pusieron una multa y luego, todo igual. Pero el disgusto en la familia, ¿quien lo arregla?

ÉL: Ya sabes...

ELLA: Ya—lo—sé: el que ama a su familia más que a mi, no es digno de mi. ¿Te crees que no me sé toda esa monserga?. Yo también he ido a cursillos, he estudiado el Evangelio, hice el Plan Cíclico. Pero no por amor a Jesús ni a la clase obrera. Por amor a él, que era el padre de mis hijos.

ÉL: Nunca ninguno de nosotros imaginó ...

ELLA: ... ¿que yo, la esposa del responsable, del que os daba ejemplo de militancia y de vida cristiana, no estaba de acuerdo con lo que hacía mi marido? Esa es mi culpa, no haberlo sabido entonces. Yo aceptaba todo lo que él hacía. Creía en él. Lloré, pero no rechisté cuando él pasó de tener un trabajo seguro en la empresa de su hermano, cómodo, en la oficina, a andar de obra en obra, de peón. ¿Tú sabes cómo llegó a casa el primer día que trabajó en la construcción? Paco no había trabajado nunca con sus manos. A la tarde, había llegado un camión de cemento. A los pocos sacos, los brazos se le quedaron insensibles, muertos, caídos, ni para arriba ni para abajo. Y los compañeros le escondieron, para que el encargado no lo viera parado, y se repartieron su carga entre todos.

ÉL: Aquella anécdota se la oí contar. Un ejemplo de solidaridad entre los pobres. Paco sacaba fuerzas y ejemplos de todas las miserias que vivía en las fábricas y los tajos.

ELLA: La contó, claro. Ufano. Se acostumbró a deslomarse. Le gustaba mirarse las manos encallecidas. A más callos, menos caricias, ¿sabes? Tampoco es que él fuera especialmente.... Me avergüenza decirlo. Toda mi vida después de hoy, cuando me encuentre contigo, me avergonzará recordar que te lo he dicho: nunca he ... sentido como este momento contigo. No imaginaba que pudiera ser así.

ÉL: Carmen, no quiero que nunca te avergüences de ésto. Ni que mires resentida al pasado. Todos, él, yo y todos los demás, estábamos entregados en cuerpo y alma a la causa.

ELLA: ¡La revolución de Cristo, el Reino de Dios en la tierra! Ja. Unos más que otros. Si él se hubiera quedado ahí, en peón de albañil, yo le hubiera perdonado hasta la zozobra de esperar en cualquier momento el timbrado de la policía de madrugada, la humillación de que registren tu casa y tú en camisón, con los hijos asustados cogidos a ti. Y luego tener que ir a la mañana a comisaría a preguntar por él, y atormentarte con lo que le estarían haciendo. Me hubiera conformado con eso, pero tuvo que irse a Madrid aquel año.

ÉL: ÉL famoso curso en la ZYX.

ELLA: Y la chabola en el Pozo del Tío Raimundo. Me tuve que poner a trabajar, sola y con tres hijos, porque el sueldo de liberado no llegaba. Que él quisiera ser el más pobre entre los pobres, vale. ¿Pero qué culpa tenían los niños? ¿Y yo? ¿Acaso yo no soy pobre, acaso yo no necesito una caricia, una cama caliente, una palabra amable?

ÉL: ¿Por qué no rompiste con él entonces? ¿Lo vas a hacer ahora que todo se ha acabado, que la vida vuelve a ser normal?

ELLA: Porque entonces todos vosotros me hubierais mirado como una renegada burguesa que traicionaba al mejor de vosotros. Ahora, muerto Franco, se acabó la rabia. Se desinfló todo, la revolución, la militancia, la clase obrera. Todo se acabó. Sólo quedan nuestras vidas.

ÉL: Sí. Nadie se imaginaba que ésto acabaría así, con los trepas, los que nadaban y guardaban la ropa, de diputados y concejales. Y el año que viene, ministros.

ELLA: No sé. Igual tiene que ser así, que manden los que saben, la gente práctica. Porque ¿sabes qué te digo? Que si vosotros, con vuestra revolución, hubierais triunfado con vuestros proyectos, vivir con vosotros sería irrespirable. Vuestro Reino de Dios en la tierra sería un infierno.

ÉL: No llores, Carmen. Por favor, no llores.

ÉL: ¿Te molesta mi mano? ¿te irrito?

ELLA: No, por favor. Déjala. Nunca había sentido algo así. Dame un beso.

La mujer que sabía demasiado

— Siéntate. ¿Con leche?

No, no me molesta que fumes.

Tienes motivos para estar con las uñas afiladas. Todos estos años te has sentido traicionada. Nunca te creíste la mentira que te contó tu padre, y ahora te preguntas por qué la madre que te abandonó quiere darte explicaciones.

Yo también he llorado estos años. Pero comprendo que cualquier cosa que te diga sobre mis sentimientos te parecerá una impostura, mientras no entiendas por qué lo hice.

Tenías diez años. Déjame que te cuente lo que me ocurrió, lo que le ocurrió a tu madre cuando tenía esa misma edad.

Yo acababa de hacer la Primera Comuni3n. No, tú no la hiciste. Yo no quise. Sí, la ilusi3n de todas las niñas. Pero no deja de ser un rito tan cruel como la ablaci3n del clítoris. Te hacen creer que un ojo omnipresente y omnisciente te vigila en todo momento, juzgando sin piedad cada uno de tus actos. Mejor que no pasaras por eso.

¿Sabes lo que es el pecado? ¿Pecado mortal, venial? Yo comulgúe en pecado mortal. Me había confesado el día anterior, como todos los niños. Aquella tarde, en el pueblo, robé unas peras. Y al día siguiente comulgaba.

Una niñería, sí. Pero no te imaginas qué angustia puede sentir una niña en el momento de tragar la hostia consagrada, si se siente en pecado mortal, bajo esa mirada escrutadora que está en todas partes y en ninguna, porque en realidad la tienes dentro de ti.

Días después enfermé. Una meningitis de tipo desconocido. Desperté en el hospital. Antes de perder la conciencia, yo sabía que aquella fiebre, el dolor de cabeza, la nuca dolorida, los ojos que no podía abrir a la luz, todo aquello era el castigo por haber comulgado en pecado.

Estuve ingresada varias semanas. Cuando volví a casa y a la escuela, ya no era la misma. Había adelgazado. Me había vuelto una niña taciturna, extraña. Sentía alegría, tristeza, miedo, rabia o felicidad, a golpes y a veces simultáneamente, sin que pudiera explicarme cómo y por qué.

Pude enloquecer. Me faltó poco. Hasta que me di cuenta: percibía lo que estaba a mi alrededor. A todos los seres vivos capaces de sentir, desde el rat3n más pequeño hasta el ser humano.

En clase, mi estado anímico era un compendio incoherente del de mis compañeros, ¿Por qué temblaba yo, si quien salía a la pizarra era otra? ¿Por qué me regocijaba, si detestaba a ese profesor sádico? En la calle, la gente que educadamente se aparta a tu paso, a mí me golpeaba con sus emociones. Un gato agazapado en la copa de un árbol, era un faro emitiendo señales de alerta y de miedo. Y en una visita al zoológico, yo hubiera querido pedir a los empleados que limpiaran el tedio, la angustia y la locura de las jaulas.

Me rescató aprender enseguida a diferenciar las emociones ajenas de las propias, trazar con nitidez la barrera entre mi interior y el mundo exterior, que se había desdibujado.

No es una percepci3n direccional, como la vista o el oído. Es... como olores. Cuanto más cerca, más intensos. Puedes captar la onda emocional de otra persona a través de una pared, de una mampara.

Cuando estás rodeada de gente, no sabes a quién corresponde lo que percibes. Tienes que interpretar: qué está ocurriendo, a quién le importa, por qué. Conjeturas. A veces, el emisor es alguien inmerso en sus

recuerdos, en una ensoñación impenetrable. Entonces buscas a tu alrededor a alguien con la mirada perdida, con la cabeza gacha...

Aquella capacidad me dio poder sobre los que me rodeaban. Yo sabía de cada uno mucho más de lo que ellos se imaginaban. Con mis poderes de bruja defendía al débil, sí. Pero a veces, ni con el más indefenso era lo bastante comprensiva si lo descubría en alguna mezquindad.

Los poderes solo deberían ser otorgados a los puros de corazón. Y no hay nadie así, créeme. Ni la madre que tú adorabas de niña.

Es fácil suponer que fue ese “don”, ese poder, el que me llevó a estudiar Medicina y Psiquiatría. Así he depurado mi capacidad de identificar e interpretar los distintos “olores” que percibo. Las mezclas son difíciles: alegría con pesadumbre, rabia con miedo... Más difíciles aún, si hay más de una persona. Lo peor es la nada, ese estado de apatía inmotivada, sin culpa, ni tristeza, ni ira, ni dolor. Una persona así es invisible para mí. No es un ser vivo. Vivir es desear, padecer, odiar, temer, amar, sufrir. Con razón o sin ella, equivocada o acertada. La vida es la única razón.

Un día pasé junto a una joyería y me golpeó una avalancha de ansiedad y compulsión a la acción. Miré a mi alrededor: había varios hombres al acecho. Imprudentemente, saqué el móvil allí mismo y marqué el 091. La operadora despachó con oficio mi inverosímil aviso: “*gracias, mandamos un patrulla*”. No hizo falta: los delincuentes, alarmados por mi gesto, dieron media vuelta, para desespero de la policía, que había montado una jaula para pillarlos in fraganti.

A los días, me llamaron de Jefatura. Habían revisado las grabaciones del operativo fallido. Allí figuraba yo pasando por la acera, deteniendo mi paso al sentirme golpeada por las presencias, escrutando los alrededores, abriendo el bolso y llamando por teléfono. Así conocí a tu padre. Cuando me interrogó, quise ocultarle la causa de mi clarividencia. En la Facultad, yo había sido examinada ya en dos ocasiones por un equipo multidisciplinar, con resultados tan decepcionantes que prefería olvidar. Pero tu padre ya tenía los antecedentes. Y no estaba interesado en las teorías sino en los resultados.

Empecé, a modo de prueba y como un juego, patrullando el Metro con un secreta más dos uniformados como cebo. Mi indicativo era Papa—Sierra: PS. Yo era el factor Psí de la patrulla. Me excitaba participar en una acción que yo desencadenaba marcando al sospechoso. Carteristas, gente que estaba en busca y captura. A veces, caíamos sobre pobres diablos, aterrorizados por demonios interiores.

Seguí depurando mis habilidades.

Es duro estar entre multitudes. ¡Hay tanto dolor, tanta miseria!

Un día me llamaron del CNI. Ahora viajo con frecuencia al País Vasco, a Francia. Soy un sabueso. Mi rastro es el del miedo, la ansiedad, la soledad, el acoso. Una vez encontré a un secuestrado abandonado por sus secuestradores, bajo el suelo de hormigón de una nave industrial. Pero en general persigo a los que viven bajo una paranoia de clandestinidad, de ocultación, de medidas de seguridad. A veces asisto a los interrogatorios de los detenidos y les arranco información que ni ellos saben que dan. Yo no dejo marcas ni moratones, ni causo ningún dolor.

Me casé con tu padre. Mi segunda experiencia. Fracasó por la misma razón que la primera: mis poderes. Mis poderes y el amor se llevan mal.

Me resulta fácil flirtear. La otra persona es para mí como un libro abierto. Es como jugar al póker viendo las cartas del contrario. Y una noche de amor es extraordinaria cuando puedes fundirte de una manera tan total con la otra persona. Es como amar dos veces, una desde tu lugar y otra desde el lugar de tu pareja. ¿No le llaman al amor la bestia de dos espaldas? Yo era esa bestia, con dos espaldas, dos cabezas, dos bocas, no voy a decirte qué más.

Pero la vida en pareja es otra cosa. Cuando el otro se da cuenta que no tiene intimidad frente a ti, que tú estás viendo todos sus miedos, deseos, aburrimientos, por no hablar de las infidelidades de pensamiento...

Tu padre no lo soportó. Lo entendí. ¿Qué otra cosa puedo hacer? En el CNI vivo semiaislada. Algunas veces me utilizan para asuntos internos. Basta que yo asista a una reunión, para que se dispare la desconfianza. Y las amistades... La gente prefiere tratar conmigo por teléfono o correo electrónico, con distancia por medio. Pocos aceptan tomar un café conmigo de vez en cuando, o acompañarme a algún sitio. Esas personas me otorgan una confianza extraordinaria al dejar que me acerque, y yo les correspondo con la discreción más exquisita.

Pero son personas que no te importan. La persona que tú amas, la que vive contigo, ¿qué puede esperar de ti, sino que acapares de ella todo el conocimiento que puedas? El amor es un juego de equilibrios, ¿y hay algo más desasosegante que uno de ellos esté desnudo delante del otro, sin ningún espacio de reserva, de ocultación? Tu padre y yo nos separamos.

Tú, mientras tanto, habías crecido. Para un bebé es un don del cielo tener una madre extrasensitiva. Pero empezabas a ser una personita. Llegó el momento de la Primera Comunión. Discutí con tu padre para que no la hicieras. Y entonces caí en cuenta: te evitaba el trauma de un fantasma juzgador, pero ¿qué iba a ser yo en tu vida a partir de entonces, hasta que te independizaras de mí, sino una sombra perpetua controladora? ¿Qué hubiera ocurrido cuando empezaran a gustarte los chicos y te dieras cuenta de que eras transparente para mí? No hubieras podido mentirme, no hubieras podido decirme que te habías quedado a dormir en casa de una amiga para ocultarme tu primera aventura.

No, mi poder te hubiera condenado a una infancia perpetua. Hubieras acabado por escapar de mí, odiándome, después de años de sufrimiento.

Por eso me fui de tu lado.

Sólo siento no haber sido entonces capaz de inventar una mentira que engañara de verdad al corazón de una hija.

Danza Fantasma

Ningún otro hombre como Buffalo Bill me había producido nunca una impresión tan clara de que uno acaba por llegar a ser lo que se cuenta de él, la farsa que representa con la complicidad del mundo. Cuando leí en los pasquines el título de Coronel, supuse que algún escritor o periodista se habría tomado la licencia de concederle ese rango militar. Que yo supiera, en los quince años transcurridos desde nuestro primer encuentro, Bufalo Bill se había dedicado por entero a su circo, quizás lo único que quedaba ya del antiguo, lejano, salvaje oeste. Pero quién era yo para poner en duda los méritos de nadie. Por eso, cuando entré a saludarlo, pregunté por el coronel Cody.

Aquellos días, en Londres, dudábamos de que existiera un sol. Usted, le dije, trae a nuestras ciudades ordenancistas y sucias de humo el aire libre de las praderas. Me agradeció el cumplido e hizo como que me recordaba.

Su atuendo era sobrio, como si se hubiera agrisado a la par que su pelo. Nada quedaba de la casaca roja de antaño, ni de los pantalones de fieltro negro bordado en rojo con campanillas de plata y adornos multicolores. Hace años, muchos años, un empresario teatral del Este había diseñado aquel atuendo fantástico. Cody, después de vestirlo por los escenarios durante una temporada completa, lo hizo real volviéndose a enrolar de esa guisa con su regimiento de siempre, el quinto de caballería. Fue una apuesta contra el escepticismo de unos espectadores burlones.

En su vaivén desde el teatro de mentira al de verdad, Cody fue más afortunado que aquel otro personaje del salvaje Oeste, el ditirámico Custer. Unos días después del desastre que inmortalizó al séptimo de caballería, el quinto de Cody sorprendió a una partida de sioux. Uno de ellos debió a ese encuentro casual su infausto ascenso a famoso jefe Yellow Hair o Yellow Hand, nombre variable según el periódico que informara y la mayor o menor exactitud del plagio. Otros detalles también diferían de una versión a otra: en unas, Cody y Yellow Hair o Hand, se enzarzaban en duelo singular de rifles y colts, desmontándose mutuamente a balazos; en otras, el duelo era a cuchillo y duraba varias horas. Todos los relatos, sin embargo, tenían un titular unánime: Primera Cabellera por Custer. Con ese reclamo de sangre y venganza, Cody bautizaba meses después la principal atracción del espectáculo que acababa de fundar. Cuando el espectáculo llegó a Nueva York, pude asistir a la reconstrucción fiel de la escena: Cody con el torso inclinado sobre el indio moribundo, el gesto ampuloso del cuchillo en su mano derecha y la izquierda que levanta el cruento despojo, arrancado desde su escondite entre el tocado de plumas del figurante. Aplausos y vítores.

Ahora yo cumplimentaba por segunda vez en mi vida al espectáculo y a su creador, Bufalo Bill. Su nombre y su contenido habían cambiado. Los Rudos Jinetes se habían puesto de moda a partir de las hazañas de Roosevelt en la guerra de Cuba y las guerras indias eran ya un residuo del pasado.

Sentado frente a él alabé la pasmosa puntería de Annie Oakley, la trepidante intensidad del asalto a la diligencia, la gracia de los pequeños caballos mogoles y el lánguido trote de los camellos árabes. No pasé por alto el desfile ordenado y exacto del Quinto Regimiento de Lanceros Reales Irlandeses, tan distinguido hacía poco frente a los derviches del Sudán. A todo asintió en silencio, complacido.

Para hacer más creíbles mis halagos, me lamenté por los bisontes de otro tiempo que ahora no había encontrado. Entonces hablé.

—Es triste decirlo: no ha sido posible reemplazarlos. Cuando yo era joven, poblaban a millones la pradera. Ahora ni siquiera es posible capturar una docena.

Presintiendo que la conversación discurriría por derroteros transitados, añadí que el gobierno de su país ya había dictado leyes para acotar su caza. Dije las consabidas lamentaciones acerca de los indios y su modo de vida extinguido. Quedó pensativo. No como el hombre que no encuentra palabras, sino como el que tiene demasiadas.

—En la guerra, la aniquilación del enemigo es la regla. Para la celebración de la victoria, su presencia es inexcusable. En mi espectáculo, tan necesarios eran el hombre blanco como el indio. En contra de lo que muchos dicen para denigrarme, nadie puede representar lo que no ha vivido. Estos figurantes que han interpretado la muerte de mi amigo el coronel Custer, no son aquellos que usted vio la primera vez. Quizás ha llegado el momento de disolver la compañía.

—Toro Sentado murió hace tiempo —concedí accediendo a lo que suponía un ejercicio de nostalgia.

—Supe de su muerte a la vez que de los vergonzosos hechos que siguieron en Wounded Knee. Al humillar y maltratar a los que fueron nuestros enemigos, nos hemos deshonrado a nosotros mismos. Toro Sentado no hubiera hecho eso.

Su nombre lo presentaba tal como era: obstinado y solemne. Recordamos demasiado Little Big Horn, porque no caemos en cuenta de cuánto tuvo de afortunada la victoria de un impetuoso Caballo Loco sobre un Custer ebrio de certezas. En cambio, Toro Sentado era el hombre que había visto a los soldados azules caer a tierra como copos de nieve. Los otros dos fueron apenas instrumentos de su sueño. Al cabo, Caballo Loco fue derrotado, preso y finalmente ensartado en la bayoneta de un soldado impaciente, pero Toro Sentado esquivó durante años a un ejército herido en su orgullo. Fueron los cazadores de búfalos que había traído el ferrocarril los que acabaron rindiendo a su pueblo por el hambre.

Pensé prolongar sus palabras con algún comentario acerca de los inconvenientes del progreso, pero mi interlocutor no necesitaba tomar aliento.

—Es fácil para la arrogancia de un guerrero enfrentar el dilema de la derrota: morir o rendirse. Toro Sentado no podía permitirse ninguna respuesta sencilla. Poco antes de dejar este mundo, su padre le había encomendado: “mata búfalos y alimenta a tu pueblo”. Así había hecho Toro Sentado desde los trece años. Ahora ya no podía cazar búfalos, pero aún se debía a los suyos.

Sus pasos dubitativos lo llevaron a Fort Buford. El Major Brotherton asistió a una ceremonia singular, único derecho que se concedía al vencido. Frente a él, Toro Sentado cedía su rifle a su hijo de siete años para que el niño lo entregara con sus propias manos. Al Mayor le dijo: “Quiero que mi hijo aprenda a ser amigo del hombre blanco”. A su hijo le había dicho un rato antes: “Si tú entregas el rifle por mí, será como si yo no me hubiera rendido”. Creyó que así podría engañar a su destino.

El enemigo fue tan cauteloso en la victoria como desleal había sido siempre a los tratados. Toro Sentado fue confinado en Fort Randall con su gente. Todas las mañanas los soldados separaban a los hombres de las mujeres y los niños, y hacían recuento. Dos años duró esta ofensa al amanecer. Al tiempo lo trasladaron a la Reserva de Standing Rock.

Por entonces, mi espectáculo viajaba ya por las principales ciudades. Era quizás el mejor, pero en todo caso uno más entre otros parecidos. Annie Oakley hacía diana en el público con el encanto de su orfandad. La competencia tenía a Lilian Smith, algo más joven que ella y harto más descarada. Mi propio personaje, Búfalo Bill, estaba cojo: Yellow Hair no era un antagonista a su medida. Y además, estaba muerto. Me propuse enrolar al último jefe de la nación sioux.

La Agencia India aprobaba mis gestiones: querían separar a Toro Sentado de los suyos cuanto fuera posible. Nada más llegar a la Reserva, el comisionado le había dado al viejo jefe una azada para que cavara la tierra con sus propias manos, un ultimátum para que echara de casa a una de sus dos esposas y un papel

para firmar que legalizaba el expolio de tierras. Cuando yo llegué, el ultimátum había vencido en vano, el papel seguía sin firmar y el comisionado meditaba qué hacer. Mi llegada no pudo ser más oportuna.

Mi oferta era tan sencilla como sus obligaciones: cincuenta dólares por semana, pagaderos los sábados, a cambio de mostrarse a caballo durante la función. Suyo sería todo lo que obtuviera por autógrafos y fotografías. No le diré que discutimos las condiciones. Conmigo, Toro Sentado volvería a revivir todos los días un momento de gloria en la vida de su tribu. Quedándose en la Reserva recordaría cada día las condiciones de su derrota. Añadiré que en el último momento le prometí una entrevista con el Presidente Cleveland. Eso le decidió: acaso pensó que de jefe a jefe sería más fácil explicarle por qué no iba a firmar ese papel.

Toro Sentado asistía todos los días a la recreación de Little Big Horn, impávido sobre su cabalgadura incluso cuando el público rompía en abucheos hacia él. Durante los cuatro meses que estuvo con nosotros, nos robó con su silencio el protagonismo a Annie Oakley y a mí. Nuestro circo no era ya uno más entre muchos: éramos el espectáculo por antonomasia. No me costó mucho conseguir la entrevista de Toro Sentado con el Presidente Cleveland: las dos partes nos beneficiamos del encuentro y de la foto que lo inmortalizó. Solo Toro Sentado volvió defraudado.

De lo que hablaron a solas, nada repitió. Es fácil suponer que sus lenguajes eran muy distintos: uno quería recuperar sus tierras, el otro solo quería robarle un poco de su fama. Quizás valga con lo que Toro Sentado me dijo al despedirse. La frase estaba referida a un plural indeterminado. “Algunos de los hombres que he conocido son vanos y alocados. Otros, simplemente malvados. Todos son lo mismo para mí. Ellos parlotean en mis oídos, su ruido ha sido para mí como el del agua que fluye sin cesar”.

Arreglé también un encuentro con el general que durante seis años lo había perseguido hasta el Canadá. Toro Sentado no quiso acudir. Cuando lo apreté para que me explicara, me habló de unas mujeres que habían danzado hasta agotar los días y las noches. Esposas y madres de los guerreros muertos en la guerra con el general Crook. Creían que danzando sin cesar la tierra accedería a devolverles a sus maridos. Toro Sentado no creía que los muertos pudieran regresar, pero ¿quién cuidaría de ellas?, ¿quién las alimentaría? No hablaría con Crook, no.

Una sola vez había dado rienda suelta a su rabia en voz alta. Fue delante de una concurrencia de políticos y hombres de negocios que celebraban la culminación del ferrocarril. “Sois ladrones y mentirosos. Nos habéis despojado de nuestras tierras y nos habéis convertido en mendigos errantes”. El intérprete vio mi gesto, omitió traducirlas. Toro Sentado lo hizo a su manera: “Raiders. Liars”. El público lo disculpó: era un salvaje que no sabía hablar bien el inglés.

Los ojos de un salvaje se fijan en cosas que a las personas educadas nos pasan desapercibidas. A Toro Sentado le gustaba caminar por la ciudad después de la función. Los niños le seguían, como han hecho siempre en todas partes. Eso le molestaba mucho menos que contemplar su miseria. Lo que ganaba en mi espectáculo lo repartía entre los niños hambrientos que vivían en la calle. No comprendía que un pueblo tan poderoso tuviera tantos pobres. De ahí extraía una impecable conclusión: era vano confiar en las promesas del hombre blanco. Si los que más tenían permitían el sufrimiento de los que menos tenían, ¿por qué habrían de preocuparse por el bienestar de los indios, que no eran su pueblo?

Le impresionó el vasto mar, los largos muelles y los vapores que surcan el océano. Le expliqué que había otro continente al otro lado del mar que rebosaba de gentes, de guerras, de riquezas y de miseria. Comprendió que aquella muchedumbre de hombres ansiosos que marchaban hacia el Oeste era inagotable, que no la habían llevado sólo las locomotoras de las praderas, sino también las que cruzaban el mar. Acaso el mundo lo regía un demonio que empujaba a los hombres unos contra otros, y hacía infelices a todos. Si era así, el vapor era su aliento.

Toro Sentado volvió a Standing Rock cuatro meses después. Había ampliado sus conocimientos y perdido todas las esperanzas. Yo le regalé un caballo digno de un jefe y un saco de caramelos. Sé que añoró por siempre la sopa de ostras y el cariño de Annie Oakley, su hija adoptiva, a la que había nombrado Pequeña Tiro Fijo.

En las reservas, en todas las reservas desde Dakota hasta Nuevo Méjico, detrás de los soldados habían llegado los misioneros. Predicaban la agricultura y enseñaban el evangelio. Ambas semillas germinaban con dificultad. Las tierras eran ásperas y las azadas sólo servían para humillar a los cazadores con los recuerdos de la abundancia perdida. La Agencia India repartía raciones de alimentos todos los meses y vestidos una vez al año. No eran generosos, solo prudentes. El hambre, instrumento de rendición en el pasado, podía ahora ser acicate para la sublevación. Mientras tanto, el hombre blanco seguía presentando papeles para firmar que Toro Sentado rechazaba uno tras otro.

En algún lugar de las praderas, un indio que cuidaba de su pueblo escuchó la historia de un Redentor y soñó que venía para salvar a los indios, traer la paz con el hombre blanco y restaurar los rebaños perdidos. Como un Bautista, como todos los Bautistas, no era el hombre lo importante, sino el mensaje. Era el mensaje que todos querían oír. Poco después, de una reserva a otra, las llanuras eran recorridas por chamanes visionarios predicando la buena nueva. La tierra se encaminaba a un nuevo renacer. Brotaría una nueva hierba y nuevos árboles. Desaparecería el hombre blanco y su ferrocarril. Volverían los bisontes, los antílopes y los caballos salvajes. Los antepasados, tantos y tantos como habían muerto por las balas y el hambre, resucitarían y se unirían a la fiesta de todos, bailando.

Había que danzar. Todos unidos en una danza interminable. Una danza secreta, escondida de los ojos del hombre blanco. Por doquier, desde Arizona a Dakota, los indios danzaban invocando al Espíritu. El mundo renace. La nación renace. El águila ha traído el mensaje a la tribu. El Padre dice así. Toda la tierra renace. Los búfalos vienen. Los búfalos se levantan. El cuervo ha traído el mensaje a la tribu. El Padre lo dice. Escucha, Él dice, los búfalos vienen. Allí lejos, los búfalos se levantan, los búfalos caminan.

Tan fuerte era la visión de los indios que los colonos blancos también la vieron. Sintieron miedo. La Agencia India prohibió las danzas. El ejército se acantonó en las reservas, dispuesto a luchar contra los fantasmas.

Toro Sentado descreía que los muertos resucitaran, pero creía en la danza. Una vez, aquella vez, él había danzado durante tres días consecutivos, lacerando sus brazos con cien heridas. Al cabo de esa danza, vio caer a tierra los soldados azules como saltamontes, como copos de nieve. Caían sobre la tierra, muertos. Y aquella visión se hizo realidad poco después por la mano de Caballo Loco y sus guerreros. Si eso había ocurrido una vez, ¿por qué no ahora?

Toro Sentado se incorporó a la Danza Fantasma. Danzó con ellos. Se supo que Toro Sentado danzaba. Todos sabían cómo sus danzas pasadas habían dado gloria y alivio a la tribu en momentos difíciles. Los espías también lo dijeron: Toro Sentado ha vuelto a danzar, más y más indios están danzando.

Después de una tarde y una noche danzando, cayó exhausto. Entonces una alondra de las praderas se posó en un montículo a su espalda y le dijo: “Tu propio pueblo te matará”.

Aquella noche, un destacamento de policía india salió a buscar a Toro Sentado. En la madrugada, irrumpieron en su sueño y en el de su familia.

Toro Sentado dijo: “Iré con vosotros”. Pidió su mejor vestido. Pidió que ensillaran su mejor caballo, el que yo le había regalado. Ambos pormenores demoraron la salida hasta la primera luz del día. Los que habían danzado aquella noche acudieron con la primera luz del alba y rodearon la casa y al destacamento que la rodeaba. Esperaron.

Toro Sentado traspasó la puerta flanqueado por el Teniente Cabeza de Toro y el Sargento Cabeza Rapada. Cuarenta policías indios vestidos de azul abrían pasillo entre la multitud.

El destino le salió al encuentro a Toro Sentado por boca de su hijo. Aquél al que había entregado el rifle nueve años antes, lo apostrofó ahora. “Tú te llamas bravo. Tú has jurado que nunca te rendirías a un casaca azul, y tú ahora te entregas a unos indios con uniforme azul”.

Toro Sentado se detuvo, sobrecogido. Contempló la multitud que lo rodeaba: todos caminarían por el fuego si él lo pidiera. Todos esperaban su palabra para hacerlo ahora mismo. No pudo resistir su voluntad. Dio la orden, o la acató. En el tiroteo que siguió, una bala le atravesó la cabeza.

A las últimas palabras del Coronel Cody siguió un largo silencio que a mí me pareció obligado respetar. Entendí hasta qué punto aquel hombre añoraba el sol y el aire libre de las praderas. Él comprendía ahora que su circo no era menos ilusorio que la Danza Fantasma de los indios, pero sí mucho más abyecto.

Diario íntimo de Pigmalión

Hoy hemos nacido el uno para el otro. Galatea ha llegado vestida con un vaquero y una camisa de finas rayas azul claro. Las dos prendas le ajustan bien de largo, son su talla, pero flotan alrededor de sus brazos y sus piernas.

Es tal como la había soñado, esbelta, grácil. El pelo, del color de la manzanilla, recogido atrás en cola de caballo. Los labios carnosos, pero no grandes. Los ojos, ingenuamente azules. La nariz y la barbilla, con el dibujo perfecto que sólo tienen los rostros infantiles.

Ella ha respondido a mi “*Hola, Galatea*” con otro “*Hola, Martín*”, y a mi sonrisa con una sonrisa de fresa y nata.

Dos pasos hacia ella. No me he atrevido a dar el tercero, temiendo que se espantara de mí como una gacela. He extendido mi mano y ella la ha cogido. De sus dedos, de la palma de su mano, he recibido la descarga que me ha hecho sentir tan criatura como ella. ¡Oh, qué momento gozoso!

La he llevado de mi mano por toda la casa con el entusiasmo de un niño que quiere enseñar el Paraíso. La terraza, sus vistas. El salón y la biblioteca. La cocina y todas las dependencias utilitarias. También la que será su habitación, cuando quiera aislarse. La mía está al lado.

Esta noche, a la hora de acostarse, ella se ha dirigido a su habitación. A mí me ha costado dormirme.

...

Primer día. Hemos salido juntos a pasear por el parque. Hay todavía entre nosotros dos demasiados silencios.

Hemos empezado a caminar cogidos de la mano. Al poco, yo he tenido el impulso de pasarle el brazo por encima de los hombros. Ella ha enlazado mi cintura con naturalidad, como si lo lleváramos haciendo desde siempre. Nos hemos sentado debajo de un sauce. He acercado mi boca a su oreja y le he susurrado un “*te quiero*”. Y cuando he puesto mis labios sobre su sien y su mejilla, ella ha vuelto el rostro hacia mí y nos hemos besado.

Yo hablo mucho, y ella escucha y asiente. A veces pregunta. Los patos, el estanque... Se ha acercado al agua y ha metido las manos. Yo también. Hemos jugado a mojar nos la cara con las salpicaduras.

Al llegar a casa, la he cogido de la mano y hemos entrado a mi habitación. desnudarla por primera vez ha sido como desembalar un regalo precioso del que quieres conservar todo, hasta el papel que lo envuelve. Al desabotonar su camisa, sus pechos se han abierto delante de mí. Son tan pequeños que no necesita sujetador. Ha arqueado un poco los brazos y las mangas han caído. Ha levantado alternativamente una pierna, luego la otra, como haría un niño, y he recogido el pantalón de entre sus pies. Sus ojos acompañan a los míos cuando la recorro con la mirada, y cuando pretendo un duelo de pupilas, me desarman con su candor. Me acerco. La beso. Abre la boca si empujo con la lengua. Abre, abre... Me avasalla tanto su actitud de entrega, tan suave y dulce, tan quieta y callada, que me ha hecho dudar, al penetrarla, si seguir empujando. Al final lo he hecho, muy despacio.

Hemos dormido abrazados, ella con un ligero rubor en las mejillas.

...

Fiesta de presentación. Treinta personas. Ella ha estado impecable. Sin timidez. Sin la exaltación que a uno le invade cuando es el centro de atención. Los ha sorprendido a todos. Incluso a mí mismo.

Cuando nos han preguntado por la boda, ella ha respondido con tal precisión de detalles que yo he preferido dejar esta parte de la conversación a su cargo. Escuchándola, me han parecido más reales sus recuerdos implantados que los míos, originales y verdaderos.

Después, hemos ido a mi dormitorio. Suave, siempre suave. No quiero que se me rompa. La amo.

...

Galatea se ha convertido en la preferida de todos. No hay reunión que no cuente con su presencia tranquila y amable. Es estupendo que haya encajado tan bien.

Es curioso, no matiza el trato entre hombres y mujeres. Como si no supiera establecer esa distancia sutil que hay entre los sexos.

...

Hoy he llegado a casa deseando verla y no estaba. La he llamado, y su comunicador ha sonado en su mesilla de noche. A medianoche he empezado a hacer llamadas. Cuando me he dado cuenta que estaba transmitiendo a los conocidos una imagen de marido celoso, he dejado de preguntar.

Cuando ha regresado -muy tarde-, ella no le ha dado importancia ni a su retraso ni al hecho de haberse olvidado el comunicador. Ha notado mi enfado, mi silencio, mi sequedad. Pero no reacciona. Me deja perplejo. Hemos dormido juntos el uno al lado del otro, nada más. Yo no podía.

No es que regrese tarde por nada especial. Es, simplemente, que los amigos prolongan la diversión y ella no ve motivos para dejarlos. Luego, cuando llega a casa y me encuentra cariacontecido, se queda vacilante. No nos entendemos. Yo quiero estar con ella. Es normal que la busque y la espere. Pero ella no entiende la frustración que me causa.

La otra noche, en la oscuridad del dormitorio, rompí a llorar muy quedamente. Algo me dice que ella lo percibió. Pero no hizo nada.

...

Ayer regresó muy tarde. Con la marca de unos labios en el cuello. Ella me lo ha contado con esa sencillez que me desarma. Roberto la traía de vuelta. Han dado un rodeo de una hora o más por su apartamento. Eran las dos y media cuando ella ha llegado a casa.

He pasado toda la noche llorando en mi habitación. Ella, mientras tanto, dormía apaciblemente en la suya. ¿Cómo es posible que ocurra una cosa así y de esta manera?

...

Ha sido muy incómodo hablar con el ingeniero de Pigmalión-SRC. Lo ilegal de esto me deja sin ninguna garantía ni obligación por parte de ellos a darme servicio post-venta. Los únicos asideros para que me atiendan son el crédito de mi cuenta corriente y la amenaza de un escándalo.

El ingeniero me ha escuchado sin interrumpirme durante varios minutos. He acabado con esta pregunta, retórica e irónica.

— ¿Ella me quiere?

— Digamos que “ella” ha sido programada para complacerle.

— ¿Complacerme? Tengo la sensación de estar con una autista.

— No. Una autista no aceptaría el contacto físico, ni siquiera una caricia con la mano. No digamos una penetración vaginal.

Me dio asco oírle hablar así después de los circunloquios y rodeos que yo había utilizado para describir nuestra intimidad.

— Técnicamente, un robot es un psicópata, no un autista -concluyó.

Me asusté. El ingeniero continuó:

— Tranquilo. Nunca le hará daño. Está programado para complacer.

— Sí, tan complaciente que cualquiera que pase a su lado...

— Sí, claro. Su respuesta sexual es automática. Si el ambiente es adecuado, basta un beso, una caricia, para despertar su aquiescencia. Aquiescencia, esa es la palabra. Bueno, también pasa con algunas personas... humanas. Si quiere evitarlo, ya sabe, vigílela.

— No es eso. Yo no quiero ser su guardián,. Yo quiero que ella sienta que su infidelidad me duele, que sienta mi deseo de ella y mi sufrimiento por ella. Ella no siente.

— “Ella” sufre.

— ¿Sufre?

— A su manera. Cuando no consigue complacer, cuando percibe malestar, “ella” se perturba. Porque no es el resultado que espera y no entiende por qué. Hay, incluso, un pequeño riesgo de que estas situaciones de conflicto deterioren su mecanismo. Porque en algún lugar de su interior hay un cúmulo de energía, una pequeña chispa que no se canaliza adecuadamente, que fluye circularmente sin encontrar la salida.

— Pero eso es un defecto de fabricación...

— No, no lo es. Nosotros fabricamos el producto con arreglo a las especificaciones del contrato. A día de hoy la robótica no es capaz de mejorar el producto. Para dar salida a esa energía, a esa estasis de sufrimiento, deberíamos ser capaces de proporcionarle conciencia y libre albedrío. Ningún fabricante lo ha hecho ni lo hará: el Gobierno vigila para que nadie lo intente siquiera. Como no podemos, simplemente hemos reforzado su circuitería interna, dimensionando los componentes y circuitos hasta la última soldadura para que resistan lo que en definitiva no será más que un sobrecalentamiento. Ahora bien, si usted nota que sus movimientos se vuelven torpes, o su hablar no es fluido o se vuelve incoherente, en fin, cualquier anomalía, ya sabe cuál es el procedimiento para desconectarla. Debe hacerlo para impedir daños.

— Pero ese procedimiento, es como matarla.

— Por el tiempo que usted quiera. Luego, le da al botón y voilá, a funcionar. Eso le dará tiempo para analizar la situación que le produce estrés y tratar de corregirla. Procure que no sufra.

— Pero entonces, el que tiene que sufrir soy yo. Es... terrible.

— Bueno, en último extremo Pigmalión-SRC admite que devuelva el robot a fábrica. Le reembolsaremos el ochenta por ciento de lo pagado.

— No, no es eso. Es terrible querer la felicidad de otra persona y sufrir por no saber cómo conseguirlo.

— Es un robot. Devuélvalo y dormiré tranquilo.

— ¿Y qué ocurrirá con ella?

— Será reconvertida para otros usos. Reprogramada. Su rostro y su figura serán modificados, obvio, para que pase por un robot normal.

No he aceptado. Yo la quiero. Quiero seguir viendo su sonrisa de fresa y nata, ahora que sé que detrás de su expresión incierta, insegura, hay un alma perdida entre la niebla, que no acababa de nacer.

Sufriré. Tendré que beberme muchas veces mis propias lágrimas, y hacerlo sin que ella me vea.

Sueños en vía muerta

Los dos se sorprendieron al toparse con la vista. El hombre se sintió obligado a decir algo:

-Discúlpeme. Me ha llamado la atención ver que leía a Borges y... -vaciló bajo la mirada inquisitiva de ella-, bueno, se me hace rara esa edición -señaló el libro.

La mujer puso el dedo entre las páginas.

-Es una edición argentina -aseveró con calma-. ¿Le gusta Borges?

-Mucho. No es lectura de moda hoy día. Me sorprende encontrar una persona más joven que yo a la que también le guste. Aunque sospecho, por su acento, que usted ha viajado mucho. Quizás su interés por Borges sea profesional.

La mujer colocó el guardapáginas y dejó el libro a un lado, en el asiento.

-Soy devota de Borges. Estoy casada con la literatura por interés: soy profesora. Y nací en Argentina accidentalmente. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

-A nada. Podría decir que, como todo el mundo, me gustaría ser algo distinto de lo que soy. Aspiro al menos a que lo que digo se parezca a mí. Ahora soy viajero en un tren.

-¿Viaja usted mucho?

-He estado en Iguazú. Si fuera un personaje de Borges añadiría “no sé si esto es meritorio”.

La mujer sonrió, cómplice y complacida. El hombre prosiguió, alentado:

-También estuve en Godafoss, donde los antiguos vikingos ahogaron a sus dioses. ¿Recuerda usted esa miniatura escrita a cuatro manos, con Silvina Ocampo?

-Ajá, La muerte de Odín.

-La noche después de Godafoss volví a leerlo. Me faltó la nieve para convocar al viejo dios, los turistas solo vamos a Islandia en verano. A Odín tampoco le hubiera gustado aparecer en un viaje organizado. Esos autobuses buscando una parada para aliviar impacencias seniles no son los drakkars con los que soñaba Borges.

-Es usted muy chisposo. ¿Sabía que Borges nunca estuvo en Islandia? Lo he documentado.

-Sorprendente. Y usted, ¿ha estado?

La mujer asintió.

-¿Le gustaron las cataratas? Gullfoss, Skogafoss...

-Hay algo en ellas que desdice de aquellos páramos de hielo y lava.

El hombre reflexionó.

-Tiene usted razón. Hace algún tiempo me dio por ver cataratas. Niágara, Victoria, el Salto del Ángel, todas han creado una naturaleza esplendorosa a su alrededor.

-Gran viajero -halagó ella.

-Un viajero tópico. Ni aquello fue viajar ni esto es un tren que merezca ese nombre.

-¿El AVE no es un tren? -preguntó ella arqueando las cejas.

-Demasiado rápido para llevarte a algún lado realmente diferente. Mire, yo nací en una pequeña capital de provincias. En los planos del ferrocarril mi ciudad era un mero punto de paso entre otros. Para los que

vivíamos allí, sin embargo, los trenes llegaban por alguno de los andenes y luego salían marcha atrás, como si nuestra ciudad fuera el fin de todos los trayectos. Yo lo sentía así desde que era niño: uno se iba de la ciudad o volvía a ella. No me imaginaba otro viaje. Hoy día todo el mundo está de paso. No viajan: se mueven.

No era una estación vieja. Hoy lo sería. Tenía un vestíbulo espacioso a lo ancho, el despacho de billetes a un lado, la cantina al otro. Las paredes y el techo daban al viajero una lección de geografía provinciana: un mapa ilustrado con yuntas y arados, robustos pescadores con sus redes, campesinas fecundas con cántaros copiosos y cestos llenos de fruta. Los años volvieron anacrónica esta imaginería, hoy sustituida por mosaicos electrónicos donde se amalgama la información necesaria con la publicidad importuna.

El olor a carbonilla te alcanzaba antes de traspasar las puertas que daban paso a los andenes. Había cuatro. Sus titánicos topes prevenían al viajero de la fuerza colosal que allí se rendía. En los largos pasillos laterales se sucedían dependencias tan variopintas como útiles: la consigna, fiel al viajero; una comisaría para prevenir el desorden; el despacho del jefe de estación; unos aseos que avergonzaban desde lejos con su olor a orines con zotal; y el gran reloj de esfera blanca, guardián de las horas. Todo bajo una techumbre metálica, hija de la torre Eiffel y hermana de los puentes de hierro, que se abría por delante hacia el horizonte.

He oído que los recuerdos infantiles ajustan las dimensiones a su propia escala. De mi niñez solo alcanzo a distinguir un tren y un único vagón. Me lo represento de una anchura imposible, con dos filas de bancos de listones de madera y un pasillo en el centro. Recuerdo también las cestas de mimbre, las fiambreras con tortilla. La pareja de guardias civiles, tricornio charolado, capote verde y fusil largo de cerrojo, conduciendo a un preso de mirada negra. Usted estará pensando que repito todos los tópicos del cine sobre la época. Le aseguro que los míos son los originales.

Divagaré con una anécdota, si usted me lo permite. La contaba mi madre. El protagonista era su hermano menor y por ello el más querido. Durante la guerra, mi tío fue alistado a filas del ejército republicano. Al cabo de dos años, ya próximo el fin o la derrota, mi tío se presentó en casa sorpresivamente. Un buzo de milicias y un pañuelo rojo al cuello con las siglas FAI-CNT eran su disfraz. Había desertado. En una peripecia de muchos días, había huido del frente desde un lugar tan remoto como Porcuna, en Jaén. Aprovechaba las cuestas para subirse a los trenes. Se tiraba en marcha antes de entrar en las estaciones. Hoy no sería posible un viaje así: todo se mueve a velocidad vertiginosa y quien se baja es arrollado.

La geografía de nuestro mundo era dilatada. A los nueve años nos fotografiábamos sentados a una mesa con un libro abierto, un globo terráqueo a un lado y un mapamundi a la espalda. El mismo mapamundi que había en la escuela, pero cuyos vivos colores no podían representarse en aquella fotografía insípida, como todos nuestros libros. El cine, al que asistíamos dos o tres veces al año, prestaba imágenes a ese mundo de letras austeras.

¿Quién no ha tenido un amigo íntimo cuando ha llegado a la adolescencia? El mio se llamaba Jorge. Los dos destacábamos por alguna facultad. Él quería ser pintor. Yo quizás hubiera sido algo si hubiera seguido mis sueños.

El instituto fue la época en la que leíamos las vidas de los grandes hombres como un espejo de lo que queríamos que fueran las nuestras. Los dos anticipábamos juntos el futuro de cada uno. No nos cabía duda de que tendríamos que salir de nuestra pequeña ciudad. Sentíamos que la capital, Madrid, acaso también París, eran el agua necesaria para el pez que había en nosotros.

Un día mi amigo cogió el tren. Fui con él a la estación. A cuatro manos le dimos el último empujón a su maleta y a sus sueños. Entre nubes de humo blanco y dos silbidos entusiastas, mi amigo empezó su viaje y yo volví a casa pletórico de ilusión, como si también viajara subido en ese tren.

Sus cartas llegaron durante meses a un ritmo regular. Me hablaba de la pensión, de lo difícil que era pasar el día con una sola comida, de cómo preservaba la ropa y el calzado en buen estado para no presentarse delante de sus contactos con aspecto de mendigo. Supe de sus primeros resultados, los que alentaban el futuro y los que lo decepcionaban. Mientras tanto, yo hacía tiempo para seguirle. Mis padres habían conseguido aliviarme el servicio militar -la causa o la excusa de que no pudiera acompañarle-, con un destino oficinesco en el Regimiento local. Al terminarlo, me esperaba un trabajo en el despacho de un amigo de mis padres, primer paso de un futuro que otros habían encauzado para mí. Pero yo seguía pensando en el viaje a Madrid.

Diariamente, en mi trayecto desde casa al cuartel, pasaba junto a la estación. Muchas veces entraba. Me acercaba a la taquilla, escrutaba el cuadrante con los horarios como si fuera a sacar billete ese mismo día. Mi tren salía a las 20:53, tenía prevista su llegada en Atocha a la mañana siguiente. Me paseaba por los andenes, me cruzaba con los mozos de estación, sus blusones oscuros, sus carretillas cargadas de maletas. Me fascinaban los zapadores ferroviarios, aquellos soldados de uniforme fabril, azul mahón, que a modo de emblema de armas lucían una locomotora dorada encima del bolsillo de la sahariana.

Espabilado por las penurias de mi amigo, cada semana detraía una pequeña cantidad de mi sueldo incipiente. Una caja cerrada con candado hacía de hucha. Así, durante meses. Mi amigo me apremiaba para que emplazara el viaje. A sus requerimientos respondía yo con prudentes cautelas. Me envolvía el sosegado alternar de las mañanas y las tardes. Empezaba el día en el despacho del amigo de mi padre, que pronto se convertiría en mi suegro. Después de comer acudía al casino, donde se me había admitido con todos los avals. Las cartas de mi amigo se me volvieron molestas, impertinentes. Demoré las contestaciones, las fui haciendo breves, formales. Dejé de apartar dinero para aquel viaje. Como quien evita encontrarse con un acreedor, rehuía pasar por delante de la estación. Para cuando él dejó de escribirme, mi matrimonio ya se había encarrilado. En algún momento de los preparativos de boda, abrí la hucha y gasté el dinero o lo ingresé en el banco. Mi mujer nunca supo que yo había querido escaparme de mi destino provinciano, ni que tuve sueños. Yo lo olvidé.

-¿Y su amigo?

-Nunca volvió, y si volvió, entiendo que no quisiera visitarme.

-¿Consiguió la fama?

-Su destino, creo, ha sido tan oscuro como el mio -cerró los ojos, evocándolo- Pero él, al menos, ha viajado.

El hombre abrió los ojos y miró a la mujer que, frente a él, leía un libro que acaso era de Borges.

“Fue entonces cuando la miré. Una línea de William Blake habla de muchachas de suave plata o de furioso oro, pero en Ulrica estaban el oro y la suavidad. Menos que su rostro me impresionó su aire de tranquilo misterio. Sonreía fácilmente y la sonrisa parecía alejarla.”

La mujer bajó el libro. El hombre retiró la vista apresurado, para no encontrarse con ella.

Cuando mueren las azucenas

– ¿Por qué yo?

– Porque eres el único penalista competente al que no le va a tentar ni distraer la repercusión mediática del caso. Estoy segura de que buscarás lo mejor para Marilena.

– ¿Sois amigas?

– Le he llevado su divorcio, nada más. Fuimos juntas a Carmelitas, incluso comulgamos juntas. Era de esas compañeras de colegio que no llegas a tratar, pero que nunca olvidas porque todas nos mirábamos en el espejo para ver si nos parecíamos a ella: guapa, ni un grano en la cara, sonrisa de anuncio, y una melena rubia como los ángeles. Después nos perdimos de vista. Una vez la vi saliendo del cine con un hombre al que imaginé su marido. En otra ocasión, recogiendo niños a la puerta de un colegio. Alguna amiga me ratificó esos indicios: se había casado con un empresario y vivía a lo grande en una urbanización de lujo. Fíjate qué sorpresa cuando hace tres años llegó a mi despacho para pedirme que le llevara el divorcio.

– ¿Y en ese tiempo?

– No nos hemos hecho amigas. No quiero que nada personal interfiera con mi trabajo. He seguido mirándola de lejos, aunque ahora ya como un ángel caído. Aún me pregunto si se hubieran salvado los niños de haber llegado yo puntual al despacho.

– Aunque hubieras leído el correo a las cinco de la madrugada, cuando te lo envió, los niños habían tomado las pastillas con la cena. Ya era tarde.

– Pero se salvaron dos.

– La misma dosis de diazepam para los cuatro. No es lo mismo un adolescente de catorce años que un niño de tres.

– ¿Te das cuenta? Se equivocó en la dosis. Sólo quería llamar la atención. Como su suicidio. Se encierra en el garaje con el coche en marcha, pero no se le ocurre tapar la rejilla de ventilación para la caldera.

– Al jurado no le gustará que su torpeza le haya salvado la vida y que yo alegue que mató a sus hijos por torpeza.

– No, claro.

– ¿Por qué ahora? Llevabais tres años con el divorcio, y al final, cuando habías conseguido lo mejor para ella..., no lo entiendo. ¿Por qué?

– Lo conseguí, como abogada. Como mujer, veía que para ella cada trámite, cada firma, cada alegato y cada plazo por cumplir, eran un lamento, un grito, una llamada de auxilio y una esperanza insensata. Cuatro hijos de tres a catorce años aloban a una mujer sola. Te comen. Pero yo no podía decirle: renuncia a la custodia, estás en tratamiento psiquiátrico, no puedes. Porque el pleito la mantenía viva. Yo sólo soy abogada y tramité lo que quería mi cliente. Cada profesional hace su trabajo y la persona se estrella sola. Como el diazepam que le recetaba el psiquiatra. Sé que ella se lo había dado más de una vez a los niños para conseguir un poco de paz.

– Lo comprobaré. Se acerca más a la posibilidad de convencer al jurado de que hubo un error en la dosis.

– Al acabarse la pelea se encontró vacía, a pesar de haber ganado. Y entonces, bueno, ya sabes el detalle del vestido de la niña.

– Sí. Que la encontraron con el vestido de la Primera Comunión.

- Hubiera comulgado este domingo. Le obsesionaba que la niña saliera de la iglesia y...
- ¿Y?
- No sé. Algo terrible.
- ¿Que no encontrara a sus padres?
- Qué sé yo. No fui su amiga para sus confidencias, ni su psiquiatra para sus pesadillas. Esperemos que el siguiente profesional haga por fin un buen trabajo. Y ése eres tú.
- Veremos. Aún no he podido entrevistarla. El psiquiatra me ha dicho que espere a que ella pueda llorar.

-IV-

- De traca, chica, lo de Marilena ha sido de traca. ¿Sabes, Pilar, aquella compañera de Carmelitas que trabaja en Tráfico? Una mañana fue Marilena a verla a la oficina, que le habían puesto una multa de radar y tenía que ser un error porque su marido estaba con el coche en Barcelona en un viaje de trabajo. Total, que Pilar la acompañó a donde las denuncias y allí le enseñaron la foto. Y sí, era su coche, a la una de la madrugada por el Paseo Sagasta, donde El Corte Inglés. Y ahora, no te lo pierdas: la foto era de frente, se veían las caras. ¿Sabes quién era el acompañante?
- No me lo digas. Me lo imagino: alguna pelandusca.
- Ja. La secretaria. ¿No ves que era un viaje “de trabajo”?
- Pobre Marilena.
- La secretaria, con la que ella habla cuando llama a su marido al trabajo. Si hasta una vez creo que le hizo de canguro con los niños.
- Ojalá hubiera sido una pelandusca. Tiene que ser horrible verte comparada y relegada por otra.
- Veinte años más joven. Bueno, es lo que hay, chica. Por mucho que te cuides...
- Cuatro hijos, y te dan la patada.
- Por eso es mejor lo que hacen algunas: callar y tragar. Si el marido tiene dinero, como tenses la cuerda te aplica el Plan Renove. Déjale echar alguna cana al aire, y ya vendrá a casa.
- ¡Qué difícil ya para Marilena! En evidencia ya delante de todo el mundo. ¿Cómo reaccionó?
- Cogió la multa y se dio la vuelta con ojos de cristal como si hubiera visto a Dios. Pilar la alcanzó antes de llegar a la calle y la metió en los baños para que se le pasara la lloratina.

-III-

Celebraron la boda en mayo, a pesar de la coincidencia con las primeras comuniones. Se casó de blanco, otra cosa hubiera sido impensable para su madre y aún para su futuro esposo. Cuando Marilena se vio por primera vez en el espejo, comentó que no le faltaba más que el rosario en la mano y el misal nacarado. Y hasta pensó teñirse el pelo, porque un rubio como el suyo no favorecía sobre el blanco. Él le dijo “Estás preciosa. Te quiero así”, y la besó.

La ceremonia fue bien. No hubo ningún percance. No se cayó al salir de la iglesia, como temía. Y cuando por fin se quitó el vestido de novia en el hotel, se echó a llorar de alegría.

-II-

Al despertar, Marilena extrañó el tacto de aquellas sábanas. Palpó a los lados, y a duras penas encontró el borde por uno de ellos. Por el otro, el brazo se le perdió entre los pliegues aún tibios de unas sábanas de raso. Una persiana que no ubicaba en ninguna habitación filtraba la luz de una mañana ya avanzada. Marilena rindió la cabeza sobre la almohada: ¿será esto lo que llaman resaca?

Se había emborrachado de tules y satén, de guirnaldas, de aplausos, de focos y miradas. Recordaba lo difícil que era sostener la sonrisa cuando estás pendiente de que anuncien a la ganadora, y que se decía a sí misma: “aunque no gane, todo esto es mucho más de lo que yo esperaba”. Y luego, la apoteosis: Miss Aragón. En su cabeza bailaban todavía las frases de la entrevista con el Heraldo. El relaciones públicas de la organización le había resumido su papel así: “Tu estilo es el de la inocencia y la pureza. Tienes que distanciarte del icono de Marilyn”. Y luego, le había hecho memorizar las respuestas, como si él fuera un catequista y ella fuera a comulgar por primera vez:

– ¿Le habrán dicho que se parece a...?

– Sí, me lo han dicho. El tono platino de mi rubio es natural, tengo oído que Marilyn se teñía para conseguirlo.

– ¿Se lleva bien con la cámara?

– Tengo experiencia, he hecho bastantes cosas. No tengo ningún problema para posar.

– ¿Qué le parece la obsesión por el culto al cuerpo?

– Lo importante es sentirse guapa y segura. La inseguridad es lo primero que se ve; si te sientes bien los demás lo sentirán.

– ¿Qué prendas no faltan nunca en su armario?

– Tengo de todo. Siempre tengo vaqueros, camisetas básicas y complementos, y sobre todo zapatos de tacón.

– ¿Cuántos pares de zapatos de tacón puede llegar a tener?

– ¡Me faltan días para ponérmelos todos!

– ¿Qué valora más en una persona?

– La sinceridad y la honestidad son mis pilares.

– ¿Qué detesta más?

– La hipocresía.

Oyó el ruido del agua correr. Se incorporó. Ella, que siempre dormía con su braguita y la parte de arriba del pijama, estaba desnuda, carne blanca sobre sábanas de raso negro. Se sintió sucia, y sucias las sábanas. Se tocó.

Se abrió una puerta en el lado opuesto de la ventana y su haz de luz despejó las zonas oscuras de su memoria. Recordó todo: la fiesta de celebración, las bebidas, las insinuaciones, los roces. La desnudez del hombre que se asomaba, el mismo que le había hablado de inocencia y de pureza, la desnudó a ella. Marilena se tapó la cara con las sábanas y se echó a llorar.

-I-

En mayo las bodas ceden el paso a las comuniones en el calendario de las familias y de los restaurantes. Los niños desposan a las niñas en altares que rebosan de luz y de un aroma empalagoso a inocencia. Extraña flor la de la pureza, que solo exhala su fragancia cuando va a morir. Muere la infancia cuando toma conciencia del pecado, de la mentira y de lo oculto. Nunca serán los rostros de ellos tan masculinamente serios, ni tan hieráticamente dulces los de ellas.

La ceremonia ha terminado. El frufú de los tules susurra en la puerta de salida, a punto de estallar como el tapón de una botella de champán. Marilena sale a la calle. Marilena ve a sus primos, Marilena se agita, levanta el brazo, rompe su cara con una sonrisa y echa a correr por las escalinatas abajo. Marilena tropieza con su propio vestido, las manos trabadas por el rosario y el diminuto misal nacarado. ¡Marilena,

Marilena! Los ángeles no llegaron a tiempo para sujetarla. Otras manos más humanas la levantan, el vestido manchado, la cara ensangrentada en puro rasponazo.

Marilena rompe a llorar. Como las azucenas cuando mueren.

Un tenorio para Corín

Gonzalo Alvear sólo era sobrino de la cuñada de Pantaleón. Pero quien más quien menos creía que era tan dueño del negocio como sus apócrifos tíos, los hermanos Bruguera.

Ciertamente, nada se hacía en la editorial en contra de su voluntad. Aunque no se conocía ningún caso en que su voluntad hubiera discrepado de la de sus tíos. Más bien, él daba carne, voz y piernas a todo lo que ellos disponían. A todo, y lo hacía con su porte entre Clark Gable y Alfredo Mayo. Bigote de tiralíneas y pelo engominado. Zapatos lustrados dos veces al día por el limpia del Comercial.

Un figura. Lo bastante listo para metérsela doblada a un vaquero como Marcial Lafuente Estefanía. ¡Qué decir de las tropelías que había cometido con El Capitán Trueno o Las Hermanas Gilda!

Aquel día Gonzalo se prometía un doble negocio: Corín Tellado.

Semanas antes, su tío Pantaleón le había instruido en el primero de ellos: tenía que atarla para que escribiera dos novelas al mes por menos de veinticinco mil duros. Exclusividad, por supuesto, y derechos retroactivos sobre lo que ya le habían publicado. Había que amarrarla, cerrar el paso a la competencia, y el momento era ahora: Corín acababa de dejar de ser señora de Egusquizaga. La separación, los gastos de abogados en el nada barato Tribunal de la Rota. Y dos hijos. Corín Tellado no podría resistirse a la oferta.

En cuanto al segundo negocio, era difícil explicar el interés de Gonzalo por Corín. Ni siquiera podía decirse que se conocieran. Tres años antes, Corín había aprovechado su viaje de bodas a Barcelona para dejarse caer por la editorial. Gonzalo apenas pudo apreciar más que su desparpajo y sus formas redonditas. Su tío Pantaleón lo había mantenido aparte durante la visita. Txomin, el morrosko que ejercía de marido, tenía las mismas pintas que Gonzalo, pero sin bigote, y Pantaleón intuía que no saldría nada bueno para su negocio de juntar a esos dos gallos a la misma mesa, entre puros y copas, delante de Corín.

Pero aquello fue hace tres años. Ahora, a cuenta del contrato para firmar, Gonzalo había hablado con ella por teléfono unas cuantas veces. Fue entonces, entre llamada y llamada, cuando se descubrió diciéndose a sí mismo: sí, ésa. Como cuando se había fijado en la cerillera del Comercial, o en Pili, la secretaria: sí, ésa.

La invitó. Si venía a Barcelona, le dijo, es como si adelantara la primavera, cambiando el frío húmedo del Cantábrico por la tibieza mediterránea.

Pantaleón protestó. Pagarle el viaje y la estancia, no, eso no se hacía con los autores en nómina. ¡Qué despilfarro! Gonzalo prometió: la podría conseguir por veinte mil. El viejo cedió, no sin decirle: *¡compte!, em sembla que eixa xiqueta es massa dona per a tu.*

El enamoramiento de Gonzalo era literario. Pili, la secretaria que se había beneficiado hasta que se casó y le dijo basta, leía sus novelitas. Él se veía retratado en sus páginas: buena posición, buena planta y, sobre todo, sabía tratar a una mujer y hacerla sentir como una reina. Lo suyo con Corín estaba predestinado.

El chófer de Pantaleón le llevó a la estación. Esperó en el andén como un galán de cine, con la gabardina en un brazo y un ramo en la otra. Salió a su encuentro con pasos decididos y una sonrisa de porcelana, que reventó en un beso y una frase de admiración cuando la abrazó. Luego, la sujetó del codo y la encaminó hacia la salida protegiéndola con su cuerpo de la multitud, al tiempo que ordenaba al mozo que los siguiera con la maleta.

– ¿Ha podido descansar esta noche?

– He dormido bien, pero he echado en falta mi máquina de escribir esta mañana al despertarme.

– Es usted maravillosa. ¿Hubiera sido capaz de escribir...?

– ¿Por qué no? El ambiente es sugerente...

– ¿Algún caballero interesante?

– Eso no se le pregunta a una dama.

– Cierto, cierto. Los hombres siempre queremos ir un poco más allá de donde se nos deja. ¡Pero qué sería de sus novelas sin los caballeros interesantes! Quiero que sepa que no soy el vil usurero que quiere negociar su contrato, sino un rendido admirador suyo. Mentiría si dijera que he leído todas sus novelas, pero créame si le digo que han sido muchas, muchas.

Gonzalo hizo una pausa y la contempló largamente, hasta el punto en que Corín podía empezar a sentirse incómoda. Entonces entornó los ojos:

– Corín, ¿puedo pedirle un favor?

– Usted dirá.

Gonzalo levantó los ojos suplicantes:

– ¿Me deja tutearla?

Corín sonrió, un poco incómoda.

– Por supuesto. Pero por favor, no se ponga tan solemne, que me da risa.

Y Gonzalo se llevó a los labios una de sus manos mientras ella protestaba y simulaba reír.

En el hotel, cuando el recepcionista alargó la llave, interpuso medio cuerpo entre ella y el mostrador para recogerla. Y así, con el pretexto de comprobar que todo era “*comme il faut*”, acompañó a Corín hasta su habitación y la inspeccionó por dentro. Dio propina al botones, al tiempo que le encargaba un jarrón para las flores. Y se despidió con un beso en cada mejilla hasta la hora de comer.

Estaba contento de sus progresos: Corín se dejaba llevar, no retiraba la mano cuando él se la cogía, reía con él. La estocada final, el “lo tomas o lo dejas”, con el papel delante y la pluma en la mano, quedaba para mañana. Porque antes estaba el otro negocio, que además ablandaría el camino de las pesetas.

Durante la comida, Gonzalo buscó la complicidad de Corín, presentándose como defensor suyo frente a la racanería de sus tíos. Después se reunieron con Pantaleón en la editorial. Pudo mantener el tipo sin aprietos: su tío entendió que era el momento de la cortesía y no el de los negocios. Al acabar, Gonzalo invitó a Corín a volver al hotel paseando entre escaparates. Le ofreció el brazo como un romeo de zarzuela y ella aceptó. Pantaleón desde la ventana sonreía socarronamente.

Cuando Corín se quitó los tacones, se echó en la cama y cerró los ojos, tuvo que reconocer que Gonzalo, desde que salió a su encuentro en el andén, no había hecho más que enriquecer con su galantería las escenas de sus novelas. Igual que Txomin antes de casarse: Gonzalo más espigado, los dos igualmente seductores. Igualmente. Sí, te tratan como una princesa, pero luego, cuando te han conseguido, te atan en corto. Y luego vienen los hijos y la novela se acaba. Y ella tenía dos. Había que ser realista. Disfrutaría cena y ópera, pero mañana cerraría el contrato y se volvería para Asturias con sus hijos.

Cena con champán. Y para postre, el collar del que ella había dicho horas antes “*¡Madre mía, qué precio!*”. Tristán e Isolda: no, no imaginaba que la ópera fuera un espectáculo tan embriagador. Más aún, si te sirven champán otra vez en el descanso. Cuando llegó al hotel, no le parecía que fuera a dormir, sino que ya estaba soñando.

Así que no sujetó la puerta para dejar a Gonzalo del otro lado. Cuando se dio cuenta, el pestillo hacía clack y una mordaza de saliva, coñac y tabaco la sofocaba. Empujaba unos brazos que otra voluntad inmovilizaba. Torció el rostro, solo para que Gonzalo babeara su oreja de obscenidades.

¿Debía decir no? El ritual así lo pedía: no, no, basta, basta. Una y veinte veces, no y basta.

Intentó un rodillazo. La falda de tubo lo impidió. Después, tuvo miedo de haberlo intentado.

Gonzalo había experimentado al cerrar la puerta la misma excitación que si hubiera salido corriendo de una tienda con un artículo robado. Pero no dudaba de que saldría bien: una mujer que había aceptado todos sus halagos y regalos, que no retiraba la mano cuando él la cogía, y que se dejaba pasar el brazo por los hombros, no podía rechazarle.

La resistencia de Corín no estaba en sus novelas, ni en las de ella, ni en la que él se había montado.

Pero abrir la puerta y marcharse, incluso con una disculpa, sería una catástrofe mañana por la mañana, cuando hubiera que tratar de cifras. Una vez empezado el asalto, no había retirada. En algún momento la carne de ella, su carne de mujer, respondería a su percusión de macho. Y con esa convicción insistía, aunque su deseo estaba dando paso a la irritación, a un punto ya de abofetearla.

Corín calló, resignada a que no gritaría tan alto como para montar un escándalo. Durante mucho rato, persistió en su muda y parálitica resistencia, como una pesadilla. Y su rabia fue dando paso a otro sentimiento: desprecio. Aquello ya lo había vivido con Txomin.

– De acuerdo. Tú ganas -dijo. El se paró. Ella tomó aire- Deja que me quite la ropa, se me está arrugando- Él aflojó su abrazo, perplejo. Se levantó y desde el estrecho pasillo entre la cama y la cómoda, dijo como si pensara en voz alta:

– Acabemos con esto de una vez.

Se quitó el abrigo, después la chaqueta, la blusa, la falda, todo bien doblado y colgado en el armario, como si estuviera sola.

Al verla en bragas y sujetador, el deseo volvió a Gonzalo. Ella rodeó la cama por el lado opuesto, acabó de desnudarse, y se metió entre sábanas.

Gonzalo se desnudó y entró a su lado. Ella apretaba los dientes, mientras él tocaba sus pechos. Entonces la carne de él sintió vergüenza y desfalleció. Gonzalo se puso de costado para manosearla sin que lo notara. Pero ella percibió su insignificancia y le dijo:

– Túmbate -y se liberó de su cuerpo. Se incorporó y dándole la espalda, sin mirarle en ningún momento, con la determinación de una mujer hastiada, masajeó su miembro.

Gonzalo sintió furia, porque leía los pensamientos de ella con más claridad que los propios y sentía su desprecio y su hartura. La odió por eso y cuando su miembro se hinchó, deseó voltearla para hincarla con saña. Pero Corín se le adelantó y Gonzalo se corrió sobre las sábanas.

Corín se levantó al baño con la mano por delante como si le fuera a manchar rozarse con ella.

...

Cuando Gonzalo despertó, no había nadie. Recordaba a Corín tirándole una toalla desde la puerta del baño. Ni rastro de ella, ni siquiera el hueco o el calor de su cuerpo en la otra mitad de la cama. Bajó a recepción. La señora había pedido un taxi muy pronto.

En la editorial, Pili le cortó el paso al despacho.

– Pantaleón ha dicho que no pase, señor Alvear -el usted era la forma en la que Pili le recordaba en cada momento que aquello se acabó.

– ¿Está...? -Pili no le dio ninguna facilidad- ... la señorita Tellado?

– Está dentro, sí. Y nada más pasar, salió Pantaleón para decirme que cuando viniera usted, le dijera que se quedara en su despacho hasta que ella se fuera. De muy mal gas. Tú sabrás que has hecho.

Gonzalo se retiró al suyo. El repentino tuteo le humilló, y lo hubiera compensado recordando algunos momentos especiales con Pili, pero la sombra de su tío le amenazaba. Mucho rato después, oyó los pasos decididos y la voz seca de Corín despidiéndose de su tío. Al poco, entró Pantaleón:

– Veinte mil duros, ¿eh? Que sepas que hemos firmado por treinta mil. Pero la factura del Palace la pagas tú, so mamón. ¡Dos habitaciones! ¡Jilipollas!

Cuéntame versión 2.0

Diez años después de la muerte del dictador, el coche oficial enlaza los Ministerios de siempre con las renacidas Casas del Pueblo. Esta tarde habrá mitin. El ministro Gonzalo Alvear ha llegado a la sede con su escolta. Se reunirá con la Ejecutiva para explicarle por qué es agua pasada aquello de “OTAN, de entrada no”. Después comerá con el delegado del Gobierno, su mano derecha en la región, y a la tarde baño de multitudes en la plaza de toros y viaje de vuelta a Madrid.

Paco se ha acercado a la Casa del Pueblo a saludar a Gonzalo, su amigo y camarada en la clandestinidad.

Paco es un simple afiliado. Colabora en las campañas electorales. No tiene cargo, pero sabe donde están las escobas para echarle un barrido de urgencia al local o dónde se guardan los megáfonos para los coches. Un divorcio, un hijo temprano y unas oposiciones a Instituto que no salieron bien, le han apartado de la estela de su amigo, que desde un decorativo puesto de Secretario de Formación en la Agrupación Local ha saltado en menos de un lustro todos los escalones que llevan a la capital. Hace tiempo que no se ven, quiere saludarlo y también hablarle de un temilla, a ver si le puede echar una mano. También de lo de la OTAN: no lo ve claro.

Frente a la sede hay tres coches con matrícula del PMM. El del centro, un Dodge 3700, hace sonreír a Paco: aquella mañana de diciembre de 1973 Gonzalo y él subían por Serrano camino del CSIC y no oyeron nada pese a estar tan cerca de Claudio Coello. Gonzalo viaja ahora en el mismo coche que elevó a los cielos al almirante Carrero.

Dos hombres le cierran el paso en el portal. Se identifican, muestran la placa. Paco se tensa, es un reflejo adquirido. Enseña el DNI. Al lado, el carnet del partido, el puño y la rosa, le sirven para sacar pecho: viene a ver a su amigo, el ministro.

En el segundo piso es Mariaje, como siempre, quien abre la puerta. Pero es el secreta que está junto a ella el que lo conduce hasta el despacho del Secretario de Organización, ocupado ahora por un desconocido de cazadora y corbata que le da la mano y le invita a sentarse como si aquella casa fuera suya.

– Soy Manuel Gamón, comisario principal. El ministro está reunido. Después tiene una agenda apretada. Dígame que desea: trataré de gestionárselo.

Paco empieza a decir aquello de “Soy amigo personal de Gonzalo”, y se corta. Está teniendo un déjà vu del individuo con pantalones acampanados, patillas y bigote a lo Sargento Pepper.

– ¿Tú? No es posible.

– ¿Perdón?

– Vaya sorpresa.

– Me confunde.

Paco duda como el que pisa un charco inesperado. Y decide que uno no ha estado en la cárcel el día que murió Franco como para achantarse ahora.

– Te haré memoria: septiembre de 1975.

El comisario se levanta. Cansinamente. Cierra la puerta y se vuelve hacia Paco.

– Aquello no interesa ya a nadie.

– Yo no olvido.

- Vosotros mandáis ahora. ¿Qué más queréis? Nosotros cumplimos nuestro trabajo igual entonces que ahora.
- No entiendo que la gente como tú prospere con nosotros. ¿Qué eras tú? ¿Subinspector? Y ahora, ¿qué me has dicho que eres? ¿Comisario de primera? Has hecho carrera. Y lo que más me jode, con nosotros.
- Mira, tú y yo ahora tenemos el mismo jefe: Gonzalo. Algo tendremos en común los tres. Yo estoy aquí porque todos los gobiernos necesitan buenos profesionales.
- No hemos podido hacer otra cosa que heredar lo que había. Pero no te engañes: no somos iguales. No lo éramos entonces y no lo somos ahora. ¿O quieres que te recuerde lo que hacíais?
- No deberías desafiarme a eso. Si algo tenemos los policías de raza, es una excelente memoria.
- ¿No decías que no te acordabas de mí?
- He tenido ya muchas conversaciones como ésta. Me cansa. Claro que me acuerdo de ti. Liga Comunista Revolucionaria. Tú también has cambiado tus fervores trotskistas de entonces por estas férreas convicciones socialdemócratas de ahora. Es mejor dejarlo.
- No. No olvido lo que pasamos Gonzalo, Luis y yo. Diez días de infierno, a golpes, sin dejarnos dormir.
- Para, para. Algún golpe sí que hubo, pero bien que os vino luego como ejecutoria democrática y antifascista, cuando hubo que cobrar réditos. Y nada que ver con lo de unos años antes: en 1975 estábamos mucho más suaves. Además, cantabais en seguida. Si los que ahora os votan supieran cómo os cagabais encima a las primeras bofetadas...
- ¡Hijo de puta! No queríamos ser mártires gratuitos. Sabíamos que íbamos a ser detenidos. Sabíamos que no podríamos aguantar diez días de interrogatorios. Habíamos calculado la información que tenía que soltar cada uno y cómo ir largándola para dar tiempo a los camaradas a escapar.
- Pues mira, lo sacamos todo, multicopista, pisos francos, veintitantos detenidos. Y no a vuestro ritmo, sino de golpe.
- Lo machacasteis. A Luis lo machacasteis.
- ¿Luis? Me acuerdo perfectamente. Fue el primero que detuvimos, cuatro días antes de trincaros a los demás. Lo hicimos para poneros nerviosos y ver si dabais un paso en falso. Ya sabes, la amenaza es más importante que su ejecución. Pero te equivocas. No fue Luis el que cantó. Y eso que recibió lo suyo.
- Con qué tranquilidad hablas de eso. Me das asco.
- Cómodo no era, lo reconozco. Pero que sepas: Luis aguantó todo. El primero, el segundo, el tercero, el cuarto día. ¿Y sabes qué pasó al quinto? Le dio un subidón de pensar que nos había ganado. Porque vuestro objetivo era ése, ¿no?, aguantar cinco días. Luis marcaba con las uñas una raya en la pared del calabozo por cada uno. Sin reloj, sin luz natural. Seguro que contaba los cambios de turno de los guardias. Y cuando llegó a la de cinco, se le fue la olla. En lugar de largar algo, soltar lastre y descansar, tal como habíais calculado hacer después del quinto día, Luis nos decía: “*Os queda un telediario. Vuestro Caudillo no va a comer el turrón. Peor que los de la PIDE. Ellos aún han podido salir por piernas para España, pero vosotros no podréis ir ni a Portugal. Acabareis cazados como conejos*”. Y claro, se llevó alguna hostia de más.
- ¿Alguna hostia, dices? ¿Cómo puedes...?
- Lo que pasó es difícil de creer. Estábamos cuatro. Él, sentado. Yo le había ofrecido un cigarrillo y, mientras le daba fuego, él me decía “*¿qué, luego me lo apagarás en la planta de los pies?*”. Si se hubiera quedado callado, te aseguro que lo hubiéramos dejado en los calabozos los días que quedaban para que no llegara al TOP en un estado demasiado penoso. Pero no, allí estaba, los morros partidos y una

insoponible sonrisa perdonavida. Entonces pasó lo que pasó: uno de nosotros, y te aseguro que no fui yo y que si lo hubiera sido me importaría un comino reconocerlo, le quitó el cigarro y empezó a pasearle la brasa por delante de los ojos. Y él, en un descuido del otro, se tiró de cabeza contra el radiador. Perdió el conocimiento, lo puso todo perdido de sangre. Y ya sí, lo dejamos tranquilo.

– ¡Hijos de puta!

– Dí lo que quieras, pero cuando él llegó a la cárcel y lo contaba, vosotros no le creáis. Pensabais que trataba de taparse. Fuisteis muy injustos con él.

Paco tuvo en la punta de la lengua un “*Y tú, ¿cómo lo sabes?*”. Le contuvo la intuición de que aquello no era ya un charco, sino arenas movedizas. De pronto, sintió que ajustaban las piezas de un puzzle que habían permanecido mal encajadas durante años.

Luis había llegado a la celda con la cara amoratada y un gran costurón en la frente. A nadie se le ocurrió pensar que hubiera podido resistir aquello, entre otras cosas porque alguien, necesariamente alguien tenía que haber cantado. Gonzalo había espantado a todos contando su tropiezo con Luis en un pasillo. Fue al salir de un interrogatorio cuando lo vio, acarreado de los hombros por dos polis, arrastrando los pies y dejando un punteado de lunares rojos en el pasillo. Fue fácil para todos conjurarse con la propuesta de Gonzalo: no dirigirle ni una mala palabra, ni medio reproche. No aludir en ningún momento a lo que había pasado en los interrogatorios. Paco entendía ahora que Luis no pudiera defenderse de una acusación que nadie le formulaba, pero que habría percibido en la indulgencia con la que se le trataba, en la conspiración de silencio en torno a él. Y entre los muros y rejas de la cárcel, donde no había más que un “nosotros” y un “ellos”, Luis se encerró en si mismo, en un rincón del patio, el más desvalido e indefenso de todos. Cuando fue excarcelado, Luis desapareció para siempre.

¿Quién había cantado? Paco recordaba que él recibió la primera bofetada con alivio, porque uno se da cuenta de que duele menos de lo que había esperado. Lo peor, si nunca te han puesto la mano encima, es imaginarte que te van a pegar. Y si en ese momento te cruzas con un guiñapo sanguinolento, como le ocurrió a Gonzalo...

Pero Gonzalo ¿entraba o salía? Gonzalo se tenía que haber equivocado, Los interrogatorios eran de uno en uno, con los mismos polis que utilizaban la información del anterior como palanca para el siguiente. Aquello no encajaba. O encajaba demasiado.

Paco se levanta hacia la puerta. Quiere decir algo a modo de despedida, pero ni él mismo entiende las palabras que vinieron a su boca.

– Entonces, ¿qué quieres que le diga a Gonzalo? -el comisario se adelanta y le abre la puerta.

– Déjalo. Se me ha olvidado.

Por un momento, el destello de una sonrisa cruza el rostro del comisario.

– ¿Vas a ir al mitin? Le gusta mucho que sus amigos le hagan pasillo para saludarlos cuando sube a la tribuna.

– No. Lo de la OTAN ya me lo sé. Y todo lo demás también, la pena es no haberlo aprendido antes.

Renunciamos a todo, menos a la victoria

– ¿Quién mató a Durruti?

Miguel tiró la pregunta encima de la mesa a la vez que el paquete. Juan cogió un Ducados y, con teatralidad circunspecta, le dio fuego a la vez al cigarrillo y a la historia.

Fuera se había echado la niebla y la noche. Las calles del Pozo del Tío Raimundo estaban tan embarradas como en la mejor de las novelas de Gorki. Los cinco nos apretujábamos alrededor de aquella mesa cuadrada de uno y medio por uno y medio, en aquel banco cuyo respaldo corrido eran las tres paredes de la habitación. El aire estaba cargado de humo y el ventanuco empañado del vaho de nuestra respiración y de nuestros sueños de una Aurora Roja sobre Madrid.

– Algo sabes tú cuando preguntas... ¿Dónde estuviste anteayer?

Juan le había dejado el cuatro latas a Miguel y cuando lo recibió de vuelta, se sorprendió de la cifra del cuantakilómetros, suficiente para ir y volver a Alicante, Pamplona o Barcelona. Pero Juan sabía que Miguel no había ido a ninguno de esos sitios.

– En Huesca. Sí, estuve con Jesús Arnal, listillo -Miguel rió socarronamente- Y por lo que me dijo, me podía haber ahorrado el viaje porque las respuestas estaban aquí.

– Ese cura... Nunca entenderé por qué Durruti lo cogió como escribiente. Vale que le salvara la vida, pero de ahí a hacerlo su secretario... ¿Qué te ha contado el cura de Durruti?

– Que no fueron los moros, ni los comunistas, ni sus compañeros. Que se le disparó el naranjero al bajar del coche. Que tú hiciste indagaciones semanas después, y casi te pegan un tiro. Anda, cuenta, cómo fue que te metiste a detective. Qué averiguaste y, sobre todo, por qué no has dicho nada en estos años.

Juan echó una calada:

– Fue su mujer quien me puso en marcha. Pero en realidad fui yo o fuimos todos.

Ninguno de vosotros estuvo en el entierro de Durruti en Barcelona. Caótico, grandioso. El féretro, la comitiva, se atascó entre las calles repletas de gente y no pudo llegar al cementerio antes del anochecer. Tuvieron que volverse y enterrarlo al día siguiente. Todo, por un hombre al que amortajaron con ropa prestada, porque en su maleta solo tenía una muda de ropa interior.

Eso ya lo sabéis, os lo he contado muchas veces. Y también la versión oficial de su muerte: que le habían disparado los moros desde una ventana del Clínico, cuando inspeccionaba el frente. Pero quién cree las versiones oficiales. La radio fascista decía que lo habían matado los comunistas. Los comunistas, que habían sido los propios milicianos de Durruti cuando trataba de contener su desbandada.

La guerra era así: muerte en el frente, insidias en la retaguardia.

La insidia no lo sería si no tuviera algo de verdad. Que los comunistas desviaban hacia sus unidades el armamento que llegaba, que trataban de asfixiar a las columnas anarquistas, eso era verdad. Que en la columna de Durruti no había grados ni disciplina militar, que combatían a su manera, con mucha fe pero bastante desorden, eso también era verdad. Y verdad que a veces la fe se resquebrajaba, como a veces se rompe también la disciplina más rigurosa.

El día que murió, sus milicianos llevaban treinta y seis horas combatiendo, sin comer. De mil setecientos que habían llegado a Madrid unos días antes, faltaban mil y quedaban setecientos. Luchaban piso por piso en la Ciudad Universitaria contra moros y regulares. Durruti se peleaba con Miaja para que diera relevo a sus hombres, y con sus hombres para que aguantaran al enemigo.

Durruti hubiera podido morir así, con los brazos abiertos empujando a sus hombres de vuelta a la pelea. Pero tan inconcebible era que ellos dispararan contra él, como él contra ellos. En su credo, revolución y guerra eran inseparables.

Por eso, cuando a las pocas semanas de su muerte oímos que la radio ponía en su boca aquella frase, “*Renunciamos a todo menos a la victoria*”, y que la usaban para justificar justamente lo que él no quería, para instaurar los grados y la disciplina militar entre las columnas anarquistas, para aplazar la revolución sin fecha hasta ganar la guerra, todos sentimos ese desaliento de los niños cuando les mienten las personas en las que confían.

Me llegó recado de Emilienne, la mujer de Durruti. Seguía en Barcelona. Su hija tenía siete años y apenas había conocido a su padre, siempre escondido o encarcelado.

– Tú sabes que eso no lo pudo decir Durruti.

– Emilienne, tú lo conocías mejor que yo. Pero la guerra nos está cambiando a todos.

– ¿Sabes quién ha puesto esa frase en labios de Durruti?

– No.

– Un periodista soviético, Ilia Ehrenburg. Después la han repetido los demás. Hasta la *Soli*.

– Todo el mundo quiere apropiarse de Durruti.

– Mira.

Me enseñaba el chaquetón de Durruti, ése con el que sale en las fotografías. Tenía un agujero con un círculo quemado.

– ¿Pediste explicaciones?

– La Montseny me dijo que había sido un accidente, que se le disparó el naranjero al subir al coche.

– El naranjero no tiene seguro. Hay muchos accidentes por éso. ¿Te han dicho por qué lo callaron?

Omití que Durruti no lo utilizaba. Prefería la pistola. Pero saber eso, ¿para qué le servía a Emilienne?

– Me dijeron que no querían alentar la desconfianza entre nosotros. Ya sabes: traidores, quintacolumna. La creí. ¿Por qué no? Pero ahora, ver como trafican con sus palabras me hace sospechar. Quiero saber la verdad.

La verdad. Dicen que en una guerra es la primera víctima. Y me pedían que la rescatara sana y salva entre tantos muertos. Pero me lo pedían la mujer de Durruti, su hija, la clase obrera, todos los que se desangraban en las trincheras. Así que me puse en marcha.

Unos días después estaba en Madrid. Los *Amigos de Durruti* me proporcionaron salvoconducto como corresponsal de *Tierra y Libertad*.

Pospuse dejarme caer por el *Florida*. De los muchos fantasmas que allí se emborrachaban, sólo Ilia Ehrenburg me interesaba. Pero mi ajuste de cuentas personal con él podía aplazarlo.

Primero estuve con el cura. Él me dio los hilos de los que tirar. Le até diciéndole que mi presencia allí era secreto de confesión. Deberías haberle preguntado si lo respetó. Yo creo que no.

Localicé al doctor Santamaría. Un periodista con pistola y pañuelo de la FAI es persuasivo. ¿Obtuve la verdad? Algo muy parecido. Cuando le trajeron al herido, barruntó quién era y supo que los que lo traían mentían: la bala había sido disparada a menos de quince centímetros, no desde seiscientos metros. Eso se lo saqué fácil, me bastó con mencionar el chaquetón.

Si hubiera sido un miliciano cualquiera, si no lo hubieran traído envuelto en una explicación inverosímil, el doctor Santamaría hubiera operado en seguida. Pero su fallecimiento hubiera sido igual de probable, así que el doctor se cubrió, no quiso arriesgarse a ser el chivo expiatorio que encubriera un ajuste de cuentas. Consultó con sus colegas, tan intimidados como él por la escolta de Durruti, y acabaron llamando al doctor Bastos, que operaba en otro hospital. Los unos por los otros, nadie hizo nada por Durruti, salvo atiborrarle de morfina hasta que murió. ¡Qué casualidad, el mismo día y más o menos a la misma hora que el pistolero señorito en Alicante!

Me despedí asegurándole que Durruti estaba muerto y yo no pensaba publicar nada, pero que esperaba de él que, si alguna vez llegaba el momento, fuera leal a lo que sus ojos habían visto.

Para ver a Bonilla, uno de los escoltas que viajaba en el segundo coche, tuve que mostrarme entre los ambientes de la columna Durruti, que ahora no era tal, sino la División 26 del Ejército de la República. Ya no había milicianos, sino soldados.

Bonilla me confirmó que en el Packard no iban más que el chófer y, detrás, Durruti y su asistente, José Manzana. En el camino atajaron a unos milicianos que se volvían. Durruti bajó, habló con ellos, los encaminó de vuelta. No oyeron disparos. Al reanudar la marcha, el coche de los escoltas debía arrancar primero, porque guiaba. Pero el Packard de Durruti salió disparado, sin esperarles. Camino del hospital.

Durruti llevaba pistola sobaquera, Manzana un subfusil.

Ya sabía quién había disparado. Me faltaba el motivo.

Tenía que apresurarme. Bonilla no se iría de la lengua de motu proprio, pero yo llevaba tres días dejándome ver. Y de Jesús Arnal, no me fiaba.

Manzana era sargento de artillería. Se había pasado a las milicias durante el asalto a las Atarazanas, en medio del tiroteo. Durruti lo llevaba como consejero técnico. Confiaba en él. Pero cuatro meses es poco tiempo para conocer a un hombre.

Localicé al chófer. Lo tenía contra una pared, cuando me pusieron por detrás la bocacha de un naranjero. Era Manzana. Con las estrellas de coronel.

No estaría yo aquí contando esto si Manzana me hubiera disparado. Pero faltó poco. Antes de que lo hiciera, se oyeron voces de unos milicianos que pasaban. Creí reconocer una de ellas. Llamé en voz alta. A Manzana no le quedó más remedio que llevarme ante Ricardo, el jefe de la División. Después de unos días de encierro para intimidarme, me soltó y me dijo: “*Cuando acabe la guerra, se sabrá la verdad*”. Ni siquiera dijo “cuando ganemos la guerra”.

Sí, compañeros. En noviembre del 36 la revolución ya estaba derrotada. Y la guerra, perdida. Los dos años y medio que siguieron, luchamos como fieras acorraladas entre un enemigo cada vez más poderoso y la total falta de esperanza.

Volví a Barcelona. Me cité con Emilienne discretamente. No quise ser piadoso. Sólo dejé la duda de que a Manzana se le disparara el naranjero por accidente. Yo no la tengo.

Cuando terminé de contarle, me dijo que se volvía a Francia. Se produjo un largo silencio entre nosotros. Como si quisiera justificarse, ella continuó:

– ¿Sabes?, yo le llamaba por teléfono siempre que podía. El se ponía al aparato, hosco: “*¿Qué pasa?*”. Le quitaba tiempo, le ocupaba la mente, le ocupaba la línea telefónica que hacía falta para la columna, y hablar por teléfono con la mujer era un privilegio que no tenían los demás milicianos. Yo, después de colgar, lloraba.

«Uno que estaba con él durante una de esas llamadas, me contó que al terminar le dijo: “Mierda, José, mierda. La guerra nos convierte en chacales”.

«Sí, renuncio. Renuncio a haberle llamado y a haberle importunado. Sabía desde que lo conocí que él moriría así. Ya está, él ha muerto. Ahora tengo que cuidar de mi hija.

«Y además, la verdad es otra: a Durruti lo mató Durruti. Durruti murió porque no renunciaba a nada.

Al fondo, contra la pared

Allá al fondo hay mesa libre. ¿Te importa? No me gusta sentarme cerca de la puerta, ni dar la espalda al pasillo. Una rareza, lo sé. ¿Te sonríes? ¿Piensas que alguien que ha estado treinta años en la cárcel no puede haber quedado bien, que tiene que salir tocado? Pues sí. No sé. Me dan lo mismo los encasillamientos. Cada vida es única. No me siento lástima, ni un héroe. Tampoco un villano.

Pero de eso se trata, ¿no? Vas a alimentar esos tópicos, porque sin tópicos no podrás trazar un retrato de grupo de los viejos gudarís. Saldrá tu libro, precedido de un reportaje o un avance en algún periódico o en un suplemento semanal. ¿No se hace así el marketing? Se harán películas también. Mucho me temo que los que hemos vivido todo eso, nos veremos condenados a revivirlo una y otra vez. Manipulareis nuestros relatos para que os encajen a vosotros, sin duda. Y hasta conseguiréis que cambiemos nuestros recuerdos, que creamos haber vivido algo distinto de lo que fue.

No confío en ti. Especulas con una tendencia innata a la confidencia por parte de alguien como yo, que se ha comido el tarro en soledad durante muchos años. Creo que quieres sacarme lo que quieres oír, quieres que confirme lo que tú ya has pensado dar masticado a tus lectores.

Me gustaría estropear tu libro. Al menos, que no puedas citarme para escribirlo.

Café, sí. Solo. Gracias. ¿Sabes por qué me cogieron? Por una taza de café. Fue una ekintza en un bar. Al tipo lo teníamos enfilado desde hacía meses, años. Su coche ya había ardidado una madrugada. Una noche, un cóctel molotov había reventado en una llamarada contra el balcón de su casa. Pero el tipo no se iba del pueblo. Nos desafiaba.

Sabía moverse, era un txakurra. De los de txapela, pero txakurra. Fue difícil cazarlo. La única rutina que repetía era tomarse un café al comienzo de la mañana en el mismo bar. Un bar cutrecillo, de los que no invitan si vas por la calle. Una barra alargada, paralela al pasillo, y un pequeño rincón al fondo con dos o tres mesas de madera fijas al suelo y bancos corridos, adosados a la pared y forrados de un skai rojo mugriento.

Lo normal hubiera sido entrar dos con las pistolas ya amartilladas y tirotearlo antes de que levantara la vista. Pero él se sentaba siempre en la misma mesa, al fondo, con la espalda contra la pared, vigilando la puerta. Quizás le hubiera dado tiempo a sacar la pistola. No sabíamos. El pasillo era largo y estrecho, podía haber más o menos gente, obstáculos, imprevistos. Tuvimos que arriesgar. Lo hice yo solo. Le esperé en la barra. Le dejé entrar, sentarse, pedir su café, encenderse un pitillo. Di tiempo a que el bar se vaciara, a que solo quedaran otros dos clientes. Acabé mi café. Me aseguré de que la camarera dejaba mi taza en la fregadera. Entonces me di la vuelta con la pistola en la mano y disparé. Cuatro tiros, tres segundos.

Los jueces han cargado mi sumario con otras muertes. Ésta es la única de la que recuerdo el rostro. Una bomba detonada a distancia, un patrol verde volcando a cámara lenta no deja recuerdos. Un cuerpo que se desploma, la cabeza taladrada por un coágulo, es una película que te pasa una y otra vez delante de los ojos. En el cine evito ver escenas como ésa. Cuando un zapeo casual me coloca delante de una de ellas, me quedo atrapado. Me repele, pero no puedo sustraerme.

Al hacerlo, yo no sentía nada, ni aprensión, ni siquiera miedo. Era después, a salvo en mi escondite, cuando me temblaba todo el cuerpo. Ansiedad, excitación, pánico. Un júbilo desaforado por haber salido indemne, por haber conseguido el objetivo.

Aquel día yo no sabía a quién ejecutaba. Me habían pasado su descripción, había visto fotos. Sabía su nombre, dónde vivía, que tenía esposa y dos niños pequeños, cómo era su coche, a qué hora salía de casa, qué solía hacer los días que trabajaba y los que no. Pero no sabía quién era. Después de hacerlo, su rostro

se multiplicó por todas partes. Pantallas y periódicos fundían su imagen con la que yo recordaba resbalando desde la mesa al suelo, crispada, sorprendida, ensangrentada, muerta. Supe que años atrás él también había militado en ETA. Muchos años atrás. Lo leí en un periódico. No pedí explicaciones. Eran tiempos unánimes.

Alguien puso flores y velas junto a la puerta del bar. A la noche otras manos dejaron claro que solo nuestros muertos tenían derecho a la memoria. Hubo pleno municipal, tumultuario en personas y en argumentos sostenidos con los puños. Entonces vi a su hermana por primera vez. Como una gorgona: me fascinaba y me repelía al mismo tiempo. Era una mujer atractiva, pero en ella estaba también el rostro de su hermano. ¿No son eso, los rasgos de familia, como un mínimo común denominador, esa nariz, esos ojos, esa boca? La verdad es que ella era una mujer guapa. Si al menos su cara se hubiera deslustrado entre sollozos histéricos y gritos vulgares. Al contrario: entre tanto aspaviento a su alrededor, su gesto era intensamente sobrio. La oí en las entrevistas: sus palabras estaban afiladas por el dolor y la rabia. Yo tenía argumentos sobrados para rechazarlas: no me había metido en esto como un tonto. Más de una vez me encontré debatiendo a solas con ella, contra ella, en el espacio imaginario de mi mente. Yo lamentaba la muerte de su hermano. Pero él se había colocado frente a nosotros, contra nuestro pueblo, contra su destino. Y también pudo ocurrir que fuera yo el que cayera, en lugar de él. Estábamos en guerra, había ocurrido.

Durante años viví la doble vida del comando legal. Daba un palo y me escondía en la rutina diaria. En el trabajo, en el bar, en la herriko taberna, en el equipo de rugby donde jugaba, la gente a mi alrededor, conocidos, amigos, familiares, todos comentaban el suceso con admiración o con sorpresa. Ninguno se imaginaba que yo era la serpiente que había dado el hachazo.

Mientras tanto la mujer y los dos hijos de él siguieron allí en el pueblo. Años atrás hubieran perdido amigos y saludos por la calle, se hubieran marchado a la capital, a otro pueblo donde no los conocieran. Lo cierto es que se quedaron. Los tiempos estaban cambiando.

Ella... ella seguía apareciendo en público. Como una erinia de nuestros actos, allí donde había un funeral, una viuda, unos huérfanos, aparecía ella para reclamar la venganza por esa nueva muerte que era también la de su hermano. Nos desafiaba. Se convirtió en un nuevo objetivo para nosotros. Otros la vigilaron, la espionaron. Me pasaron los datos. Una mañana la esperé frente a su piso. Había un bar y una cristalera para ver toda la calle. La vi salir con sus hijos camino del colegio y un hombre detrás. Pero me pareció que no era yo el único que observaba. Contravigilancia, casi seguro. Desaconsejé la ekintza con alivio.

Me pillaron por la taza de café. La camarera no había fregado la taza. La rescataron del montón, la analizaron. Años después, alguien bastante listo encargó que se hicieran etilometrías fingidamente casuales a una lista de personas. Por qué tardaron tanto en pillarme, no lo sé. Bueno, si lo sé. El abogado ya me dijo, que tenían muestras más de saliva más desde tiempo antes, pero que la máquina del ADN no había funcionado bien. Y no por casualidad, supongo. Eran otros tiempos, teníamos gente que echaba un cable con disimulo. Esta vez no, esta vez el laboratorio me señaló. Me siguieron, me vigilaron y, cuando les pareció oportuno, me echaron el guante, a mí y a mis compañeros de talde. Empezó otra etapa de mi vida, la más larga o la más corta, según se mire.

Te preparas para la tortura, para el dolor, y con lo que tienes que lidiar realmente es con tu propio miedo, la desorientación, tus inseguridades. Te han dicho tantas cosas, que es peor cuando esperas a que suceda que lo que realmente acaba sucediendo. Cuando me tocó a mí, se pasaba más fácil por comisaría. Además, se trataba de la Ertzantza, no de la Guardia Civil. Pero eso lo percibes después, cuando llegas a la cárcel. En comisaría el mundo se cierra a tu alrededor, como si hubieran bajado las persianas. De pronto dependes para todo de unos tipos que son tus enemigos. Para ir a mear, para que te dejen echar una calada a un cigarrillo, para que el malo no te aostie como ha prometido. Se te salen los zapatos porque te quitan los cordones y se te caen los pantalones porque no puedes llevar correa y porque en cinco días adelgazas una

talla. No duermes o te cuesta dormir, pero cuando cierras los ojos te pegas horas de un tirón y no sueñas, de tan alerta que estás a lo que te pueda pasar.

No les hacía falta ser duros conmigo. Descubres de pronto que ellos te tienen trincado de mil maneras, con escuchas, huellas, vigilancias. Te lo ponen todo delante y tú solo tienes que mover la cabeza para decir que sí una y otra vez, y al final de todo firmar. Si hubieran sido otros tiempos... yo creo que si hubieran sido otros tiempos y caigo en manos de la Guardia Civil, igual no salgo vivo de allí. O salgo muy tocado. La gente que ha tenido una experiencia dura en comisaría o en un cuartel, no habla nunca de eso. Cuentan cosas sueltas, que si la bañera o una bolsa de plástico en la cabeza. Pero el quid de los interrogatorios no está en eso, en hacerte daño. ¿Tú sabes cómo te anestesian para operarte de la vista? Te meten una aguja por debajo del párpado que te hace sentir el dolor desde el ojo hasta la nuca. Si eso te lo hicieran en un interrogatorio, te derrumbarías. Yo al menos no lo aguantaría. Y sin embargo, se hace todos los días en los hospitales y la gente va de buen grado a que le hagan eso. No, en un interrogatorio lo que ellos pretenden es otra cosa: hacerte creer lo que no es, cambiar tu realidad. A uno le quieren convencer de que su compañero de talde ha cantado, o de que tienen detenida a su novia o a su hermana y que le van a hacer esto o aquello. Lo difícil no es aguantar el dolor, lo difícil es mantener la cabeza, saber quién eres, por qué estás ahí y qué tienes que hacer y decir cuando a tu alrededor parece que se ha derrumbado todo.

La cárcel, cuando por fin llegas, es una liberación. Aunque sea la cárcel. Estás con los tuyos. Los compañeros te aplauden, tú rebotas orgullo. Sabes que en tu pueblo ha sorprendido tu detención. Ahora todos saben que eres un gudari. Te has convertido en un referente, en un ejemplo para los demás. Llegan las visitas, las cartas de ánimo. Durante el primer año solo respiras una frase para todos los demás: “jo-ta-ke irabazi arte”.

Pero eso es el primer año. Luego llegan los juicios. A ella volví a verla en el juicio por la muerte de su hermano. Estaba entre el público. No me quitaba la vista de encima, ni siquiera cuando hablaba el fiscal o el abogado. Yo no pude evitar cruzar la mirada con ella: sentí la vergüenza del que ofende. Al poco, los tres que estábamos dentro de la pecera nos levantamos, aporreamos los cristales, desafiamos al tribunal, nos sacaron de la sala. No es lo que yo hubiera querido hacer delante de ella. Tampoco sé lo que le hubiera dicho entonces, si hubiera tenido ocasión. Pero no eso.

Durante los tres primeros años los juicios se suceden y las sentencias van sumando condenas imposibles de cumplir. No te preocupas: llegará la amnistía y barrerá con todo. Para los que acabábamos de llegar, la amnistía era una certeza. Para los que llevaban mucho tiempo, una esperanza.

Dentro de la cárcel los presos hacíamos piña, frente común, huelgas, plantes. El grupo se cementa con el odio, y el odio hay que cultivarlo con acciones, represalias y reacciones.

De los de fuera se espera un apoyo sin fisuras. Yo encontré pareja al poco de entrar en la cárcel, quién me lo iba a decir. Su nombre, Haitze, significa viento o susurro. Solía atender la barra de la herriko taberna en fiestas. Una vez la acompañé a su casa. Haitze apareció un día de visita acompañando a mi madre. Nada ocurre en este mundo de los presos y sus familias que no haya sido pensado, estudiado. Fue ella la que propuso, me pidió un vis a vis. No sé qué pude haber sido yo para ella. Quizás le bastaba con pasearse por el pueblo como la novia de un gudari. A mí, en todo caso, cada vez que se marchaba me dejaba una melancolía infinita. ¿Por ella? Entonces pensaba que sí, incluso que estaba enamorado. En realidad era la tristeza del preso.

Un día me dijeron: tu madre ha muerto en una carretera de Soria cuando venía de visitarte. Otro día me trasladaron al pueblo para asistir al entierro de mi padre. Otro día me dijeron que Haitze había pasado la muga. Seguramente era necesario su aliento allí para la lucha. No me dijeron que también susurraba palabras de amor para otro hombre. Era lógico que lo hiciera. ¿Qué puede dar un preso?

En la cárcel la vida se congela, el tiempo no. Recurrentemente, caía en mis manos un artículo de ella, una entrevista con ella, la hermana. También en su cara aparecían surcos y el color de su pelo cambió del negro azabache a ese rojo caoba con el que las mujeres tapan las canas. Solo un rostro no envejecía: el de su hermano tiroteado, contorsionado, cayendo al suelo entre regueros de sangre.

La derrota llegó a paso lento. Compañeros que elegían abogados diferentes de los que señalaba la dirección. Compañeros que no secundaban las protestas, que no las consideraban “oportunas”. Los que, sin dar explicaciones, optaban por hacer su estancia en la cárcel lo más corta posible. Calculados traslados, que aislaban a los duros, protegían a los que se acomodaban, golpeaban al que ofrecía la consistencia quebradiza del cristal.

Entremedias, las treguas, las sucesivas treguas. Tanta esperanza se abría, tanta era la decepción cuando meses después se rompía la tregua. Las detenciones no cejaban, las ekintzas se espaciaban, cada vez menos contundentes. Llegó un momento en el que ya no había treguas que ofrecer, que la amnistía, certeza de antaño, pasó a ser una quimera.

Antes, los que cumplían su condena eran recibidos a la salida de la cárcel, acompañados en comitiva hasta su pueblo, celebrados con un aurreku, un nombre para una calle, un lugar de honor en las fiestas. Con la derrota, sólo venían a la puerta de la cárcel apenas unos pocos amigos y familiares. Cuando me tocó a mí, treinta años cumplidos, le dije al abogado que mintiera sobre la fecha de mi salida, no sea que alguno se acordara de mí. Volví al pueblo solo, un largo viaje, llenándome los ojos de calle.

¿Sabes lo primero que hace un preso? Caminar sin límites, caminar hasta quedar exhausto sin necesidad de dar media vuelta cada cincuenta pasos delante de una pared. Caminé tanto, que era de esperar que ocurriera: vivimos en el mismo pueblo. Yo seguía atrapado en mi rutina compulsiva de paseos. Nos sorprendimos los dos, tan cerca. Ella iba del brazo de un hombre. Lo soltó, dio dos pasos hacia mí, lentos. Era una anciana. Una anciana no mucho mayor que yo. Me llamó “Asesino” con una voz tan baja que nadie más lo oyó.

Me sentí herido, dolido, rechazado. Furioso. Y al mismo tiempo, no la eludí. No me di la vuelta. Tampoco la enfrenté desafiante. Me quedé ante ella, con la cabeza agachada, un poco de lado. Dije “lo siento”. No sé si me oyó. Ya se había marchado.

Sigo paseando para encontrarla. La veo venir de lejos. Entonces me aparto, cambio mi camino. Sé que mi presencia le resulta odiosa. Quisiera hablar con ella, explicarle, pedirle perdón. ¿Pero cómo se le pide perdón a quién no te va a perdonar? Entonces me enfado con ella porque no me perdona.

He averiguado su dirección. Le escribo una carta, una sola carta que repaso una y otra vez, pero que no he llegado nunca a enviar.

Le digo que no soy un monstruo. Que un individuo normal, corriente, puede empuñar una pistola y matar. Le hablo del que tira una bengala en el graderío sur. Eso nunca se hace solo. Se va en grupo, en cuadrilla, animado, jaleado. Las pistolas las empuñan unos pocos. Los más decididos, ¿son más culpables que los que jalean, aplauden, calientan el partido?

Por qué, cómo se llegó a eso, todos sabemos cómo ha sido. Un poeta escribió un verso, un verso que hablaba de piedras y de pueblo y que ha sido como una losa para este pueblo. Harri eta herri. “Defenderé la casa de mi padre”. Yo nací aquí, en este pueblo. Abracé la causa, canté los versos. Era joven.

Han pasado muchos años desde entonces. Mi vida entera. Y ahora me siento aquí, al fondo, la espalda contra la pared. Le escribo la carta de nuevo y sé que no se la puedo enviar. No hay en mi carta ninguna razón para que me perdone.

¡Viva Palas Atenea!

– ¡Viva Palas Atenea!

La primera vez que escuché su grito de guerra, no supe qué pensar. Luego, como todos los que le tratábamos, me habitué a su cantinela.

– ¡Viva Palas Atenea!

Su mujer, Sofía, era treinta años más joven y un palmo más alta. Yo la había visto por primera vez, adornada con las presuntas joyas de Helena de Troya, en la foto con la que su marido publicitaba sus hallazgos más apasionados que rigurosos. Aquellos sucios tonos grises del Frankfurter Zeitung dieron un objetivo a mi vida: decidí ser arqueólogo.

La segunda vez que la vi, siete años más tarde, también lucía las joyas. El color era verdadero. Ella, de carne y hueso. Las joyas, falsas.

Pero empecemos por el principio.

El año anterior había conseguido que su marido me tomara como colaborador. Fue, por su parte, una especie de tanteo. Yo venía de excavar en Olimpia bajo la dirección su más encarnizado rival, el doctor Ernst Curtius. Durante aquellos meses junto a él, en Orcómenos, tuve que usar todo mi tacto para que mis observaciones no fueran tomadas como censuras. No lo debí hacer mal, siempre he tenido la capacidad de los seductores para insinuar y conquistar voluntades. Los mosquitos del lago Copais forjaron entre nosotros un lazo de camaradería, y algún tiempo después me pidió que lo acompañara en una nueva campaña sobre las ruinas de Troya.

Un día recibí una invitación para comer en Iliou Melathron.

Solo por su nombre, la “cabaña de Ilión”, ya se delataba que aquel hombre había enterrado la vida de su familia en un museo. Los jardines rebosaban estatuas y surtidores. La planta baja estaba circundada de columnas y nichos con más estatuas. Sobre el frontis de la puerta principal colgaba la metopa de Helios, otro de sus hallazgos en Troya. La escalinata interior era de mármol del Pentélico. Suelos y paredes estaban decorados con mosaicos al modo pompeyano, con angelotes entre columnas y pilastras, y pomposas citas de Homero y de los filósofos griegos sobre los dinteles de las puertas. En los dos despachos y en la biblioteca, diversas vitrinas exponían monedas, joyas y reliquias de sus excavaciones.

Me recibió Belerofonte, el portero. Cada miembro de aquella casa llevaba el nombre de un personaje homérico. El jardinero se llamaba Príamo. El cochero, Calcas. Las dos niñeras, Dánae y Polixena. Los hijos de Schliemann, niños intemporales como los que se encuentran en todas partes, se llamaban Andrómaca, la mayor, y Agamenón, el pequeño. En sus bautizos se había leído la Ilíada, al igual que en su boda con Sofía.

– Nosotros vivimos en el mundo helénico – explicó Schliemann durante la comida.

– Pero usted no ha cambiado su nombre.

– ¿Cómo? ¿Se imagina los problemas que tendría para acreditar una nueva firma con notarios, bancos y registros de la propiedad en Grecia, San Petersburgo, París, Londres, Indiana, Nueva York?

– Es una pena. Me atrevo a sugerirle que, si lo pudiera hacer, escogiera el nombre de Odiseo.

– ¿Usted cree?

– Un hombre que ha naufragado dos veces; que ha atravesado a pie el istmo de Panamá, enfermo de malaria, y que ha defendido su cofre lleno de oro con un revólver y un cuchillo, sin permitirse dormir por

miedo a que sus compañeros de viaje lo mataran y robaran; un hombre que puede hablar en primera persona de las cumbres nevadas del Himalaya, de la Gran Muralla, de los Palacios Imperiales de Pekín, de Yedo, la ciudad sagrada de Japón donde los extranjeros corren riesgo de ser asesinados; un hombre así merece llevar el nombre de aquel otro fecundo en ardid. -me abstuve de añadir “por muy pequeño de estatura que sea”

– Y usted, frau Schliemann – añadí dirigiéndome a Sofía- , podría elegir Helena, por su belleza, o Penélope, por la constancia con la que aguarda el regreso de su esposo, siempre de viaje de excavación en excavación.

– Yo lo acompañaría más a menudo, pero...

– Los hijos... – terció Schliemann- . Sepa usted que no he tenido capataz ni lugarteniente más competente.

Schliemann no exageraba. En Olimpia, el doctor Curtius ya hablaba con admiración de la esposa de Schliemann, capaz de meter en vereda a la cuadrilla más insolente de peones.

– Recuerdo – siguió Schliemann- cuando desenterramos el tesoro de Príamo: supo encontrar un pretexto para enviar los obreros a casa sin despertar sospechas. Así pudimos sacar el cofre sin que nadie nos viera.

– Realmente, la arqueología le debe mucho, frau Schliemann.

– Mi marido me lo ha enseñado todo – respondió ella mirándolo con un gesto de devoción que me pareció ritualizado.

– Sofía, haznos el favor: ponte el tocado de Príamo – dijo Schliemann.

Sofía me miró como si necesitara mi permiso.

– Sí, por favor: se lo ruego.

Cuando Sofía volvió a la mesa, los sucios tonos grises de mi memoria se llenaron de colores rutilantes. Había cambiado sus vestidos por el traje típico griego. El oro del collar, de las bandas que caían desde sus sienes, de los larguísimos pendientes, se derramaba sobre su corpiño azul, turgente y palpitante. Su cabello oscuro como ala de cuervo, ceñido por la diadema, prestaba su brillo al oro de Príamo. Su boca de fresa y nata lo eclipsaba. Era Helena de Troya revivida la que posaba para mí, la que me ofrecía graciosamente uno u otro de sus perfiles, la que me sonreía y me miraba de soslayo.

Me sentí ladrón, profanador.

– Como usted sabe, las joyas originales – aclaró Schliemann- llevan tres años expuestas en Londres. Confío en su discreción para que no trascienda la existencia de este duplicado.

Schliemann había sacado el tesoro fuera de Grecia para protegerlo del pleito por expolio que se le seguía en los tribunales de Atenas a instancias del gobierno turco. Redoblando cautelas, había hecho copiar las joyas. Este tipo de actos eran precisamente los que daban pábulo a las sombras de fraude y falsificación sobre sus hallazgos.

Y sin embargo, pensaba yo, la mejor de sus joyas era esa mujer tan hermosa y tan joven. Compadecí su vida junto a un hombre que la había sometido a un examen de cultura homérica para elegirla como esposa entre más de treinta candidatas que habían respondido a su anuncio; un hombre cuyos caprichos la obligaban a hablar en griego arcaico, a aprender alemán, a bautizar a sus hijos con nombres extravagantes, a vivir en un palacio fastuoso pero al que le faltaban muchas de las comodidades de la vida moderna porque no eran “homéricas”.

Meses después acompañé a Schliemann a la que sería su última campaña en Hissarlik. Nuestra amistad pasó un momento difícil cuando cuestioné que la Troya de Homero correspondiera al nivel en el que él había encontrado el Tesoro. Era una ciudad demasiado pequeña, mientras que la predecesora, mucho más

grande, mostraba signos inequívocos de destrucción violenta. Para mi sorpresa, aceptó mis conclusiones. Solo me pidió que no adelantara nada a mis corresponsales en Berlín, especialmente al doctor Curtius.

Después de Troya, excavamos en Tirinto. Ya tenía su confianza. Yo le dejaba a él todo el mérito de los hallazgos, aún cuando sus conclusiones fueran en gran medida inspiradas por mí.

De vuelta en Atenas, me hice habitual de Iliou Melathron. Acudía a cualquier hora y, si el doctor había salido, jugaba con Andrómaca y Agamenón. Sofía decía que Heinrich pasaba poco tiempo en casa, y que ni ellos ni ella tenían ocasión de mejorar su alemán más allá del que aprendían con las institutrices. Sofía me consultaba a veces expresiones difíciles en las revistas de moda que le traían de Berlín o Viena.

Un día la encontré leyendo algo diferente.

– Una novela muy atrevida, frau Schliemann.

– ¿Usted cree? ¿La ha leído?

– Es lo que dice todo el mundo. Trata de una esposa adúltera, si mal no recuerdo.

– Espero que no me denunciará usted a mi marido.

Reímos.

– En todo caso puede alegar en su defensa los muchos adulterios que cuenta Homero, empezando por la mismísima Helena.

– Es usted muy imaginativo, herr Dörpfeld. No me había parado a pensar en lo que pudieran tener en común Helena de Troya y Madame Bovary.

– Los hombres de entonces, como los de ahora, aman a las mujeres sin pensar ni ponerse en el lugar de ellas -Sofía me miraba intensamente-. Ni Menelao ni Charles Bovary se preguntaron nunca qué había empujado a su mujer a serles infiel.

Sofía iba a responderme. En ese momento se oyeron pasos que llegaban y ella cambió bruscamente de conversación.

Poco después, Schliemann emprendió viaje a Egipto. Decliné acompañarle: Alejandría no me interesaba. Fui al muelle a despedirlo, junto con Sofía, Andrómaca y Agamenón. Calcas, el cochero, nos esperaba con el carruaje.

– ¡Viva Palas Atenea! – gritaba el doctor Schliemann desde la cubierta del barco.

– ¡Viva Palas Atenea! – repetían los niños, mientras Sofía y yo movíamos la mano de un lado a otro.

El barco se fue. Dejé de frecuentar Iliou Melathron. Se me hizo eterna la espera, hasta que al cuarto día recibí lo que esperaba: un billete de Sofía que preguntaba “Herr Dörpfeld, ¿ya no le interesa nuestra compañía? Los niños y yo estamos olvidando la lengua de Goethe”. Acudí.

– ¿Por qué ha dejado de visitarnos?

– Me pareció que no estando herr Schliemann...

– No sea tonto. Mi marido confía en usted.

– Lo sé. Me honra. Pero...

Me quedé callado.

– Siga. ¿Qué le ocurre?

– Yo, quizás, no puedo evitar sentir...

Alea jacta est. No me costó mucho simular que estaba temblando.

– bueno, no me siento capaz de responder a esa confianza. Lo siento, Sofía, si la he ofendido. No volveré más por esta casa, si me lo pide.

Ahora, cuando recuerdo aquella escena, me maravillo de la habilidad de Sofía para hacerme creer en todo momento que yo era el seductor, cuando en realidad lo éramos los dos.

– Yo, Guillermo, siento lo mismo que tú.

Y con estas palabras se abrió para mí el tesoro escondido de Helena de Troya. Como todo caballero, no puedo hablar de lo que siguió,

Las excavaciones más felices de mi vida se interrumpieron cuando Schliemann volvió de Egipto con un busto de Cleopatra y mucho más sordo que cuando se marchó. Sus gritos de ¡Viva Palas Atenea! arreciaban de tal manera que quien no lo conociera lo hubiera tratado de loco de atar. Un año después decidió operarse de su sordera en Alemania. En el viaje de vuelta, en Nápoles, cayó fulminado en medio de la calle. La autopsia descubrió que los pólipos extirpados ya habían dañado también su cerebro.

Cuando el cadáver llegó a Atenas, Sofía me pidió que pronunciara el discurso fúnebre. Lo hice de corazón. Admiraba a aquel hombre cuyo impulso había revolucionado la arqueología. Compartía su pasión por Homero. Yo le había superado en amor por Helena de Troya.

El discurso en su memoria acabó como ustedes pueden suponer:

¡Viva Palas Atenea!

Soy ingeniera agrónoma, máster en Agrobiología Ambiental. Tengo publicado en el CSIC un estudio sobre el origen del cultivo de la patata que me llevó dos años de trabajo de campo en Ecuador y Perú.

Tanto currículum no me da ninguna autoridad sobre la huerta de mi abuelo. Para él, sigo siendo la misma niña que hace muchos años se entretenía rebuscando escarabajos entre las matas de sus patatas y corría a enseñárselos.

Tiene noventa años. Baja a la huerta todos los días. Sube deslomado, sediento, boqueando, no es persona... Y al día siguiente vuelve, de nuevo, a la huerta. Allí se consume, se entierra un poco más cada día. A veces temo que no regresará, que tendremos que ir a recogerlo para siempre; y otras pienso que de allí, del agua y de la tierra, del aire y del estiércol, toma los nutrientes que lo mantienen vivo.

De los muchos trabajos con los que se castiga, edrar con la azada entre planta y planta no es el peor, pero sí el que más le tortura. La tierra, arcillosa, hace costra cuando seca. Y cada pocos días hay que doblar el espinazo con la azada pesada, rabiosa, y arañar la corteza, desmenuzarla para que abra sus poros al agua que la fecunda.

Edrar es una condena bíblica, un trabajo siempre necesario, nunca suficiente.

Hace poco le compré un escarificador con mango telescópico. Más ligero que la azada y no tendrá que agacharse para edrar. Me hubiera gustado que hubiera venido conmigo a Leroy-Merlin. Los ojos se le hubieran ido por las estanterías detrás de las herramientas y de los accesorios, adivinando, sorprendiéndose y maravillándose de para qué sirve cada uno. Pero todo lo demás es un mundo al que su sordera priva de sentido: la pradera de asfalto del aparcamiento, con sus rebaños y sus estampidas de coches; los carteles y avisos por doquier, hojas y flores de un desconocido jardín urbano; la procesión delante de las cajas, una plaga sin remedio.

Se le avivó la cara cuando le enseñé el escarificador. Extendió y recogió el mando, tentó la dureza de las puntas con sus dedos encallecidos. Me dijo “mañana lo pruebo”, y lo dejó allí, junto a la azada y la zarracamalda.

Entonces vi la hoz en el cuadro de herramientas, detrás de la puerta de la cuadra. Puedo decir que he visitado cada rincón de esta casa con los ojos curiosos de los siete años, con los ojos íntimos y secretos de los quince, y con los reflexivos y estudiosos de una mujer de más de veinte. No la había visto nunca. No había estado allí nunca. Ocupaba el lugar donde siempre habían estado las tijeras y los cuchillos de podar. Y estas herramientas, ahora se apretaban un poco más abajo.

Era una hoz diferente, sin ningún parecido con una medialuna, ni con un signo de interrogación, ni con el viejo icono en la bandera del desdentado fantasma comunista.

El mango era de madera oscura, pulida por los callos y barnizada por el sudor. La hoja, estrecha y delgada, casi frágil. Su curvatura, mínima, como un pequeño alfanje con el filo por dentro.

La quise para mí.

Mi casa es un pequeño museo etnográfico. En el suelo, colgados de la pared, del techo, tengo candiles, almireces, herraduras, azuelas, una romana, una collera, una horca, una laya, serones, una

prensa de uva, un molino de mano, hasta dos hachas de piedra que el abuelo encontró una vez en la Fuente Mina. Quería esa hoz, quería tenerla en mi casa.

La descolgué. La tenía entre mis manos.

– Esta hoz... -le dije, segura de que ya empezaba a ser mía.

El abuelo agarró la hoz, me la cogió con la misma suave firmeza con la que le hubiera quitado una perdiz al perro muchos años antes, cuando cazaba. Y empezó a contar mientras acunaba el mango con una mano y acariciaba el filo y la punta con la otra, como si la memoria brotara de ella.

– ¿Sabes? Antes, aquí venía una cuadrilla de la parte de Castilla. Subían segando de pueblo en pueblo desde la Ribera, y llegaban para San Pedro, y remataban la cebada, y luego el trigo o la avena, si había, y aún se quedaban de agosteros hasta que aparecían las quitameriendas.

El mayor de ellos, el mayoral, se llamaba Dionisio.

Esta hoz es la suya.

Dionisio era amigo de mi padre. Nosotros andábamos con el ganado detrás de los segadores, para entrar en los rastros en cuanto ellos salían. Mi padre y él nunca se cruzaban sin hablarse un rato. Y los domingos, cuando el pueblo estaba en misa, Dionisio se iba donde mi padre y liaban un cigarro. Mi padre le decía “¿Qué?, ¿no vas a misa?”. Y Dionisio le preguntaba: “¿Y tú, no vas?”. “Yo soy pastor”. “Yo ahora también”. Y se reían.

Tenías que verlo segando. Siempre apalabraba a destajo, nunca se escondió detrás de un jornal. Tenía demasiado orgullo para que alguien le dijera “ve y haz esto”, o coge, o trae, o para, o arrea.

Dionisio tomaba tres surcos para él; los demás, a cada dos. Cuando se volvía para dejar el manojito recién cortado, miraba para atrás, por si los otros se rezagaban. Empezaba suave, apretaba poco a poco. Sabía cuando aflojar para que nadie reventara, cuando dar un arreón aprovechando que alguien cantaba, y cuándo había que levantar el lomo con la excusa de echar un trago. O de afilar la hoz.

Porque esta hoz no es para dar tajos. Esta hoz es para rebanar. Hay que tenerla siempre afilada, que te puedas afeitar el dorso de la mano con ella.

La cuadrilla eran tres y el chico, Aniceto. Aniceto era menor que yo, doce años tenía. Rubio como la mies. Como su padre. Cuando segaban, se colocaban los hombres en el surco, y el chico detrás, atando los manojos. A veces, su padre tomaba un descanso y le dejaba la hoz, para que se fuera haciendo.

Aquel año Dionisio riñó con el amo de Barberena. Tú no lo conociste, claro. Entonces casa Barberena era medio pueblo, más tierra que nadie y lo mejor.

El amo de Barberena era un carlistón beato. Le gustaba avasallar. Fue alcalde más de veinte años después de la guerra. Aquel año Dionisio y él tuvieron alguna diferencia, no sé por qué. Da lo mismo. La diferencia era vieja, y se hacía nueva cada año. El uno tenía mucha tierra; el otro trabajaba muy bien. Pero por más que cada año se buscaban, necesitados el uno del otro, no acababan de ajustarse.

Ese año Dionisio y su cuadrilla plantaron al amo de Barberena. Trabajo no les faltaba, con uno o con otro. Y para dormir, mi padre les dejó nuestro pajar.

Aquel el año fue el del Alzamiento. En víspera de Santiago, el amo de Barberena se fue a la mañana con la Tafallesa a Pamplona, y volvió a la tarde en coche con cuatro requetés. Encontraron a Dionisio segando en nuestra pieza. Lo encararon. “Tú eres el que no va a misa”, le dijeron. Y se lo llevaron, delante de la cuadrilla, delante del hijo.

Mi padre lo vio de lejos, luego oyó los tiros, hacia el lado del Peñarte. Fue para allá y lo encontró muerto en una ezponda junto al camino. Me mandó con Niceto, que lo apartara, que no viera lo que le habían hecho a su padre. Y mientras tanto, él, con otro, cogió el cuerpo y lo llevó al cementerio. En la subida les salió al paso el amo de Barberena, que qué hacían. Mi padre le dijo: “Algunos no vamos a misa todo lo que debemos, pero no nos olvidamos de dar sepultura a los muertos”.

Mi padre quería enterrarlo dentro del camposanto, porque ateo o no, seguro que estaba bautizado. Pero el otro tenía demasiado miedo, ya se había asustado bastante con el desplante de mi padre al amo de Barberena. Así que lo enterraron por la parte de fuera, delante de unos bojés.

El abuelo calló. Aproveché para alargar la mano hacia la hoz y acariciar la hoja ennegrecida por falta de uso.

– ¿Y cómo vino a ti la hoz?

Él me contestó sin acabar de soltarla.

– Muchos años más tarde, andaba yo una vez con el ganado por debajo de la Peña. Vi a uno que no era del pueblo. Por la cuesta del cementerio. Pero no entró. Se estuvo donde la mata de boj.

No fui yo el único del pueblo que se apercibió. Si le dijeron o no algo al amo de Barberena, no lo sé. Pocos recordarían ya quien estaba enterrado debajo de aquel boj.

A los días, el amo de Barberena subió a Pamplona, como todos los sábados. Yo lo vi volver, bajarse de la Tafallesa y echar a caminar para el pueblo. Y vi como aquel hombre estaba apostado esperando a que llegara. Dejé el ganado y corrí para allá. Cuando llegué, el amo de Barberena estaba parado en medio del camino. Miraba para mí, miraba delante. Delante estaba Niceto, el hijo de Dionisio. Con la hoz de su padre en la mano.

Le llamé. Me reconoció. A pocos a pocos se fue viniendo para mí, apartándose del camino. Y el amo de Barberena pasó de soslayo, sin abrir la boca. Nada le dijo Niceto, nada le dije yo.

Cuando ya estaba lejos, dije:

“¿Me conoces?”

“Claro. Y tú a mí.”

“¿De verdad lo pensabas matar?”

“Enseñarle las ganas que tenía, y demostrarle que podía hacerlo. Pero te has entrometido.”

”Te va a denunciar.”

“¿Tú crees? Lo siento por ti. Tendrás que decir que me viste.”

“No lo diré. Pero dame la hoz, yo la guardaré.”

Nos apartamos para que no nos viera nadie más. Niceto me contó que se habían venido del pueblo. Se habían venido la madre y él y un hermano pequeño. Que llevaba un año trabajando en Potasas, en la mina.

A los días me llamaron del cuartel a preguntar. Yo negué haber visto a nadie. También a Niceto lo buscaron en su casa. No le encontraron la hoz. La tenía yo bien escondida. Hasta anteayer, que vi la esquela suya en el Diario.

– ¿Ha muerto? Haberme dicho. Te hubiera llevado al funeral.

– No hubo funeral. Lo decía la esquela. Niceto no iba a misa.

Y me quitó la hoz para dejarla en su sitio, donde debía estar.

La pluma blanca

El coronel había servido en la India y en Egipto. Había luchado en el Sudán contra el Majdi y en el Transvaal contra los bóers. Ahora vivía retirado en el campo, cuidando de sus perros y de sus caballos como un trasunto de Jenofonte descansando en su finca de Escilunte después de su larga retirada. Le gustaba la literatura clásica de los que forjaron imperios, y también, de los tiempos modernos, le gustaba Kipling.

*Si puedes mantener en su lugar tu cabeza cuando todos a tu alrededor,
han perdido la suya y te culpan de ello...*

Cuando su hijo partió a la guerra, no fue tan estúpidamente sensiblero como para recitárselos en la despedida. Se había prometido también que no correría para abrir sus cartas cuando llegaran, ni sería de esos viejos que en cualquier momento sacan en la conversación el nombre de su hijo ausente. Y mientras tanto, mientras esperaba cartas y noticias, iba pasando de un “If” a otro.

*Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,
pero también dejas lugar a sus dudas.
Si puedes conocer al triunfo y la derrota,
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.*

Y cuando llegaba a aquello de

*Todo lo de esta tierra será tuyo,
y lo que es más: serás Hombre, hijo mío.*

el viejo se emocionaba, aunque sin caer nunca en ninguna inconveniente incontinencia que pudiera advertir su mujer o la servidumbre.

Eso fue antes. Ahora el viejo llegaba a St. Pancras, la estación de ferrocarril donde había tenido la despedida muchos meses atrás, con un triste recado: poner orden en las cosas de su hijo, caído en el frente. Se había trazado ya la ruta de oficinas, abogados y amigos que visitar, y esperaba que cuando ellos le dieran sus condolencias, él sería capaz de responder con la misma impasibilidad que Jenofonte cuando recibió la noticia de la muerte de Grilo: yo ya sabía que mi hijo era mortal.

El viejo se apeó del tren y echó a caminar entre la multitud, ya convertido en el coronel que era, con la espalda derecha, mirando por encima de las cabezas de la gente. Y la gente se apartaba a su paso porque, aunque no lo conocieran, veían en él a un hombre de los que habían forjado el imperio.

...

Gerald caminaba sin rumbo cerca de St. Pancras. Gerald era un joven con ambiciones literarias. Había nacido en Malta, y vivido en Sudáfrica, Inglaterra, Irlanda y la India. Se había educado en un estricto internado inglés, donde aprendió a protegerse del mundo en su castillo interior. Cuando estalló la guerra, se había alistado en seguida, no porque le impulsara la ola de patriotismo, como a tantos jóvenes, sino porque era difícil resistirse a ella y realmente no había encontrado motivos para hacerlo.

En realidad, él, desde la adolescencia, habitaba en moradas inaccesibles para los demás. Su pasión era vagar, recorrer el mundo, y unos años antes, cuando las naciones aún estaban en paz y él no había cumplido los dieciocho, se había marchado de casa para recorrer a pie los campos de Europa hasta el lejano Danubio, el río de la historia. La guerra no le entusiasmaba ni le asustaba: solo le producía curiosidad.

Quizás para complacer ese instinto errante, su primer destino militar había sido como enlace en bicicleta entre el mando y las trincheras. Allí lo vio todo, y vio lo mismo que todos.

No esperaba que la guerra fuera así. Horacio, Virgilio y Homero no habían descrito paisajes donde los árboles, desgarrados por la metralla, no tenían ni hojas ni ramas en lo más frondoso del verano; donde los animales domésticos eran esqueletos todavía atados al ronzal y a la cadena; donde la niebla a veces tenía el color de la ictericia, el sabor del ajo y la cebolla y el tacto de las ortigas; donde los campos son arados una y otra vez por la reja de los obuses para su cosecha de muerte; donde el auténtico ejército invasor son las ratas comedoras de cadáveres. Un paisaje sombrío y fabuloso que helaba la sangre si uno se abstraía en contemplarlo.

Y lo que es peor, y contradecía todo cuanto había leído: la gente moría o sobrevivía sin que su destino tuviera que ver con la cualidad moral de sus actos.

La bomba que lo hirió pudo haber explotado más cerca o más lejos, o un poco antes o después; los enfermeros galeses pasaban por allí, pero podrían haberlo hecho más tarde o nunca; el furgón con cuatro pisos de camillas tenía un hueco libre en lo más alto, allí donde no llegaba la sangre que escurría de arriba a abajo; el médico todavía no había llegado al límite de su cansancio; tampoco se habían acabado las gasas o los desinfectantes; la gangrena estaba demasiado ocupada en las camas de al lado. Todo era cuestión de suerte, nada dependía del mérito o de tu voluntad.

Ahora estaba en Londres, con el permiso imprescindible para que sus piernas aprendieran de nuevo a caminar. Había escrito a su familia, en Irlanda, pero no deseaba verlos. En realidad, no deseaba ver nada de lo que se supone que quiere ver un soldado de permiso. Desde que había vuelto a Inglaterra, veía con asombro aquel patriotismo retórico que invadía los periódicos y las calles, y meditaba acerca de su propio carácter, que lo hacía un extraño para el mundo.

Al salir del andén en St. Pancras, vio un grupo de chicas y se encaminó hacia ellas. Tenía veinte años y, técnicamente, podía decirse que había conocido mujer. Pocos días atrás, la cerillera de un café había accedido a subir a su cuarto. Un encuentro breve, que le había dejado más desazón que otra cosa. Como todo lo que le ocurría desde que había vuelto del frente, no sabía qué fallaba, si él, la chica, el mundo o la guerra. Pero se había prometido que de ahora en adelante no dejaría que ninguna mujer se compadeciera de su accidental condición de soldado.

Ellas lo vieron acercarse y se miraron con picardía, como si aquél fuera el muchacho que esperaba cada una.

– Buenos días, gentiles damas -saludó intentando ser a la vez educado y chistoso.

– Buenos días -dijo la morena.

– Hola -dijo la rubia.

– ¿Cómo es que un mozo como tú no viste de caqui? -dijo la del pelo castaño.

Solo entonces vio lo que la rubia tenía en su mano. Otra casualidad que le salía al paso. Había oído hablar de la Orden de la Pluma Blanca, pero no esperaba toparse con ella.

– Toma -la rubia le ofrecía la pluma con una sonrisa-, y piensa que si nosotras estamos solas ahora, es porque nuestros novios están luchando por nosotras y por nuestro país.

Gerald cogió la pluma. La sostuvo con énfasis delante de él, igual que había visto hacer a Hamlet con el cráneo de Yorick en una representación del colegio. Y empezó a reír, recordando su propósito de evitar la compasión femenina.

– ¿Y por esta pluma queréis que un hombre vaya de buen grado al matadero?

– ¿Acaso eres un cobarde? -se encendió la morena.

– No lo soy más que cualquier otro hombre. Y tú, ¿quién eres para decirle a nadie que debe morir? ¿Qué me prometes a cambio de ir a la guerra? ¿Te acostarás conmigo? ¿Me cubrirás de besos para que luego no sienta el frío, la humedad, el barro, la sangre, el fuego, el hambre, los piojos, el miedo? Si vuestro amor o aun siquiera vuestra sonrisa debe pagarse a tan alto precio, no por ello deja de ser algo con precio que se puede comprar, y no sois más dignas que la más laboriosa de las meretrices.

...

El coronel caminaba entre la multitud cuando vio a tres chicas que ofrecían la pluma blanca a un tipo. Un joven de la edad de su hijo, sano, fuerte. Se acercó a ellas lo suficiente para ver, para oír. El tipo se reía con descaro, pavoneándose de la pluma blanca que le habían dado, burlándose. De ellas. Del país. De los soldados. De su hijo.

El coronel levantó su bastón, perdió la cabeza.

...

Años después, Gerald abandonó su país por otro en el que no tenía que representar la ficción de que pertenecía al lugar en el que vivía. Era un extranjero en España, pero aquel “Don Gerardo”, como le llamaban en Yegen, le parecía lo más entrañable que había escuchado nunca. Muy a menudo entretenía sus siestas y sus noches con alguna joven del pueblo, y probaba con ella los efectos vigorizantes de la cantárida, tan extrañamente parecida al gas mostaza, si aumentabas la dosis imprudentemente. Era, en todos los sentidos, un hombre experto en el amor, que disfrutaba y hacía gozar a su compañera. Pero cuando se dormía y se daba la vuelta, Gerald se sentía solo.

De la guerra, Gerald procuraba no recordar muchas cosas. En eso, era igual que todos los supervivientes. En cambio se acordaba mucho de aquel estrambótico suceso, cuando le entregaron la pluma blanca de la cobardía en la estación de St. Pancras. Extrañamente, no podía evocar el dolor de los bastonazos, como no conseguía nunca revivir las sensaciones lacerantes de la metralla en la pierna y la espalda. Pero recordaba bien la confusión que siguió, la presencia de la policía, y cómo, al atestiguar su condición de combatiente y convaleciente de heridas de guerra, pasó súbitamente de acusado a víctima. Recordaba las lágrimas del coronel mientras le pedía disculpas, avergonzado por lo que había hecho. Se dejó abrazar, dejó que aquel viejo llorara en su hombro por el hijo que acababa de perder.

Y al recordarlo, se le venía a la mente siempre el final de la *Iliada*, aquel momento en el que Aquiles y Príamo lloran juntos, uno por el hijo que había perdido y otro por el padre ausente al que no volvería a ver. Sólo que él no quiso sentirse hijo de aquel hombre. En su castillo interior no moraba ningún padre. Se había dejado envolver en las lágrimas de aquel hombre extraño a él con la misma indiferencia y distancia con la que los supervivientes de la guerra recibieron después las medallas, los homenajes y las conmemoraciones sucesivas de cada año. Nada de lo que había ocurrido en las trincheras podía ser compartido por quienes no habían estado en ellas.

Y el coronel, años después, recordando a su hijo y aquel vergonzoso incidente en la estación de St. Pancras. pensaba que Diógenes Laercio no había dicho toda la verdad, puesto que había omitido contar cómo había recibido Jenofonte de vuelta a su otro hijo, al que sobrevivió a la batalla, Diodoro. ¿Se alegró de verlo vivo o le recriminó haber sobrevivido a su hermano? Y pensaba, recitando su poesía favorita, que se puede asistir impasible a la victoria y a la derrota, pero que la muerte de un hijo es otra cosa.

Una nave acristalada y decorada con la heráldica de nuestros tiempos: logos, marcas, grandes letreros. Un pórtico de diseño para impresionar a las visitas. Son las oficinas centrales de Panaderías Reunidas.

Alrededor, otras naves más corrientes: bloques blancos, chapa verde machihembrada. Son las que sufren el calor de los hornos, las que tiemblan al arrancar los compresores de las máquinas frigoríficas, las que huelen a masa fermentada, a harina, a pan recién horneado por la mañana y a pan rancio, viejo, a última hora de la tarde. Hay un muelle de carga para la flota de furgonetas de reparto, el pan nuestro de cada día para una gran ciudad. Otro muelle, más grande, para los camiones frigoríficos que llevan su carga de masa congelada por Madrid, Barcelona o Cádiz. Y grandes tomas donde enchufan sus mangueras las cisternas rodantes de harina: doscientas toneladas diarias.

Las oficinas tienen parking exclusivo. Una garita acciona a distancia la verja que lo cierra. Cuarenta y dos plazas en dos pasillos. A esta hora de la mañana, nueve y media, todas están ocupadas. Media docena de coches se cruzan como fichas de dominó delante de otros bien aparcados, obstaculizando su salida. Queda un sitio libre, el más cercano a la puerta de entrada a las oficinas. No lo protege ninguna prohibición, no lo reserva ningún letrero. Dentro de media hora aparcará en él el coche de Julio Alberto, que como todos los días acude a su despacho mucho más tarde que sus empleados, hacia las diez de la mañana.

La presencia discreta, casi insignificante, de Julio Alberto, contrasta con el porte de su coche, un BMW de la serie 7 color verde botella, tapicería de cuero y salpicadero en madera. ¿Qué va a hacer con trescientos caballos de tracción trasera deportiva un hombre tan parsimonioso como Julio Alberto? Julio Alberto es un hombre pequeño, si hablamos de lo físico. Ni siquiera en su cara destaca una barba, unos bigotes, algo, unas patillas que nos digan ¡he aquí a un gran hombre! Julio Alberto podría peinar canas, porque tiene pelo suficiente para ello, pero se lo tiñe con el color negro con el que llegó al mundo.

Julio Alberto sube las escaleras hasta su despacho sujetándose la raya de los pantalones con el pulgar y el índice por encima de las rodillas. Brinca de un escalón al siguiente como si pisara charcos, temeroso de que una zancada demasiado larga o enérgica desdibuje el impecable trabajo de la plancha. Pasa entre las mesas de sus empleados dando los buenos días, y se pierde por la antesala de su despacho que vigila su secretaria, si antes no le ha salido al paso el director financiero o el director comercial con alguna cuestión urgente.

Media hora, una hora o dos horas después, Julio Alberto se asomaría a la puerta de la oficina y buscaría con la vista a su secretaria Mónica, perdida en amena conversación junto a alguna mesa, para decirle: “Mó-Mó-Mónica, nó-nó se me distraiga. Pón-póngame con mi mujer”.

Mónica ya no trabaja en Panaderías Reunidas. Pero no se concibe hablar de Julio Alberto sin hacerlo de Mónica.

El cuarto de Mónica -lo llamaremos así aunque ahora lo ocupe una chica nueva- tiene acceso propio al despacho de Julio Alberto: por ahí entra la correspondencia, el té y la manzanilla. Desde un cristal y otra puerta, Mónica controla la antesala de las visitas.

Pocos saben que el despacho de Julio Alberto tiene una tercera puerta disimulada al fondo. Ésa es la explicación de un extraño e inútil montacargas que hay en la nave de atrás, donde se apila cada tarde el pan seco, el sobrante devuelto por las tiendas. El montacargas, si alguien se fijara en él, está siempre detenido a la altura del techo de la nave, que equivale al primer piso de las oficinas. No lleva, ni sube, ni baja aparentemente a ningún sitio. Está ahí, nadie repara en él, en que no sirve para nada. La instalación se hizo en previsión de un posible intento de secuestro por parte de ETA, después de que Julio Alberto decidiera que no pagarían.

Julio Alberto es el artífice de Panaderías Reunidas. A mitades de los sesenta del siglo pasado, en pleno franquismo, algunos panaderos decidieron agruparse. El proyecto original era una cooperativa. Julio Alberto lo transformó en una sociedad anónima, acabó por incorporar a casi todas las panaderías de la capital y de los pueblos de alrededor, y diversificó y ensanchó el negocio a todo lo que utilizara harina, levadura y hornos.

Los socios o accionistas se cuentan por decenas. Con franquismo o democracia, con peseta o con euro, Julio Alberto ha sido siempre el Gerente. Deja a otros la Presidencia del Consejo. Sabe dar y repartir. La Empresa, o el grupo de empresas surgido a partir de la primera, es lo suficientemente boyante para practicar una endogamia calculada con los socios, y los hijos y los nietos de los primeros socios. Julio Alberto ha tenido visión y mano izquierda para evitar que los más incompetentes ocupen puestos demasiado importantes.

A Julio Alberto le gusta escuchar, saber. No es raro que alguna vez haya entrado a su despacho una señora de la limpieza o una cajera de una tienda o un chófer repartidor. Como pauta, en todos los departamentos, en todas las empresas del grupo, Julio Alberto tiene a alguien que le informa saltándose los escalones del organigrama. Alguien que seguramente aspira al cargo de su jefe, y por eso lo vigila con celo. Y a los distintos responsables y directores, Julio Alberto procura mantenerlos enfrentados entre sí y tomándole a él como referente, como árbitro.

Hasta que se jubiló, Mónica era la empleada más antigua de la empresa. Tan antigua como su jefe, Julio Alberto, y como su amiga Edurne. La empresa nació con ellos tres, en unas oficinas tan pequeñas que cabían en un piso, una segunda planta del barrio de Amara.

Entonces, claro, Julio Alberto no conducía un BMW. Cuando Mónica -y Edurne- conocieron a Julio Alberto, era la época del Seat 600 y el Gordini. El coche de Julio Alberto que ellas recuerdan es un Citroen DS con morro de tiburón. Los domingos salían de caminata a los montes vecinos. Paseo hasta alguna cumbre, comida en un restaurante o fonda de la zona, y regreso. Eran caravanas de tres o cuatro vehículos, con amigos. Al principio, estas excursiones tuvieron un carácter social de Empresa, o se mezclaron los ámbitos. Mónica se sentaba delante con Julio Alberto, y Edurne en el asiento de atrás con algún otro. Desde que Julio Alberto se casó, ambos mundos, el de la Empresa y el privado, quedaron rígidamente separados. La única actividad social que Julio Alberto se permite con los empleados es la fiesta del santo patrón de los panaderos, San Honorato, y la cena de navidad con el staff y personal de oficinas.

La fiesta de San Honorato es una comida popular, multitudinaria y bulliciosa, para los panaderos que trabajan de noche, los repartidores de la mañana y las dependientas de todas las tiendas. El menú pivota siempre alrededor de algún plato de carne: costillas de cordero, gorrín o chuletón de buey. Hay actuaciones musicales, algún tipo de rifa o sorteo, y baile. La organiza una comisión de empleados, dirigida por algún encargado veterano, que ya sabe qué lugar ha de ocupar Julio Alberto, flanqueado por Mónica y Edurne, a un lado, y al otro el Director Financiero y el rival de turno del Director Financiero en el aprecio del jefe. Cualquier novedad que se introduzca de un año para otro, la supervisará Julio Alberto. Aún así, hay algo que no cambia: los regalos. Han de ser suficientes, y algunos de suficiente valor, para que la fiesta de San Honorato excite la codicia de muchos. Cada año, la comisión cambia el método de reparto de la piñata: desde un mero sorteo a una cucaña o un concurso de karaoke. Se trata de innovar en el pequeño teatro de la mezquindad y la estupidez humana. Julio Alberto asiste, desde su mesa discretamente retirada y elevada, al espectáculo que más le gusta.

La cena de Navidad es diferente, más selecta. Asisten los directores y jefes y el personal de oficina. Mónica y Edurne se ocupan de organizarla. Dedicán una mañana y una tarde a recorrer tiendas eligiendo el regalo de cada cual. Lo entregan a los postres, y acompañan cada uno con una pamplina estudiada. Son las hadas, dice Julio Alberto, riendo. Él también recibe su regalo, el último de todos, y una frase cursi, una mirada y una sonrisa del hada Mónica. Edurne hace coro a su amiga, sin hacerle sombra.

Sí, Julio Alberto no concibe el festejo sin regalos, como los caramelos de la cabalgata de Reyes. A la multitud se le arrojan las dádivas para que se pelee por recogerlas, y a los más cercanos se les premia con cierta solemnidad. Pero todos, plebe o nobleza, disputan entre ellos por tener unos más favor que otros.

Mónica ha sido siempre la empleada favorita de Julio Alberto. Sólo ella se permite cierto descaro en las formas. Julio Alberto le riñe con autoridad paternal, y ella responde con un mohín de niña traviesa. Porque es así como se conocieron.

Mónica tenía veinte años cuando encontró su primer empleo: la oficina de un taller mecánico. Mónica era la hija mayor de un militar, para la que trabajar era solo tiempo de espera mientras llegaba el hombre que la llevaría al altar. Así que, a la primera bronca de su jefe, un bruto sucio de grasa, se despidió enrabiada como un gato. A los dos días, vio un anuncio y se presentó. En la entrevista, a Julio Alberto le gustó el descaro con el que aquella chiquilla le explicaba su brevísimo currículum laboral. A ella le encandiló su nuevo jefe, joven, distinguido. Poco después, se incorporó Edurne a la empresa. Así comenzó Panaderías Reunidas: Julio Alberto, Mónica y Edurne.

Cuando Edurne se casó y le echó el ramo, ella aparentó que le estorbaba y se lo quiso pasar a Julio Alberto. Pero Julio Alberto dijo: “Quite, quite, Mónica, por favor. Eso son cosas de mujeres”.

Pero Julio Alberto se casó cinco años más tarde. El ramo ya no pasó a nadie. No hacía falta que Edurne le advirtiera a Mónica que se le pasaba el arroz, sencillamente porque ya se le había pasado. Mónica decía entre resignada y crédula que tenía que cuidar de su hermano menor, con síndrome de Down, y de sus padres ya mayores. Quizás porque Julio Alberto le preguntaba regularmente por ellos, como si le encomendara la tarea de cuidarlos.

La mujer de Julio Alberto es mucho más joven que él. O al menos, lo aparenta. Viste, se peina y se maquilla con el cuidado exquisito de una barbie numeraria. Le ha dado dos hijos. La mayor se casó hace poco y vive en México, D.F. El menor, Luis Felipe, se prepara para suceder a su padre. Después de un master y dos años en Vodafone UK bajo la tutela de un amigo, ahora desempeña el cargo de Adjunto a Gerencia en Panaderías Reunidas, en un pequeño despacho contiguo al de su padre.

Cuando Mónica llamaba a la mujer de Julio Alberto para ponerle con su marido -la anécdota recurrente que conocen todos los empleados de Panaderías Reunidas-, nunca olvidaba comentarle sobre el humor o el aspecto de él, como si su función de secretaria personal fuera una subdelegación por horas del papel de la esposa. Desde que Luis Felipe se incorporó a la Empresa, Mónica también incluye al hijo en sus reportes.

Un par de años antes, Mónica avisó que no pensaba jubilarse cuando cumpliera los sesenta y cinco. Lo dijo con un tono de sacrificio tan exaltado que no le faltó más que haber tarareado aquella canción de Mocedades que alguna vez sonó en la radio del Tiburón Citroen DS. “Si usted, jefe, aguanta aquí al pie del cañón hasta los setenta, yo no seré menos que usted”. En Mónica el usted no sonaba igual que en los demás empleados, y no solo porque utilizara el coloquial “jefe”.

Julio Alberto le recordaba de vez en cuando que tenía que cuidar a su padre, a su madre, y a su hermano. Que los tres eran ya muy mayores, y que -sin reprochárselo- eran muchos los días que tenía que pedir permiso para acudir a alguna urgencia de ellos.

Julio Alberto le pidió a su hijo que se buscara una secretaria como Adjunto a Gerencia, ya que entre los dos estaban abrumando a Mónica. Un par de domingos más tarde el periódico trajo un anuncio que pedía “Secretaria de Dirección” para “Empresa líder del sector de Alimentación”. La agencia de recursos humanos que lo firmaba era la habitual de todos los procesos de selección de Panaderías Reunidas, la misma también que había llamado varias veces en los últimos días preguntando por Luis Felipe. Que el anuncio pusiera “Secretaria de Dirección” en lugar de “Secretaria de Adjunto a Gerencia” no le pareció a Mónica un detalle discordante, sino todo lo contrario. Lo había visto muchas veces en Julio Alberto, pero nunca pensó que se lo haría a ella. Como una esposa que empieza a ver los indicios de la infidelidad del

marido, pero que al final cree que prevalecerá su condición de legítima y madre de sus hijos, así Mónica pensó que cuarenta años de trabajo debían ser suficientes para protegerla.

A Mónica le hubiera gustado abrir el dossier que llegó seis semanas más tarde para el Adjunto a Gerencia. O escuchar las llamadas que encaminó días después entre el despacho de Luis Felipe y una tal Yolanda, que telefoneaba siempre desde móvil, no desde fijo. Cuando esa Yolanda se presentó una tarde a última hora, con su sonrisa de presentadora de televisión, Mónica supo que era la candidata como si ella misma la hubiera seleccionado. Su aspecto le recordaba la última vez, hace veinte años, que Edurne y ella se habían presentado a un concurso de secretarías, salvo que en lugar del conjunto de falda y chaqueta que entonces se llevaba, la nueva vestía pantalón con una cazadora de piloto que Mónica sabía que ella no se podría poner nunca sin sentirse ridícula. Sí, lo suyo seguía siendo la falda y la chaqueta, las ojeras y las mejillas abotargadas y el culo gordo y el pelo tintado con ese tinte para las canas que llevan todas las señoras mayores, por no hablar de las diversas tramoyas dentales que hacían de su sonrisa una farsa.

Mónica recibió a la aspirante, la introdujo a la antesala, la anunció a Luis Felipe y la estuvo observando a través del cristal, sabiendo que la otra la escrutaba a ella de la misma forma que evaluaba el mobiliario, el aire acondicionado, el modelo de teléfono y el de ordenador. La oficina se había reformado la última vez no hacía ni dos años, y todo era nuevo, salvo ella misma, que veía en la intrusa las mejillas tersas de la juventud que ella había perdido, y la talla 38 que a ella le había crecido hasta convertirse en una 48.

Cuando sonó el timbre del despacho de Luis Felipe, se sorprendió pensando en aquella muchacha que cuarenta años antes se había ido dando un portazo de una oficina de mala muerte para aterrizar en Panaderías Reunidas de la mano de Julio Alberto. ¿Qué era ella ahora, para sufrir que la hicieran pasar por aquello? Cuando le abrió a la nueva la puerta del despacho, no pudo evitar tratar de reconocer en Luis Felipe los rasgos y gestos de su padre. ¿Era así como Julio Alberto se había levantado entonces a saludarla y la había encandilado? Cuando cerró la puerta, tuvo que ir al baño a componer su cara.

Volvió y se entretuvo en nada, removiendo papeles y abriendo y cerrando ventanas en el windows. No oyó abrirse la puerta del despacho hasta que Julio Alberto le dijo: “Mó-mónica, por Dios, es su hora, váyase a casa”. A Mónica le entró una risa un poco amarga, y quiso hacer una broma acerca de la nueva, pero no se atrevió a decirlo: Jefe, ¿me van a aplicar el Plan Renove para secretarías? ¿Me van a bajar a la planta de distribución para tenerme encerrada en la garita ocho horas como Vicente, contando sin parar el dinero que traen los repartidores hasta volverme loca porque no cuadra? No se atrevió a decirlo. Recogió y se marchó a casa, dejando que la leucemia de su hermano y los achaques de sus padres emborronaran su mente durante las semanas que siguieron, para no pensar en lo que adivinaba que iba a ocurrir.

Un mes más tarde, Julio Alberto la llamó al despacho delante de su hijo: “Mó-Mónica, nos tenemos que preparar para el relevo. ¿Usted se ve de secretaria con mi hijo, cuando yo no esté?” El jefe, al que tanto le gustaba jugar con las palabras, bautizó a la nueva como “secretaria adjunta”. “Pór-pór-tese bien con ella, Mó-Mónica”, le dijo al salir.

La secretaria adjunta llegó a la mañana siguiente vestida y maquillada con la contundencia de una starlet que ha amarrado ya el contrato y viene a tomar posesión del escenario. Seguramente que aquella mañana se habría levantado excitada antes de que el despertador le hubiera cantado la hora, de la misma manera que Mónica apenas había podido conciliar el sueño repasando toda su vida en el brevísimo instante de una noche, desde su primer momento de gloria, cuando mandó a tomar viento a aquel zoquete del taller mecánico y desembarcó rumbosa en el despacho de Julio Alberto, hasta los últimos reveses de salud de su familia. Y por en medio, una larga escalera de pequeñas decepciones que la habían llevado peldaño tras peldaño hasta el fondo de aquel pozo. Tenía sesenta y cinco años y todo, familia y trabajo, se iba por el sumidero. Sólo era la amiga soltera de su amiga Edurne.

La oficina asistía aquella mañana al espectáculo que ya se venía anunciando en corrillos desde hacía algunas semanas. La función tuvo, sin embargo, un final abrupto: a las diez de la mañana llamaron a Mónica para

decirle que su hermano había ingresado de urgencia. Mónica sintió que su hermano, al que tanto tiempo había dedicado y por el que había renunciado a tantas cosas, le echaba un capote en el último momento para librarse de aquella humillación. Edurne, que solía cubrir las ausencias de Mónica, se encargó de instruir a Yolanda, la nueva.

Cuando falleció el hermano, Julio Alberto le pidió que se tomara unas vacaciones y descansara por el esfuerzo de toda una vida. Las vacaciones le sirvieron para enterrar a su madre, algo que se hace con poca dificultad, porque siempre hay plazas libres esperando en el tanatorio y en el cementerio. En cambio, para que ingresaran a su padre en una residencia para grandes dependientes, Edurne tuvo que hacer de hermana mayor y gestionarlo todo.

Este año, una semana antes de Navidad, Julio Alberto se asoma al vestíbulo y dice: “Yo-Yo-Yolanda, llame a Edurne y que le ayude con lo de Navidad. Ah, y pregúntele cómo está Mónica, si estará en condiciones para ir a la cena”

– ¿Vas a venir a la cena? Julio Alberto me lo ha preguntado -Edurne no quiso decir que quién la había llamado había sido Yolanda, la nueva.

Mónica no respondía. Con su cara anestesiada como si acabara de salir del dentista, a Edurne le pareció estar viendo una merluza expuesta sobre un lecho de hielo picado en el mostrador de la pescatería.

– Coño, Mónica, di algo. ¿Qué te pasa?

– ¿Sabes una cosa? -Mónica estaba tratando de recordar qué le había dicho exactamente a aquel cenutrio del taller mecánico- Son todos iguales.

¡John Moore, Presente!

Polizón en un féretro ajeno. Tus huesos temblarían a carcajadas si pudieras oír cómo responden “¡Presente!” cuando el general bajito, boina roja y voz aflautada, clama “José Antonio Primo de Rivera” y reclama, por esa muerte que no es la tuya, el fruto y la semilla de otras muertes. Los enterradores desquician la losa de mármol, la atraen, la arrastran chirriando sobre el pavimento, la sujetan a las cabrias bajo la bóveda, que abrazan la piedra, la levantan, la depositan a un lado. El Caudillo cierra la mano y antes de que sus dedos se junten la palma se le llena con un puñado de la tierra que espolvorea tus restos y acude volando. Se retira el Caudillo y junto a la fosa regresa y forma la guardia de pantalón negro y camisa azul mahón, correa y pistola al cinto. Dos enterradores se arriman al borde y tienen los cabos de las cuerdas, que descienden como serpientes, reptan por debajo del féretro y ascienden por el otro lado. Tus restos suben empujados por las sogas, que escurren pausadamente entre las manos que las sujetan.

Y así, tus huesos dejan de gravitar sobre dos dinastías de reyes tan lejanos para ti como emperadores chinos y mogoles. La bandera rojinegra se descuelga del féretro y vuela en el aire hacia manos que la recogen y la pliegan. En el túmulo delante del crucero esperas a que el coro de Agustinos cante “Requiem aeternam dona eis, Domine” desde la Comunión hasta el Introito. Camisas Viejas, Palmas de Plata, Jerarquías y Dignidades toman a hombros la caja de ébano y desandan el pasillo hasta la puerta de la basílica. Franco te recibe y luego espera tu llegada, mientras el cortejo que te lleva cruza el patio de los Evangelistas y desentra del monasterio. Más allá de la puerta, Banderas, Guiones, Estandartes y Emblemas se levantan altivos a tu paso, entre estruendo de campanas y salvas de artillería que aspiran el ruido y la nube de pólvora dentro del ánima de los cañones. Las filas prietas y firmes de batallones y centurias se relajan en posición de descanso. En los montes alrededor las hogueras fulguran, la ceniza mengua, la leña medra y por fin se apaga. Vuelan las escuadrillas militares en formación hacia atrás. Los generales y los diplomáticos suben de espaldas a sus coches y de espaldas emprenden el camino de vuelta a la capital, mientras a ti te desllevan a hombros camino de Galapagar, camino de la Universitaria, camino de Aranjuez, camino de Ocaña, camino de Albacete, La Roda, Villena, camino del mar del que viniste.

Aunque ellos no saben que viniste del mar.

Diez días. Cada diez kilómetros el cortejo se detiene. Doce hombres se desarriman de las andas y emplazan a otros doce. Un jefe se cuadra delante de otro jefe, grita “¡Presente!”, y el otro invoca el nombre del Ausente. Detrás delante del cortejo, dos cruces, dos curas, media docena de faroles con cirios, con sus monaguillos. A los lados, una escolta de camisas viejas, de soldados, de guardias civiles, con los fusiles apuntando al suelo, el brazo derecho sobre la cartuchera izquierda, y el paso cansino de las procesiones.

Diez días.

Durante diez días a la niebla de la tarde sucede el sol del mediodía, y al amanecer el aguazón de la madrugada. Los hachones de pino resinoso crecen prendidos de su llama durante la noche y se apagan cuando el sol nace por el oeste. En los cerros, las hogueras hacen eco a las antorchas. El polvo de los caminos se recoge en el aire y se asienta al paso del cortejo. En las plazas, las alfombras de flores vuelven a las manos de las mujeres en forma de ramos; se arrían las banderas; se desmontan los mástiles; los albañiles reponen las entabladuras de los arcos de ladrillo con el “José Antonio, ¡presente!”; los discursos se dicen y después se escriben y se piensan; las galanuras de los balcones se lucen y se desponen. Escupen la hierba las ovejas y las cabras en los barbechos y despoblados del camino; los pastores encaraman un brazo -es la moda-, el otro sujeta el palo -como siempre-.

Al paso de los jirones podridos de tu carne, se levantan de las cunetas y las fosas los cuerpos de los rojos señalados a tu paso. Crece la cabellera rapada de las esposas, las hijas, las viudas, las hermanas, las madres de

todos aquellos que deben un paseo vengativo a los vencedores, y sus ropas se estiran, recomponen sus jirones, se desvanecen los moratones en su carne y olvidan las afrentas.

Al décimo día llega el cortejo a la ciudad roja, señalada con el estigma de haber consentido el crimen, la muerte del Ausente. El séquito se engrosa, se alarga, se detiene delante de la casa prisión que lleva el nombre de ese hombre que no es el tuyo, y se dicen más discursos, más responsos, más himnos y voces rituales. Como un hormiguero revuelto, la población amontona las aceras, proclama su dolor y contrición manteniendo el brazo en alto hasta que duela. Los marineros se petrifican cara al puerto, las sirenas de los barcos enronquecen el aire, el cortejo entra en la catedral. Allí se desnuda el féretro y las andas del paño negro que los cubre; y el hilo de oro que borda el yugo y las flechas volverá a pasar por el ojo de las agujas y se bobinará en los carretes de tantas mujeres enterradas en vida para el culto de la muerte.

Al día que precede el féretro retrocede hasta el cementerio en procesión de andas y se introduce en el nicho 513. Los cascotes y ladrillos se levantan del suelo, se ajustan entre sí, sellan el nicho. Una guardia permanente rota durante ocho meses, a la espera de que empiece la guerra, mientras las cárceles vomitan multitudes, las cunetas y los cementerios regurgitan muertos, y llega el día en que se abre el nicho nuevamente, el féretro desciende y vuelve junto a la fosa quinta, fila segunda, cuadro doce. Sacan tus huesos y te muestran putrefacto y descarnado como el odio. Miguel, el hermano del que tú no eres, atestigua y reconoce el crucifijo y las tres medallas encontrados en tu cuello. Desciendes al fondo de la fosa, y encima de ti se depositan los demás cuerpos, y encima la tierra que os entierra durante tres años, tierra que vuelve a hacerse carne, a rellenar los huesos, a dar vida a las larvas y gusanos que se extinguen. Hasta que llega el día en que los músculos rígidos se aflojan, la fosa se descubre, los cuerpos suben y vuelven a la mesa de mármol del depósito.

El sepulturero se ríe de su propio acto de justicia: como si él creyera en la resurrección de los muertos. Cambia de cuello el crucifijo y las medallas. Piensa en lo que durará la guerra, su resultado probable, ahora que el Gobierno de la República ha abandonado Madrid: siempre ganan los mismos. “Se acabó la fiesta, Negro Yomá. Se acabó la fiesta para ti y para todos nosotros, hasta para el señorito fascista”, piensa recordando el buen pasar de aquel marinero negro, su alegría con un punto de altivez para no agacharse a recoger la moneda que la mala ostia de alguno le tiraba al suelo como un hueso a un perro. ¡Qué diferentes son el abrigo del señorito y el del Negro Yomá, y cuánto se parecerán así que pase algún tiempo! El sepulturero ha visto alguna vez a un príncipe filosofar en torno a una calavera monda. Contempla los seis cuerpos que tiene que enterrar este 20 de noviembre de 1936, con especial detenimiento en el señorito fascista repeinado hacía atrás, el hijo pendenciero de un general fanfarrón, y en el Negro Yomá, sucio y desgrefñado, muerto de una borrachera mal dormida a la intemperie.

Veinte años de fiesta, Negro Yomá. Veinte años tragando fuego y escupiendo gasolina a la botella para maravilla de la gente. Veinte años disfrutando del sol hospitalario, de la tierra hospitalaria, de las mujeres hospitalarias. Veinte años, y una lista de embarque para una tripulación embarrancada, en la que -ausente- no figura el polizón pinche de cocina que dice llamarse John Moore cuando lo descubren en la bodega del barco riendo a mandíbula batiente. En buena hora arde el Tiflis en el puerto de Alicante. En buena hora varaste en esta tierra que al final de tus días te ha dado un entierro de reyes, polizón John Moore, presente.

La huelga

Patxi llevaba tanto tiempo en la empresa como **Jose Antonio** Olloquiegui, el dueño y fundador. Los dos se habían casado el mismo día para que el viaje de novios coincidiera con las únicas dos semanas que cerraba la empresa, en verano. La ceremonia había sido a la misma hora y en la misma iglesia, y habían celebrado juntos el banquete de bodas. Todo para que el uno pudiera asistir a la boda del otro. Jose Antonio se hizo cargo de los gastos de ambos, sin importarle que la factura del restaurante fuera mucho mayor que los quince días de sueldo que le escatimaba a Patxi por el permiso de boda. Porque Jose Antonio tenía tan a gala ser generoso como persona, como no despilfarrar como empresario.

Los dos fueron padres casi simultáneamente. Pero cuando Patxi enviudó, Jose Antonio siguió casado. Jose Antonio estuvo en el tanatorio, en el traslado y en el funeral de la mujer de su empleado. Y al darle el pésame, le apretó el brazo y le dijo: “*Mañana no vengas a trabajar*”.

La fábrica.

La empresa entonces no era tal, sino un taller cuyas primeras máquinas -una fresa y un torno- se habían traído de Francia por caminos que sólo conocían los mugaris amigos de Jose Antonio. Todo eso -la fundación de la empresa, las bodas, los hijos y la viudez de Patxi- fue hace muchos años, tantos como treinta o cuarenta. Y no hace tanto ni mucho que Jose Antonio tuvo el atisbo de su vida: rentabilizar sus propios moldes estampando él mismo las piezas. Compró una nave, la amplió, compró la de al lado y la de enfrente. Y la plantilla, nosotros, creció en consonancia. Habían empezado Patxi, Jose Antonio y otros cinco. Ahora somos más de doscientos.

La empresa tiene una página web en internet. En inglés. En ella aparecen fotos de las naves. De las prensas. De alguno de nosotros, de espaldas o de lejos, también. Pero no se cuenta nada de esto, de cómo nació la Empresa ni de las vidas de Patxi y Jose Antonio. ¿Cómo lo sabemos nosotros? No por Patxi. Patxi hace mucho tiempo que apenas habla de sí mismo, de Jose Antonio y de la empresa. Desde que murió su hijo. Jose Antonio tampoco habla con nosotros, los operarios. Desde la huelga. Ni con sus ingenieros, desde la huelga también. Pero se sabe. Nosotros sabemos cómo empezó todo. Hablamos. Los más viejos les cuentan a los más jóvenes. En los quince minutos del bocadillo. Y los viernes siempre hay algunos del turno de la mañana que toman unas cañas después de trabajar, o comen juntos. Todo se sabe.

La prensa 33.

El último año, por ejemplo. No se ha hablado más que de la prensa 33. Su última adquisición. Una prensa rusa.

La máquina llegó en transporte especial desde el puerto de Bilbao, pero antes Jose Antonio tuvo que viajar a San Petersburgo para reñir, discutir y negociar con las mafias rusas el peaje que le exigían para embarcarla. Los ingenieros le decían: esa prensa solo ha estampado piccerío pequeño de kalashnikov, no es adecuada para las piezas grandes de automoción que hacemos nosotros. Jose Antonio les respondía con el enfado de un visionario al que estorban su misión. Tanto, que los ingenieros optaron por callarse y hacer lo que les ordenaba, por más disparatado que les pareciera. Tuvieron que interpretar los esquemas y los planos, traducir las instrucciones y volver a rotular encima de los caracteres cirílicos. Sí, todo estaba en ruso, en cirílico. Jose Antonio hizo excavar el foso en medio de la nave y montarla durante un plazo interminable y siempre postergado que llegó casi al año. Él mismo se echó más de una vez al agujero, al vientre de la máquina, como quien asalta una trinchera desesperado, para desazón de los electricistas y mecánicos que trabajaban allí abajo. Y los ingenieros, en cuanto él se daba la vuelta, movían la cabeza pronosticando la ruina de la Empresa.

Cuando la prensa arrancó y Jose Antonio se convenció de que nada de lo que fabricábamos para Volvo, Renault, Volkswagen y Valeo cabía en aquella prensa, envió al Director Comercial de ronda por los clientes en busca de piezas del tamaño adecuado. Al final, lograron algún contrato y la máquina llevó una vida aceptable. Esta es la historia de la prensa 33.

La prensa 17.

El hijo de Patxi fue uno de aquéllos que había conocido el viejo taller y las nuevas naves. Por poco tiempo. El hijo de Patxi era un ajustador con buen ojo, que sabía interpretar los defectos del troquel en su huella estampada. Un día, mientras aprovechaba un parón de mantenimiento para retocar la matriz sin sacarla de la prensa, el troquel bajó y le aplastó la cabeza.

Fue una imprudencia del chico, que por no perder tiempo rodeando la prensa, alargó la mano y metió el cuerpo por debajo para coger la maza que estaba al otro lado, dijo el juez después de tomar declaración al electricista que reparaba la prensa, al encargado y al operario que trabajaba en ella. Al funeral asistió toda la plantilla y Patxi volvió al trabajo después de los cuatro días reglamentarios que establecía el convenio. Desde entonces, ningún troquelista ha vuelto a dejar la maza al otro lado de la prensa. Desde entonces hasta hoy, todos los días, en su turno de mañana o tarde o noche, Patxi ha estado pasando por delante de la prensa 17, una prensa gris y caqui que el amo mandó repintar de azul, como todo el taller después del accidente, y arrinconar más tarde en una esquina, donde sólo se utiliza para recuperaciones de series cortas de piccerío pequeño. Ésta es la historia de la prensa 17.

No hizo falta nunca preguntarle a Patxi que haría cuando saliera de turno: después de la muerte de su hijo, en su vida había entrado una nieta que al poco era doblemente huérfana y quedaba para siempre a su cargo. Llegamos a conocerla bien un verano cuando, ya crecida, vino a ayudar al almacén limpiando de aceite piezas devueltas para volver a soldarlas. Y después, cuando comenzó el curso y dejó de trabajar, la volvíamos a ver de vez en cuando esperando a su abuelo a la salida del turno con el único coche que tenían para los dos, un Ford Fiesta con casi tantos años como la mocita. Todos la saludábamos al salir. Los jóvenes, porque era muy guapa, y los demás y todos, porque sabíamos la historia de su padre en la prensa 17.

Él y nosotros.

Cada año, antes de Nochebuena, Jose Antonio invitaba a toda la plantilla a comer, y aquella fiesta duraba hasta la madrugada y más allá. Al principio, cuando la empresa era pequeña, apenas reservaba más que una mesa. Pero en las últimas que se recuerdan, el restaurante cerraba sus puertas para la comida de Estampaciones Olloquiegui.

Aquel espíritu navideño y de familia huyó de la empresa con la primera huelga. Tampoco fue una gran huelga, pero fue la primera. Sólo paró el turno de la mañana, y cuando el Director de Fábrica vio que el turno de la tarde seguía el mismo camino, llamó a Jose Antonio, que estaba en Italia negociando piezas, para que autorizara la rendición. Jose Antonio nunca perdonó. Y a quien menos, a los que con él habían empezado a trabajar en el pequeño taller treinta años antes.

Ninguno de nosotros sabría decir si Patxi había participado o no en aquella huelga. Si lo hizo nadie se fijó en él, porque Patxi es como un contenedor azul lleno de piezas, invisible en una nave donde se apilan a centenares a cada lado de los pasillos y en los espacios entre las prensas y los robots de soldadura. Es seguro que Patxi no levantó la voz en la asamblea, ni siquiera para comentar con los de al lado, puesto que callaba incluso cuando se sentaba entre nosotros a la hora del bocadillo, todos apretujados en las mesas de a seis. Su puesto de trabajo no era crítico, no importaba para el éxito de la huelga. Él era un operario viejo a punto de jubilarse al que rara vez enviaban a las grandes prensas, las *transfer*, las que trabajan veinticuatro horas siete días a la semana y no interrumpen su golpeteo ni a la hora del bocadillo. Prensas en las que al cabo de la jornada hay que mover miles de kilos con los brazos, y Patxi ya había pasado por varios

episodios de ciática y un comienzo de hernia discal. Tampoco le resultaba fácil interpretar las hojas de instrucciones, llenas de cotas y números: tenía que quitarse los guantes para sacar las gafas de leer, que al poco de puestas se ensuciaban del aerosol de aceite que escupía la prensa a cada golpeteo. Y le ponía nervioso la pantalla del ordenador donde tenía que meter la referencia, el lote, las piezas fabricadas y las rechazadas. Lo suyo era encontrarlo ayudando en el almacén, o barriendo, o quizás recuperando lotes defectuosos en las viejas prensas manuales. Aunque nunca en la 17. Nunca se le puso a trabajar en aquella máquina, que seguía allí, arrumbada en una esquina de la nave, pintada de azul como si una mano de pintura la absolviera de su culpa.

A Jose Antonio la empresa se le había hecho demasiado grande. Ahora había un Comité, delegados, sindicatos, y muchos más operarios de los que él podía recordar por su nombre. Sus clientes eran inaccesibles para él, que no hablaba más idiomas que el francés de los contrabandistas y algo del euskera de sus padres. Y los que hablaban castellano, utilizaban una jerga en la que él se desenvolvía a duras penas. Su empresa estaba en manos de ingenieros y de un Director Financiero que siempre le estaba advirtiéndole que fuera prudente. Los necesitaba a todos, pero no confiaba en ninguno. Y guiándose por su instinto, todos los años cortaba alguna de aquellas cabezas bien preparadas. Director Comercial, de Calidad, de Ingeniería, de Fábrica, todos eran recibidos con entusiasmo, pero pronto comprendían que su continuidad allí no dependía de una estimación objetiva de su desempeño. Su modelo de gestión era el de un Presidente de Club de Fútbol, cargo al que había aspirado alguna vez con el equipo de su ciudad: si algo no funcionaba, cambiaba al entrenador.

Jose Antonio se sentía sólo. A veces, cuando paseaba por las naves entre el golpeteo rítmico y atronador de las prensas y los chispazos de los robots de soldadura, se encontraba con Patxi o alguno de sus tiempos jóvenes, y le entraban ganas de acercarse y hablar de los viejos tiempos. Pero se acordaba de la huelga, se acordaba de cómo se habían reído todos de él, jóvenes y viejos, ingenieros y operarios, por su empeño en arrancar aquella prensa rusa que casi le arruina, y apretaba los dientes y los puños y se recordaba a sí mismo que él era el amo.

“*Ha cambiado*”, decían los más veteranos, y nos hablaban de alguien afectuoso, efusivo a su manera, que se arrimaba a las máquinas hasta donde llegaban las salpicaduras de aceite. Pero los que no lo habíamos conocido antes, sólo veíamos a un viejo que salía como un toro de toriles por la puerta de la oficina al taller, caminaba por los pasillos sorteando las carretillas y los contenedores apilados, y se plantaba delante de tu máquina, a tus espaldas, durante minutos, absorto en la contemplación del poderío de sus prensas y troqueles. ¡Ay como te pillara fumando, o viera una mancha de aceite en el suelo! No llamaba al encargado para que te echara el chorro, lo hacía él mismo, con una voz de pito, ridícula, pero que a nadie daba risa.

Seguía con la querencia del taller. Sus ingenieros tenían todos despacho y secretaria. Él no. Él llegaba de buena mañana, colgaba la cazadora en el perchero de la sala de visitas, se ponía la blusa azul y bajaba al taller. Nunca daba los buenos días. Nunca los había dado, y menos ahora que todos éramos sus enemigos.

Poco antes de expirar los cuatro años del convenio firmado bajo la coacción de aquella huelga, se empezó a percibir que Jose Antonio preparaba la batalla. Las primeras conversaciones entre el Comité y la Dirección mostraban, más que posiciones encontradas, la voluntad de la empresa de situarse y ganar tiempo. Mientras tanto, los stocks crecían día tras día. Jose Antonio había alquilado una nave a doscientos metros de la fábrica, y había matriculado un par de carretillas con sus correspondientes luces destellantes naranja para que circularan por la vía pública. El resto de habituales de aquel polígono industrial se fue acostumbrando a ver transitar a cualquier hora los contenedores azules rebosantes de piezas de Estampaciones Olloquiegui, desde la fábrica donde las prensas golpeaban cadenciosamente noche y día hasta la nave donde Jose Antonio se preparaba para resistir el asedio.

Y ahora comienza la historia de **la prensa 29**.

Sólo había un grupo de piezas de las que no conseguían hacer stocks: los *Manifolds* para Volvo. Eran cinco referencias, y todas partían de un mismo conjunto intermedio que se cortaba y estampaba en un solo proceso *transfer* en la prensa 29, la única que podía abastecer el plan de producción diariamente actualizado desde Suecia. Adaptar el troquel a cualquier otra prensa requería semanas de trabajo, y ninguna tenía capacidad suficiente –no eran *transfer*– ni trabajando los tres turnos sin interrupción siete días a la semana.

La batalla se centró allí. No llegaban a media docena los prensistas capacitados para aquella máquina. El Comité de Empresa comenzó a presionarlos. Suavemente, el ritmo de producción bajó en lugar de subir. Un par de oportunas bajas por enfermedad abrieron un boquete en los siete días de trabajo semanal, y los encargados de cada turno tuvieron que ponerse en la prensa durante el fin de semana. A Patxi le dijeron que viniera. Tenía que aprender.

Jose Antonio pasó por la fábrica el sábado por la mañana. Patxi quiso decirle que él ya había cumplido la edad para jubilarse, que había estado de baja por ciática, y que por qué le hacía venir a una prensa que era para jóvenes. Pero Jose Antonio le dio una palmada en la espalda, le preguntó por la nieta –“*Está estudiando, a punto de acabar. Si aprueba los exámenes que tiene ahora, me jub...*”–, y se marchó sin ver la sonrisa que empezaba a abrirse en la cara de Patxi.

La batalla siguió dos semanas más. Durante veintidós días, Patxi sólo tuvo descanso dos domingos. De lunes a viernes Patxi tenía que estar al quite del prensista de la 29 para suplirle cuando iba al baño, cuando paraba a los quince minutos del bocadillo o, como volvió a ocurrir otra vez, si alguno cogía la baja inesperadamente. La espalda le dolía, a la ciática la resistía a base de voltarén. Sus torpezas con el ordenador ya no le importaban nada, y en cuanto a la hoja de instrucciones, ya no necesitaba leerlas: se las sabía de memoria, porque no hacía otra cosa que estampar *Manifolds* cuando soñaba, cuando se levantaba y cuando se acostaba. La máquina le torturaba, pero lo que peor llevaba eran las visitas de Jose Antonio durante la mañana de los sábados. Desde su puesto en la prensa 29, cuando se giraba hacia el pasillo central, veía la silueta del amo recortarse contra la mancha azul de la prensa 17, al fondo, arrinconada. Patxi se sentía un troquel viejo y machacado al que le estaban pidiendo una serie demasiado larga. Quería llegar, quería llegar al final. Pero presentía que se iba a quedar gripado de un momento a otro, y que, como se hace con el utillaje averiado que ya no se repara, lo sacarían a golpes de maza de la prensa para desecharlo. Como cuando al chaval le bajó la prensa, sacando un troquel viejo que no servía para nada.

Ocurrió tras una asamblea a la hora del bocadillo. Patxi no asistió porque su cometido era relevar durante esos quince minutos al prensista de la 29. Cuando por fin pudo sentarse a descansar en las mesas vacías, entre migas y restos, se dio cuenta de que había empezado la huelga porque sólo una máquina golpeteaba rítmicamente. El resto –prensas, soldaduras– había enmudecido.

Se había dormido. En menos de quince minutos se había quedado dormido, con el bocadillo a medio terminar. Dio un respingo cuando el carretillero le tocó en el hombro y le dijo que le esperaban en la puerta. Aquéllos de nosotros que estaban apostados en la entrada de la nave, vigilando la marcha de la huelga, vieron como la nieta se abalanzaba para abrazarle, y que él extendía los brazos para que no se arrimara y se manchara de aceite. Y mientras ella gesticulaba y reía y él encendía el cigarrillo de un hombre satisfecho, por el pasillo de la nave venía el encargado para requerirle que acudiera de nuevo a la prensa 29. Sólo entonces, al escuchar al encargado, cayó en cuenta que era la 29 la única prensa que golpeaba, y que el prensista al que él había sustituido a la hora del bocadillo estaba allí, en el grupo de los nuestros que vigilaba en la puerta.

Nos miró como si no nos hubiera visto nunca junto a él todos los días del año. Miró a su nieta como si ella le trajera la vida en una fiambrrera. Y le dijo al encargado: “*Ya voy, ya. Déjame fumar el cigarrillo. ¿Quién está en la prensa?*”. “*Jose Antonio*”, le dijo el encargado. “*Joder*”, dijo Patxi.

Patxi tiró el cigarrillo. Se despidió de la nieta, miró al grupo y siguió al encargado. A la altura de los vestuarios, le dijo: “*Espera, voy a mear*”. Cuando salió, llevaba puestos ya los guantes de trabajo y los protectores acústicos a lo mickey mouse.

Nosotros estábamos a unos metros de la 29, mirando entre rabiosos y divertidos como el amo pilotaba su propia máquina, aceitando el troquel cada doscientos golpes, sacando las piezas de la rampa de salida y apilándolas en el contenedor. Tenía nervio, el cabrón, con sesenta y cuatro años.

Patxi nos miró. Uno de nosotros amagó un silbido antes de que otro le dijera “*Déjalo*”. Patxi entró en la zona de trabajo y tocó en la espalda a Jose Antonio para advertirle que ya estaba allí. Jose Antonio se volvió, salió y se encaró con nosotros: “*¿Qué hacéis aquí? ¡No os quiero en mi casa! Si no servís para trabajar, no os quiero en mi casa. ¡Marchaos!*”. Unos amagamos hacia el vestuario y otros salieron por la puerta de atrás de la nave, por donde los camiones de chapa. Nadie quiso pasar a su lado.

Una prensa golpea a una cadencia de entre trece y veinticuatro veces por minuto, según el troquel y el tipo de chapa. El golpe de la prensa hace vibrar las mesas de la oficina, estorba las conversaciones en cualquier parte de la fábrica y se siente desde los pies a la cabeza. Los prensistas y troquelistas adivinan desde fuera de la nave qué prensa está trabajando y qué pieza está estampando. Incluso pueden adivinar si la prensa acusa ya algún pequeño desajuste o si el troquel requiere un repaso de mantenimiento. Por eso, cuando sonó aquel golpe, todos se volvieron. Y cuando sonó el segundo, más discordante que el anterior, corrieron hacia ella. Para cuando llegaron, Patxi ya había parado la máquina y estaba tirando los guantes y los protectores acústicos sobre la mesa de anotaciones.

Jose Antonio se abalanzó sobre el troquel. Un mango de madera sobresalía de la mesa, sobre la matriz, partido y astillado. El troquel, en sus dos últimos vaivenes, no había golpeado la chapa de acero galvanizado de dos milímetros de espesor que fluía del rollo a la derecha de la prensa, sino la cabeza de acero macizo de una maza, grande como dos puños, de las que se usa para desencajar el utillaje. El troquel estaba destrozado. No habría *Manifolds* durante muchos días.

Jose Antonio se volvió, todos nos volvimos buscando a Patxi. Estaba al fondo de la nave, con su buzo azul, sentado sobre un contenedor azul, fumando un cigarrillo, la cabeza baja echada hacia adelante, mirando al suelo, junto a **la prensa 17**, pintada de azul.

